

BRUCE CHATWIN

EL VIRREY

de

OUIDAH



Lectulandia

En esta novela, una auténtica epopeya multirracial, Chatwin narra la historia de Francisco Manoel da Silva, un aventurero brasileño que viaja a Dahomey, en África Occidental, para comerciar con esclavos y amasar una gran fortuna.

Pronto la realidad desborda sus sueños y se ve convertido en el Virrey de Ouidah, el jefe de todos los traficantes de esclavos de Dahomey.

Lectulandia

Bruce Chatwin

El Virrey de Ouidah

ePub r1.0

Titivillus 22.02.2017

Título original: *The Viceroy of Ouidah*

Bruce Chatwin, 1980

Traducción: Eduardo Goligorsky

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Precaveos y cuidados
de la bahía de Benin.
Por uno que sale
hay cuarenta que entran.*

Proverbio de traficantes de esclavos

Prefacio

En el siglo XIX el reino de Dahomey era una Esparta negra, comprimida entre las tribus yoruba de la actual Nigeria y las tribus ewe de Togo. Sus reyes tenían cicatrices de zarpazos sobre las sienes y eran descendientes de una princesa de Adja-Tado y del leopardo que la había seducido sobre las márgenes del río Mono. Sus súbditos los llamaban «Dada», que significa «padre» en fon. Sus regimientos más feroces estaban compuestos por mujeres, y su única fuente de ingresos consistía en la venta de sus vecinos más débiles.

Su capital, situada en las tierras altas, se llamaba Abomey. El nombre del puerto que utilizaban para el tráfico de esclavos era Ouidah (que los británicos escribían Whydah, y los portugueses Ajuda, lo cual significa, precisamente, «ayuda»)... hoy una ciudad olvidada y recordable sólo por las ruinas de tres fortalezas europeas y por su templo de Dangbé, la Pitón Celestial que abrió los ojos del Hombre.

Cuando fui por primera vez a Dahomey en 1971, aún se llamaba así, Dahomey, y Cotonou, la capital, seguía siendo una ciudad de carcajadas rotundas y cervecerías francesas. Seis años más tarde, un nuevo Presidente le había cambiado el nombre por el de República Popular de Benin, y los sacerdotes fetichistas de Ouidah habían colocado retratos de Lenin entre los ornamentos escarlata del Panteón del Trueno.

Yo había ido por segunda vez con el propósito de reunir materiales para una biografía del traficante de esclavos, brasileño y blanco, Francisco Félix da Souza. Éste llegó a la Costa a comienzos de los años 1800 y se instaló en el Fuerte Portugués de Ouidah que, en aquella época, era la fuente principal de mano de obra para las minas y plantaciones de Brasil. Por algún motivo se granjeó la enemistad del rey de Dahomey, Adandozan, quien lo llevó prisionero a Abomey y lo hizo sumergir en una tina llena de índigo para teñirle la piel de negro. (El blanco, en Dahomey, es el color de la muerte y los inmortales: matar a un hombre blanco era tabú... y poco práctico).

A Da Souza lo rescató de la prisión el joven príncipe que más tarde habría de convertirse en el rey Gezo. Algún tiempo después de la evasión, los dos hombres se reunieron en la selva y concertaron un pacto de sangre, juramentándose para

ayudarse el uno al otro. Da Souza proveyó las armas para un golpe de estado y, a cambio de ello, recibió el monopolio de la venta de esclavos. Hacia los años 1830 era el hombre más rico de África Occidental y el coco de los abolicionistas británicos. Murió en la ruina.

Mis investigaciones marcharon bien hasta que, un domingo por la mañana, mi taxi se cruzó por casualidad con un destacamento de mercenarios que habían aterrizado en el aeropuerto de Cotonou y que se abrían paso a tiros rumbo al Palacio Presidencial. El chófer exclamó «C'est la guerre!», y dio media vuelta, sólo para ir a topar con una unidad del ejército de Benin. Me arrestaron por mercenario: los auténticos mercenarios se replegaron hasta el aeropuerto y levantaron vuelo.

Preferiría olvidar los dos días siguientes. Al cabo de una semana, empero, había llegado a Río de Janeiro, para rastrear allí los aspectos brasileños de mi historia... sin un centavo, y con fuertes dolores en el dedo gordo del pie, que había recibido el pisotón de un militar de sexo femenino.

No regresé a Benin.

Salí de allí con el esquema de la historia y muchas impresiones vividas. De niño, había leído relatos sobre las amazonas del rey Gezo: ahora sabía cómo eran. Había leído testimonios sobre sacrificios humanos escritos por los viajeros victorianos Duncan, Forbes, Burton y Skertchley. Había entrevistado a Pierre Verger, el especialista en estudios afrobrasileños. Había leído su libro esencial, Flux et reflux de la traite des Nègres entre le golfe de Bénin et Bahia de Todos os Santos. En el curso de mis recorridos hacia uno y otro extremo de la Costa de los Esclavos había conocido a los descendientes de Da Souza y me había llevado la imagen de su última hija sobreviviente, una mujer blanca, «¡tan blanca como usted, señor!». Finalmente, en Abomey, un amigo y yo visitamos al nieto de Gezo, Sagbadjou, un corpulento y envejecido monarca que, arrellanado en el asiento de plástico verde de su trono, nos contó lo que sabía acerca del brasileño:

—Era un hombre enorme —dijo—, más grande que vosotros dos juntos. Mi abuelo lo alzó por encima del muro de la prisión. Mi abuelo, veréis, era aún más grande que Da Souza.

Éstos son los antecedentes de mi libro. Pero el material estaba tan fragmentado que resolví cambiar los nombres de los personajes principales... y me puse a escribir una obra de imaginación.

Marzo de 1980

B. C.

Uno

La familia de Francisco Manoel da Silva se había reunido en Ouidah para honrar su memoria con una misa de réquiem y una cena. Era una de las habituales tardes sofocantes de marzo. Hacía ciento diecisiete años que había fallecido.

La misa se celebró en la Catedral de la Inmaculada Concepción, un estucado monumento a lo más adusto del catolicismo francés, que refulgía a través de una explanada de polvo rojo en dirección a los muros, las chozas de barro y los árboles del Fetiche Pitón.

Los zopilotes planeaban en un firmamento lechoso. El chirrido metálico de los grillos producía la sensación de que el calor era aún más intenso. Las hojas de los plátanos colgaban como cintas lacias. No soplaba viento.

El padre Olimpio da Silva había llegado a la ciudad desde el Séminaire de Saint-Gall. Estaba empinado en la escalinata del lado sur, con sus cabellos blancos y su casulla de color carmesí, escudriñando a sus parientes a través de las gafas con montura de acero, y hacía girar su luminosa cabeza bronceada con tanta autoridad como si se tratara de una torrecilla artillada.

No sólo sacerdote sino también etnógrafo por vocación, había asistido a las disertaciones de Bergson y Marcel Mauss en la Sorbonne; había publicado un intrincado volumen, *Les Sacrifices humains chez les Fons*, y era incapaz de iniciar una oración sin un adverbio calificativo: «*statistiquement... morphologiquement...*».

Pasaba flotando una ríspida música de órgano. El organista tenía una escala limitada de acordes.

Los Da Silva habían llegado de Nigeria, de Togo, de Ghana e incluso de la Costa de Marfil. Los pobres se habían trasladado en autobús y en taxi. Los ricos ocupaban autos particulares, y la más rica de todos, *madame* Hélène da Silva, más conocida como Mama Benz, se hallaba repantigada en el asiento trasero de su Mercedes color crema, refrescándose con un abanico de billetes de 10 000 francos mientras esperaba que concluyera el servicio.

Todos los miembros de la familia conocían a su antepasado por su nombre brasileño, Dom Francisco.

Había llegado de San Salvador da Bahia en 1812 y, durante más de treinta años, había sido el «mejor amigo» del Rey de Dahomey, a quien mantenía aprovisionado de ron, tabaco, adornos y cañones Long Dane que no se fabricaban en Dinamarca sino en Birmingham.

A cambio de estos favores disfrutaba del título de Virrey de Ouidah, del monopolio sobre la venta de esclavos, de una bodega de Château-Margaux y de un inagotable serrallo. Al morir en 1857 había dejado sesenta y tres hijos mulatos y una cantidad desconocida de hijas, cuya progenie de piel cada vez más oscura, ahora tan incontable como los saltamontes, estaba esparcida desde Luanda hasta el Barrio Latino. Sin embargo, de los reunidos en la plaza, sólo cinco habían viajado a Europa y ninguno a las Américas.

Las damas tocadas con turbantes caminaban con dificultad rumbo a la catedral, arrastrando por el polvo unos pies demasiado planos y callosos para tolerar el uso de zapatos. Sus indumentarias de algodón llevaban estampados hojas y leones y retratos de dictadores militares. Se internaban pesadamente en las hileras de bancos de teca.

Las crías correteaban con sus vestidos ribeteados de volantes: tenían el cabello balcanizado en zonas, cada una de las cuales se enroscaba en una trenza entretejida con oropeles.

Sus hermanos usaban pantalones ceñidos y desplazaban su peso de un pie a otro, sosteniendo en la mano, aunque sin usarlas, las gorras de los Jeunes Militants tachonadas con una estrella roja.

Los jóvenes vestían la indumentaria nacional; los viejos, trajes de dril blanco o de tela caqui desteñida.

La vida de los Da Silva más ancianos era yerma y triste. Evocaban amargamente el Tráfico de Esclavos como una Edad de Oro en que la familia había sido rica, famosa y blanca. Estaban desgastados por el reumatismo y las cargas de la poligamia. Su piel se agrietaba bajo los efectos del viento harmatán, y después llegaban las lluvias que repiqueteaban sobre los *caládium* y salpicaban frisos de lodo rojo sobre los muros de sus casas.

Igualmente se aferraban a sus quepis y sus cascos de corcho tal como se aferraban a las formas de su grandeza eclipsada. Se autodenominaban «brasileños» a pesar de que habían olvidado el portugués. Llamaban «negros» a quienes eran ligeramente más oscuros que ellos. Llamaban «Dahomey» a Dahomey mucho después de que el jefe de Estado hubiera cambiado este nombre por el de Benin. Todos colgaban el retrato de Dom Francisco entre sus cromolitografías de santos y de la Virgen: por intermedio de él se sentían ligados a la Eternidad.

El padre Olimpio se alzó frente al altar y entonó su mensaje anual con voz consoladora de barítono: el Padre-de-Todos-Ellos no había muerto sino que había ingresado en la Vida Eterna. Contemplaba a sus Criaturas desde su Lugar de Reposo Celestial. Les dispensaba consejos extraídos del acervo infinito de su sabiduría, «sobre todo —agregaba bajando la voz—, en ésta, vuestra hora de necesidad».

A la hora del *Credo*, las damas suspiraban, levantaban sus muslos y se ponían de pie. Las letras, los leones, las hojas y los dictadores militares susurraban y se recomponían.

La señora Rosemary da Silva, esposa de un contable de Lagos, cerraba los oídos a

las blasfemias: era metodista. Se sentó cuando los demás se arrodillaron para el *Sanctus* y permaneció sentada durante el *Agnus Dei*. Su marido, Ernest, estaba junto a ella, sudando dentro de una chaqueta de lana, lamentando que su esposa lo hubiera acompañado. Experimentó un acceso de cariño y compasión por los de su estirpe. Su mujer sencillamente hacía todo lo posible por abochornarlo.

Ella se ajustó aparatosamente el sombrero de paja. Alisó los pliegues de su vestido de piqué blanco e hizo chasquear tres sartas de cuentas de vidrio contra su busto. Cuando los Da Silva se alzaron para recibir la hostia, con la cabeza reverentemente gacha, ella miró pomposamente el cielorraso, preguntándose cuánto tardaría en derrumbarse.

El edificio exhalaba un aire de descomposición. Vetas de herrumbre resquebrajaban las columnas de hierro de la nave. Las tablas azules del techo estaban podridas. Alguien había robado la Paloma de la Paz de marfil incrustada en la mesa del altar. Aunque saludando como siempre desde su nicho, la Virgen estaba maniatada por una madeja de telas de araña.

Y había uno o dos cambios conspicuos adicionales: sobre el pesebre pendía una Estrella Roja; las caras de la Sagrada Familia habían sido repintadas con el color de Baltazar; y el confesionario estaba lleno de tambores escarlata.

Después de la Bendición, la familia entonó el cántico *Mi do gbe we* (*Salve Regina*) en lengua fon. El padre Olimpio cerró su misal con un golpe seco y los críos escaparon en busca del sol.

En la escalinata de la catedral los Da Silva posaron para la fotografía anual.

Agostinho-Ezequiel da Silva dirigía el ritual. Un caballero de ochenta y nueve años, con aspecto de pájaro, era uno de los cuatro nietos sobrevivientes del Fundador, y Cabeza de Familia.

Su piel estaba fuertemente estirada sobre un cráneo calvo y brillante, y su boca desdentada se crispaba en una O perfecta. Silenciosamente, impartió instrucciones con un bastón rematado por una empuñadura de plata: los ancianos se sentarían en sillas, los jóvenes se plantarían en los escalones y sus padres llenarían el espacio intermedio.

Dos chicos larguiruchos lo ayudaron a organizar el grupo. Se llamaban Modeste y Pierre y tenían muchos contratiempos con las damas.

—*Mettez vous là, madame!*

—*Bougez, madame!*

—*Ne bougez pas, madame!*

Pero las damas continuaban agitándose, discutiendo, codeando y apartando a sus hermanas.

Los hombres no se portaban mejor.

El tío Procopio, flautista jubilado del Conservatoire de Dakar, recitaba su «Oda a la muerte de la República de Dahomey». Gustave el intelectual le decía que se callara. Africo da Silva describía su gasolinera. Karl-Heinrich afirmaba que los ferrocarriles del Estado togolés funcionaban puntualmente, en tanto que el viejo Zéférino, médium espiritista, hablaba de la conversación que había mantenido mediante el aparato de escritura automática con su hermano, el coronel Tigré da Silva, exiliado en los Champs-Élysées: como de costumbre el coronel había estado sorbiendo champán y contemplando a las chicas.

Mientras tanto el fotógrafo se desesperaba.

Era un joven llamado Cyriaque Cabochichi, de cabeza afeitada en forma de calabaza, con una piel tan negra que despedía destellos azules, y el talante más serio respecto de su profesión. Sobre el dorso de su deportivo mono anaranjado sin mangas ostentaba la imagen de un cordero purpúreo y una leyenda que decía: «Photo Studio Agnew Pascal».

Se hallaba detrás de su trípode, parcialmente oculto bajo el lienzo negro, y hacía ademanes con ambos brazos para indicarles a Modeste y Pierre que comprimieran a las damas de ambos extremos para hacerlas entrar dentro del cuadro de su cámara de cajón.

Los chicos se pusieron frenéticos. Empujaban a las damas por sus asentaderas. Les daban palmadas. Las pellizcaban. Pero ellas no les hacían caso: su atención estaba fija en el Templo de la Pitón donde un turista europeo fotografiaba al *féticheur*. El viejo estaba apoyado sobre una pierna, con el diafragma ceñido por una tela azul, exhibiendo un gesto de absoluto desdén, mientras la cabeza de la pitón se frotaba contra su tetilla izquierda y su cola se le enroscaba alrededor de la hernia umbilical.

El sol palpitaba y se deslizaba hacia abajo, proyectando sombras rojas y dorando los bordes mellados de las hojas de papaya.

—Se va la luz —gimió Cyriaque Cabochichi, y esto hizo que las damas volvieran a sus cabales.

Nada las privaría de su foto. Con una demostración de unanimidad que habría sido inimaginable un minuto antes, ejecutaron un giro lateral como en una conga y la longitud de la fila mermó.

Papa Agostinho colocó un retrato de Dom Francisco sobre sus rodillas. Su esposa principal, Yaya Felicidade, intentó controlar un pecho descarriado. Gustaveladeó su bombín, Procopio se retorció el bigote. Modeste alzó el estandarte de satén verde de la Sociéte Brésilienne du Carnaval, y las damas ensancharon la boca cara a la cámara: entre sus labios estallaron relampagueos blancos y dorados.

Arriba los primeros murciélagos frugívoros volaban hacia el sudeste. Flotaba un ligero olor de guayabas y orina rancia. Cyriaque Cabochichi levantó la tapa de su lente y volvió a colocarla en su lugar.

Desde la Place de l'Immaculée Conception la familia se encaminó hacia el Fuerte Portugués.

Dos niños aporreaban un tam-tam. Los críos más pequeños blandían maracas, machacaban gongs, hacían girar ruedas de bicicleta y daban volteretas en el polvo. Pierre trasportaba una guirnalda de rosas encarnadas de vinilo para depositarla en el santuario de la Virgen.

Al llegar al final de la Rue du Monsignor Steinmetz, la procesión rodeó los despojos de un baobab. El ministerio del Interior había declarado al árbol «restaurante de brujos» y había ordenado que lo talaran después de que un subalterno de la Gendarmerie sorprendiera a un anciano en el acto de clavar en el tronco un amuleto: el amuleto contenía una garra de murciélago, algunas arañas trituradas y un recorte de un periódico con la foto del Presidente.

Los Da Silva entraron en la Place du Marché Zobé. Unas jamonas descomunales trajinaban de regreso a casa en dirección contraria. Unos traficantes mandingos plegaban trozos de índigo dentro de tambores de hojalata. El hechicero envolvía el excremento de colibrí en un trapo, y el vendedor de la lotería del Estado convocaba por última vez a los «*fidèles amis de la chance*».

Era la hora en que los sacerdotes fetichistas sacrificaban un gallo sobre Aizán, el Dios del Mercado, un monolito de piedra tallada que se alzaba, solitario, en un espacio vacío.

También era la hora en que los intelectuales de Ouidah se reunían en la Librairie Moderne y discutían los últimos libros, aunque las existencias se habían reducido a números atrasados de *La Femme soviétique*; los *Pensamientos* de Kim Il-Sung; una novela socialista titulada *Le Baobab*; el *Bajazet* de Racine; un Engels completo y algunos potes de brillantina de color guacamayo.

Y era la hora de la cena. Cien lámparas humeantes habían iluminado los quioscos donde unas matronas optimistas sacaban cerveza de mijo de calabazas huecas con grandes cucharas, preparaban fritangas en aceite de palma, envolvían manjar blanco de maíz en hojas de plátano o asaban cuartos de agutí, una rata de grandes dimensiones con dientes amarillos.

Sus manos —rosadas, húmedas y afectuosas como lenguas de perro— se estiraban para coger el dinero de los clientes. Llevaban a los bebés arrebujados en sus prendas de algodón. Todos dormían: ni uno solo lloraba.

Una de las mujeres arrancó una pluma de ala de un pollo vivo y la revolvió dentro de su oído.

—Lo hace para extraer la grasa humana —le informó un chiquillo al turista europeo, y el turista, que reunía informaciones de este tipo, le palmeó la cabeza y le dio un franco—. Me gustan los blancos —ronroneó el crío—, porque me recompensan.

Mama Benz iba en el Mercedes: era demasiado pesada para caminar. Al pasar frente a las matronas, el chófer se detuvo para que ella comprara una ración de agutí con salsa, tendiéndole un recipiente de esmalte blanco a la mujer, que se lo devolvió.

El niño dijo:

—Mama Benz es carnívora, ¿eh?

Otros chiquillos, cuyos dientes refulgían en la media luz, repetían un estribillo ensordecedor: «¡Ago! ¡Yovo! ¡Ago! ¡Yovo!»... que significa: «¡Apártate, blanco!».

Entretanto los Da Silva giraban a la derecha por la Rue Lenine, pasaban frente al Hotel Windsor, al Hotel Anti-Windsor, y llegaban al Bar Ennemi du Soir, donde el tío Procopio se escurrió para beber un trago.

Había una estera de juncos clavada a la pared, con tres jirafas que se desplazaban por un paisaje chino. Junto a ella alguien había garrapateado con tiza azul:

Los perros ladran La caravana pasa

Dos taxis de Lagos se hallaban estacionados fuera: el Auto de Confianza y el Bebé de la Confianza. A una hora más temprana de la tarde, los gemidos del amor se filtraban desde atrás de las persianas astilladas de los aposentos. Pero ahora los taxistas bebían cerveza con las alternadoras y, por la radio, el Jefe de Estado ladraba el primero de sus monólogos vespertinos.

La más menuda de las alternadoras lanzó una exclamación ahogada y desnudó su axila, atónita, cuando el tío Procopio hizo una reverencia, entrechocó los tacones y dijo:

—Señorita, necesito una chartreuse verde.

La mujer clavó los ojos en su mostacho increíble, vertió de la botella como si actuara movida por el instinto, y continuó mirándolo hasta que él hubo vaciado el vaso y se hubo ido.

Todos los jóvenes marxistas salieron a la calle y devoraron el Mercedes con los ojos a medida que éste pasaba de largo.

Finalmente los Da Silva llegaron al Fuerte y depositaron la guirnalda.

Inspeccionaron el Monumento a la Independencia: el Citroën incendiado del último Residente portugués, montado sobre un pedestal de hormigón.

Desde el bastión sur contemplaron la laguna gris, los mangles y, más lejos, la franja del oleaje.

El floreo de caligrafía árabe era el remero de una canoa que regresaba al hogar.

Se veía el movimiento de tenues luces a lo largo del sendero que conducía a la playa, por la que había llegado Dom Francisco, por donde la palabra «Vudú» se había abierto camino hacia las Américas.

Después regresaron a Simbodji.

El hogar ancestral de los Da Silva consistía en un reducto con muros de barro situado al oeste del aparcamiento de taxis, donde, durante la semana previa a la misa, los ruidos de raspados, tundidos, trituraciones y crepitaciones habían ahogado la cháchara infernal de los pájaros tejedores a medida que los descendientes de Dom Francisco guisaban los platos que a él le había encantado comer.

Las chicas volvían del mercado con cántaros de sangre de cerdo. Los niños montaban en bicicleta con despojos acordonados de reses echados sobre los hombros. Los pescadores traían cestas de ostras y cangrejos de pinzas azules. Los ancianos transportaban hojas del bosque. Las ancianas cristalizaban huevos en miel.

Grégoire da Silva, de seis años, señaló una columna de hormigas que desfilaban hacia el interior de una nevera desenchufada y dijo:

—La nevera existe.

Modeste y Pierre pasaron la semana pintando chapuceramente con un encalado de color albaricoque las paredes de los aposentos privados de Dom Francisco: dos edificios largos y bajos construidos en ángulo recto alrededor del patio principal.

Los dos chicos tenían el torso desnudo pero se habían endosado sendos bonetes de papel de diario para evitar que la pintura se les apelmazara en el pelo.

Quitaron las cruces de encima de los dinteles y pusieron infinito esmero para mezclar el color de las puertas y persianas, un color que no era negro ni purpúreo ni marrón sino el de ellos mismos.

Después pusieron manos a la obra en la antigua sala de juegos.

Vaciaron las moscas muertas que se habían acumulado en un cuenco de porcelana japonesa. Repararon una salivadera rota y clavaron una plancha de madera aglomerada sobre el desfondado asiento de mimbre de un sofá. Escudriñaron las ruinas de una mesa de billar, sin poder imaginar cómo se jugaba, y pasaron una pluma de avestruz sobre los marcos de los cuadros, porque la habitación también era una galería de retratos.

De las paredes azules pintadas al agua colgaban las efigies de los Da Silva, desde el Fundador hasta el Jefe actual.

El ceño fruncido y el solideo escarlata de Dom Francisco intimidaban desde un lienzo de empasto melado, pintado veinte años después de su fallecimiento por un artista siciliano trashumante que quedó varado en Ouidah en los años 1870 y que obviamente se había ganado la vida confeccionando iconos de Garibaldi.

Un retrato mucho más competente era el de su hijo, Isidoro da Silva, el Segundo Jefe, pintado en Bahía en 1837 para celebrar su vigesimoquinto cumpleaños. El joven petimetre mulato aparecía de pie en una biblioteca repleta de libros, luciendo una

levita azul, una corbata de terciopelo y un chaleco de raso blanco floreado que brillaba sobre su abdomen. Una mano aferraba su solapa, la otra acariciaba la empuñadura de diamante de su bastón.

Los retratos de sus hermanos, Lino y Antonio, también eran obra del pintamonas siciliano. Había una fotografía sepia de Cândido, el Quinto Jefe, con el uniforme de coronel honorario de la infantería portuguesa. Y por último había una página enmarcada del catálogo de recuerdos de la Exposición de París de 1900, donde Estevão da Silva y su hijo Agostinho-Ezequiel aparecían exhibidos como «*Fils et Petit-Fils du Négrier*».

Dom Francisco en persona reposaba bajo su lecho, en una cámara que miraba hacia un jardín de tierra roja y flores de plástico donde los lagartos tomaban sol sobre las tumbas planas de mármol blanco. La habitación era el coto privado de Yaya Adelina, una lavandera, que no permitía que se entrara sin permiso.

La cama era un mueble de Goa, de cuatro postes, con soportes de ébano y cabecera con medallones de marfil incrustados. Pero el elemento más espectacular era una estatua de san Francisco de Asís, de yeso pintado, con el hábito marrón circundado por una cuerda de nudos auténticos, contemplando las sábanas enmohecidas de su tocayo y elevando las manos en actitud de plegaria.

Una placa de mármol blanco, empotrada en el suelo, rezaba:

FRANCISCO MANOEL DA SILVA
Nascido em 1785 Brazil
Fãlecido a 8 de março 1857 em Ajuda (Ouidah)

Una guirnalda de tragontinas ostentaba la leyenda «Pour Nôtre Illustre Aïeul!», y sobre una repisa se alzaban un crucifijo dorado, un Ecce Homo amarillento y un elefante de plata, emblema de la familia.

Yaya Adelina llevaba su veneración por el antepasado hasta tales extremos que conservaba una botella de Gordon's Gin abierta sobre la mesa de noche para el caso de que éste se despertara.

Todas las mañanas, por si quería lavarse, volvía a llenar la jofaina de plata fundida con táleros de María Teresa que se habían derretido cuando un proyectil británico había incendiado una barraca en los años 1840.

De tiempo en tiempo quitaba el lienzo blanco que cubría un herrumbroso objeto de hierro semejante a un paraguas, pegoteado de sangre y plumas, y clavado en el suelo.

Se trataba de un *Asin*, el Altar dahomeyano de los Muertos.

Dos días antes de la celebración se produjo un momento de alarma cuando el teniente coronel Zossoungbo Patrice, de la Sûreté Nationale, interrumpió la siesta de Papa Agostinho y prohibió la ceremonia.

El teniente coronel tenía veinticuatro años, pestañas largas y rizadas, y la raya de sus pantalones de faena verdes, del cuerpo de paracaidistas, afilada como un cuchillo. De su cinturón colgaban dos granadas, con forma de frascos de esencia.

Papa Agostinho se ciñó una toalla alrededor de la barriga y balanceó su mecedora, mientras el joven revolucionario se paseaba de un lado a otro, blandiendo una metralleta norcoreana para subrayar los puntos importantes:

Los festivales familiares, vociferó, eran los resabios bárbaros y fetichistas del período colonial...

Pero la tarde era calurosa y el teniente coronel estaba cansado.

Su voz se elevó, atiplada, infantil. Tenía pánico de no lograr producir la impresión correcta, y cuando Papa Agostinho le hizo una muy modesta oferta de dinero, quedó tan aliviado y agradecido que autorizó a los Da Silva a llevar adelante sus planes... con una condición (tenía que imponer una condición): deberían escuchar la disertación presidencial a las ocho.

Entonces, con una sonrisa de radiante inocencia, se quitó la gorra, como si fuera la de un escolar, y retrocedió de soslayo.

Su bota aplastó una begonia en el trayecto.

La visita del coronel explicaba por qué la radio de plástico marrón propalaba música marcial cuando los invitados entraron para cenar.

Había una mesa cubierta con un mantel de hule a cuadros rojos. Las lámparas de querosén proyectaban rayos de luz amarilla sobre las raíces aéreas de la higuera de Bengala. Dos mangos, rutilantes de luciérnagas, cortaban arcos de terciopelo más negro en el firmamento.

Nunca, ni siquiera en tiempos de Dom Francisco, Ouidah había presenciado una fiesta tan untuosa.

Las cabezas de cerdo estaban cubiertas con quingombós y jengibres. Las alubias negras estaban escarchadas con harina de mandioca. Los pescados plateados fulguraban en una salsa de malagueta. Había un guiso de pintada y flores de sirih, que tenían fama de poseer propiedades afrodisíacas. Había montañas de amarantáceas fritas, ensaladas de zanahoria y papaya, y pastas de camarones, nueces de caoba y

pulpa de coco.

Los nombres de los platos brasileños estaban en boca de todos: *xinxin de galinha*, *vatapà*, *sarapatel*, *muqueca*, *molocoto*. Había golosinas de tamarindo y tapioca, ambrosías, bollos, bizcochos borrachos y pilas de pasteles dorados.

Yaya Adelina, con la cabeza afeitada y las telas de algodón girando con los anillos de Saturno, andaba pesadamente alrededor de la mesa, y echaba una muestra de cada plato en una calabaza tallada con animales totémicos.

El tío Procopio se enderezó hacia los *petits-pains au chocolat* murmurando: «*Byzance!*». Casi había hecho pasar uno entre sus mostachos cuando Adelina le palmeó la espalda.

—¡Avergüéncese, señor! ¡Comer antes de que coma el Padre!

Depositó la calabaza sobre una mesa frente a la ventana de la alcoba de Dom Francisco, por el lado de afuera, y la cubrió con un mantel de *broderie* inglés.

Todos aguardaron a que ocurriera algo.

Repicó un gong. Redobló un tambor. Grégoire da Silva salió precipitadamente de las sombras gritando: «¡Dom Francisco! ¡Dom Francisco!», y una procesión vestida de otra manera entró encolumnada en el patio.

Hombres con taparrabo blanco irrumpieron transportando imágenes envueltas en tela roja. Otros llevaban gallinas y un chivo panzón. Todos entonaban la canción del Fundador: «El Elefante despliega su red sobre la tierra y el mar...». Sus cuerpos estaban rociados con polvo blanco y sus cicatrices sobresalían como goterones de sebo de vela.

Tres jóvenes tamborileros convocaban al Antepasado para que volviese a la Tierra. La transpiración les pegaba la camisa a la piel y desde sus axilas se expandían manchas como tinta negra sobre papel secante.

Papa Agostinho lucía gargantillas de coral y una chistera plegable tachonada con lentejuelas que representaban mariposas y un corazón sangrante. Su hijo, Africo da Silva, tenía puesta una crinolina de pétalos amarillos, en tanto que Yaya Felicidade, tocada con un pañuelo de cabeza decorado con pensamientos purpúreos, blandía un machete de la Armada británica del siglo XIX.

Los redobles de tambor enardecieron a las mujeres y las empujaron a los movimientos vibratorios de la danza. Un afeminado con pantalones de satén de color rosado gimió, se balanceó y cayó rígido como una tabla.

Otras mujeres se arrodillaron frente a la ventana, sobando el chivo desjarretado y aullando: «¡Za! ¡Za! ¡Zanku! ¡Es de noche! ¡Noche!». Las gallinas cloquearon y se callaron. El cuchillo cayó sobre el pescuezo del chivo y la vida se le escapó a borbotones.

Las persianas se abrieron para mostrar a Papa Agostinho de pie dentro de la alcoba de su abuelo. Las mujeres le entregaron la espumeante calabaza roja. Él esparció comida y sangre y plumas y Gordon's Gin sobre la cama, la tumba y el Altar del Muerto.

Africo exclamó:

—¡Ahora el Muerto ha comido!

Alguien pronosticó que la lluvia regaría el maíz, y desde el otro extremo del patio se dejó oír la voz tonante del padre Olimpio:

—*Syncrétisme!*

La señora Rosemary da Silva blandió el puño y gritó:

—¡No he venido aquí para asistir a brujerías! —Y se fue pisando fuerte, seguida por su esposo.

Todos estuvieron de acuerdo en que los nigerianos no tenían buenos modales.

Mientras los devotos se vestían y cambiaban, la banda se distendió para interpretar un samba brasileño. El padre Olimpio ocupó su puesto en la cabecera de la mesa:

«*Bénissez-nous, Mon Dieu, pour la nourriture que nous mangeons ce soir...*».

Durante todo el transcurso de la cena, la voz del Presidente llegó en ráfagas entrecortadas: la radio tenía algún problema. Convocaba al Pueblo a cortar el «cordón umbilical del Imperialismo Internacional» y, cuando le faltaban palabras, aullaba: «¡Abajo los Intelectuales!» o «¡Muerte a los Mercenarios y los Lacayos del Imperialismo!».

Nadie le prestaba mucha atención.

Mientras engullía pasta de maíz a dos carrillos, Hermengildo da Silva no ocultaba el hecho de que él había sacrificado una cabra a Gu, el Dios de la Guerra. Mama Benz hipaba. Adelina estornudó y esparció zumo de piña sobre la mesa. El tío Procopio se ofreció para interpretar *Humoresque* de Dvorák; y los hermanos gemelos, Euclides y Policarpo, discutían si el lema de la familia debía traducirse por «¡Las moscas no son visibles en sociedad!» o por «¡Las moscas no son aceptables en sociedad!».

Pero, como de costumbre, el tema favorito era la pérdida de la fortuna de Dom Francisco; y, como de costumbre, el «alemán» de la familia, Karl-Heinrich (Gazozo) da Silva, apoyó los puños sobre la mesa e inició su disertación anual:

—Según la versión autorizada de mi difunto padre, Anton Wilhelm, Nuestro Ilustre Antepasado ingresó treinta y seis millones de dólares norteamericanos en un banco suizo...

—No era un banco suizo —lo interrumpió Agostinho—. Era el Banco Coutinho

de Bahía.

«Petrificación... —chillaba el Presidente—. ¡Paralización!... ¡Mixtificación!... ¡Momificación!».

—Y que vuestro tío Antonio...

—No eran dólares. Eran cruzeiros...

—... perdió el papel...

—No lo perdió. Lo bebió.

—... para sensibilizar... para organizar... para movilizar...

—Te digo que quemó el papel del banco. Lo metió en una copa. Después vertió dentro una botella de champán y lo bebió todo junto.

—No te creo.

—Era una copa grande.

—¿Y la flota? —preguntó Yaya Adelina—. ¿Qué sucedió con la flota?

—La echaron a pique los ingleses.

—... derrotar este macabro complot para masacrar a nuestro pueblo...

—Robada por el gobierno brasileño.

—Deberían devolverla.

—No la devolverán.

—Deberíamos entablar un juicio.

—... para robar las increíbles riquezas de nuestro país...

—Cacahuets —dijo el tío Procopio.

—¿Cacahuets?

—Sin cacahuets nos moriríamos de hambre.

—... y la tonante respuesta de nuestras Fuerzas Armadas...

—Y el aceite de palma...

—... y nuestro régimen científico y operativo...

—Pero los cacahuets producen cáncer.

—Pero son lo único que tenemos.

Africo da Silva dijo que el Presidente le daba dolor de cabeza. Gustave sentenció que lo que producía dolor de cabeza era el viento harmatán. Alguien más comentó que lo causaban los murciélagos frugívoros, y Papa Agostinho remató la conversación afirmando con tono cansado que Dom Francisco se arruinó el año en que Estados Unidos dejó de usar cauríes a modo de dinero.

Mama Benz preguntó qué era en realidad una ciprea.

—La ciprea es un caracol —respondió él—. Habita en un río llamado Mississippi. En los viejos tiempos, los norteamericanos arrojaban un esclavo al río, las cipreas se adherían a su cuerpo para alimentarse, y entonces lo recogían y así era como conseguían dinero para comprar más esclavos.

—¡Revolución o Muerte!

—De modo que cuando dictaron la ley, no hubo más cipreas...

—¡El marxismo-leninismo es nuestra única guía filosófica!

—... ¡y así fue como se arruinó Dom Francisco!

—*Ah! Cette chinoiserie de la Révolution!* —Gustave da Silva meneó su bella cabeza.

—¿Y la flota? —gimoteó Yaya Adelina—. ¿Qué se hizo de la flota?

Dos

A las ocho y veinticinco brotó de las entrañas del reducto un lamento de mujer.

—¡Ei... ieo... io... io... o... o... o... uo... uo... uo...!

Los comensales abrieron los brazos y se callaron. Una niña, toda brazos y piernas, entró precipitadamente.

—¡Es Mama Wéwé! —gritó—. No come.

Los Da Silva despreciaron los patos criollos que tenían frente a ellos y siguieron a la niña por un callejón hasta la casa de persianas purpúreas.

Espiaron hacia adentro. Las polillas revoloteaban alrededor de un manchón glutinoso de luz.

La propia hija de Dom Francisco, Wéwé la Blanca, la prueba de que él era blanco, yacía agonizando en el otro extremo de la habitación.

Mademoiselle Eugenia da Silva, un esqueleto que casualmente respiraba, yacía agonizando sobre un diván etrusco de madera de jacarandá con tallas de anacardos y pasionarias. Junto a ella descansaba un plato de papaya desmenuzada, intacto.

Tenía la lengua pegada al paladar. Sus labios se habían hundido sin dejar rastros en las anfractuosidades de su mentón. Sólo la nariz estaba a la vista, asomando de los jirones de una toca de encaje negro, así como las grandes manos blancas posadas entre los huesos de la pelvis en un hueco de bombasí negro.

Los Da Silva contemplaron el milagro. Lo increíble no era que siguiese viviendo. No era mucho más vieja que Sagbadjou el Rey, que residía con sus esposas y criados en un chalet situado detrás del palacio de Abomey.

Era impensable que muriera.

A veces, en las noches más frescas, su persiana se abría con un chirrido. Los niños que jugaban desnudos en el patio se congregaban en torno y un brazo blanco y mustio se estiraba a través de las cortinas negras corridas y buscaba a tientas sus cabezas.

A veces veían su rostro, con la piel tan transparente como la de una salamanquesa y los ojos verdes lechosos por la acción de las cataratas.

Aún conservaba fuerza en los dedos. Éstos se deslizaban sobre los rizos compactos, pero si tocaban una cabeza de cabellos lacios, la palpaban y la acariciaban, y la segunda mano pasaba entre las cortinas y recompensaba a su propietario con una moneda de Luis Napoleón o la reina Victoria.

Vivía *en princesse*, decían, con una dieta de pasta de frijoles y papaya, bebiendo

un poco de zumo de mango o una infusión de melisa. Su única acompañante era una vieja arrugada que se llamaba Mãe Roxa, la cual le preparaba y probaba la comida: Mama Wéwé aún tenía mucho miedo de que la envenenaran.

En 1953, durante los festejos de su centésimo cumpleaños, señaló a sus parientes con un dedo y dijo:

—¡Recordad que sois brasileños!

Desde entonces no volvió a hablar. Los años transcurrieron sin que abriera la boca, como no fuese para comer.

Antes de que se replegara en el silencio, Papa Agostinho era el único hombre cuya presencia toleraba. Él la escuchaba divagar sobre los acontecimientos deshilvanados del siglo: sobre las amazonas que hacían redoblar el tambor en el patio; sobre los brazos del general Dodds, «bastante peludos para tratarse de un mulato»; o sobre «ese animal», denominación que aplicaba a la Mere Agathe de las Petites Soeurs des Pauvres.

Pero cuando Agostinho le formulaba preguntas sobre la existencia de unos papeles perdidos y procuraba encarrilar la conversación hacia los acontecimientos de marzo de 1857, ella fruncía el labio.

Exactamente noventa y ocho años atrás se había enamorado.

Era alta y bella. Su tez era dorada y su cabello negro tenía vetas rojizas. Sus ojos eran ambarino verdosos: del color del mar turbulento. Las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa perpetua de tanto pronunciar las consonantes succulentas, sugestivas, del portugués brasileño. Al ver su andar ondulante los hombres debían reprimirse... y sin embargo, en aquella época, era virgen.

Una tarde, cuando soplaba el harmatán, se encontró con el agente inglés que venía de la playa. Él le habló de un barco mercante fondeado en la rada. A bordo se hallaba un profesor que había llegado para coleccionar plantas y animales de Dahomey.

Aquella noche permaneció despierta e intentó imaginar al profesor. Al despuntar el sol se puso un vestido de muselina blanca con flores azules bordadas. Ciñó una cinta a su sombrero de paja y fue con el señor Townsend a la playa.

Los cangrejos correteaban de perfil a medida que ellos descendían por la pendiente de arena blanca. A través de la bruma vieron el casco y los penoles oscilantes: cuando se despejó la bruma vieron el rojo de su enseña y los puntos negros que eran los pasajeros y tripulantes.

Pero había marejada. Los pasajeros no podían desembarcar y los remeros indígenas volvieron a sus chozas.

Cinco días más tarde el mar se apaciguó. El señor Townsend dio la señal de que había pasado el peligro. Ella vio las proas de las piraguas que se empinaban entre la

espuma y las espaldas de los barqueros negros bajo un sol inestable.

Los tiburones nadaban entre los límites interior y exterior de las rompientes, aguardando un naufragio: se comentaba que preferían la carne blanca. Cuando llegó la primera piragua el sacerdote fetichista estaba en la zona de aguas bajas haciendo castañetear un rosario. Ella también rezaba. Apenas podía soportar la imagen de los hombres que remaban maniobrando para mantener la piragua en posición correcta.

La piragua rugió sobre una cresta y cayó con ruido sordo sobre el ripio: unos brazos negros transportaron a los pasajeros hasta la playa antes de que rompiese la ola siguiente.

El profesor intercambió un apretón de manos con el señor Townsend, se frotó la sal de las gafas y se puso a revisar su pila de equipos. Era un hombre corpulento, de facciones rubicundas, y usaba una chaqueta con un montón de bolsillos y un casco de corcho y un velo.

A ella, el primer acceso de desilusión le impidió fijarse en el teniente alto, pecoso, de bigote rojo y ojos azules del color de los abalorios de las mujeres del mercado... y luego entendió las palpitations de su corazón.

Esa tarde él se presentó en Simbodji para pedir porteadores de hamacas: iría a Abomey con un mensaje que debía entregar al Rey.

Acudió a la cena ataviado con el uniforme de gala, azul y dorado, del Segundo Regimiento de la Reina para la India Occidental, que se hallaba acantonado en el castillo de Cape Coast. Ella hablaba un poco de inglés y él dijo:

—Pronto pondremos fin a esta jerga.

Lentamente, para que ella pudiera entender cada palabra, el teniente le habló de la Reina de Inglaterra y de la ciudad de Londres. Ella trató de imaginar la nieve: suave y blanca como los plumones del árbol de algodón, pero fría, fría hasta un punto que ella no atinaba a conjeturar.

Ella hizo funcionar las cajas de música suizas que antaño habían pertenecido a su padre. Miraron los peines de acero y los cilindros de bronce erizados de púas que giraban irregularmente porque la herrumbre había corroído los peines. Intentaron cantar «La trucha» de Schubert, pero el compás era demasiado caótico y terminaron riendo.

Entonces ella encontró la llave de la caja que tocaba vals. Como no conocía los pasos de baile, dejó que sus pies la llevaran solos y que el peso de su cuerpo descansara sobre la mano que le cogía la cintura.

Él jugó al billar con el hermanastro de ella, Antonio, y le permitió ganar. Los oyó murmurar en inglés y, cuando miró en dirección a ellos, vio los ávidos ojos azules a través de nubes de humo de habano.

A la mañana siguiente él volvió con regalos: dos pañuelos para el cuello, de hilo de Madrás; un collar de marcasita y un espejo dorado para tocador: todo destinado a las damas del Rey.

Al ponerse el sol caminaron hasta el jardín de Zomai donde Dom Francisco había

construido un pabellón chino. Los troncos de los mangos habían sido encalados y la brisa generaba un susurro musical en el follaje de los cocoteros.

El pabellón tenía aleros curvados hacia arriba y ventanas redondas que ya no eran redondas. El anciano jardinero lo había barrido como para un picnic. Se alejó discretamente cuando los vio entrar y ella pensó: «Así que mi hermano organizó todo esto».

Los pelos del bigote de él le cosquillearon el labio superior. Al principio las manos de él fueron delicadas pero las sintió enardecerse. Cuando intentó zafarse, se le desgarró el vestido.

Él la soltó, sorprendido. Ella no gritó. Pasó corriendo del jardín a la calle roja, donde unos chicos fon practicaban con sus tambores. Se mofaron de ella y le hicieron morisquetas y atacaron un ritmo retumbante cuando pasó de largo.

Ella se encerró en su habitación y se tumbó boca abajo sobre la cama de bronce cubierta con telas rústicas. Únicamente cuando la humedad atravesó la almohada comprendió la magnitud de su soledad.

No se trataba de que hubiera ignorado lo que podía esperar. En Simbodji las doncellas eran desvirgadas con la misma naturalidad con que los guisantes son despedidos por la vaina cuando ésta estalla. Desde la infancia había conocido la risa grosera que soltaban las mujeres al olfatear el trapo manchado de sangre. Sus hermanastros habían intentado violarla. Sus hermanastras fruncían los labios si las abordaba alguien de tez más oscura... y sin embargo siempre estaban dispuestas a prostituirse con los marineros blancos.

Un código de honor innato le había impedido degradarse hasta ese nivel.

Pero cuando él volvió por la mañana, murmurando palabras contritas, cayó, como una bella autómata, en sus brazos.

—¡Llévame contigo! —le dijo.

—Te llevaré —respondió él, y se arrepintió instantáneamente.

Los portadores estaban preparados para transportar la expedición tierra adentro.

El teniente y el profesor yacían sobre las hamacas de rayas azules y blancas. Los portadores levantaron su peso como si nada y echaron a andar entre el tañido de los gongs y los regüeldos de las trompetas de marfil. Lo último que captó de ellos fue el ademán de despedida de una manga de color caqui mientras se perdían de vista.

Durante tres semanas su humor osciló entre la euforia y la desesperación. Entonces, una noche, un crío llegó corriendo a una hora avanzada desde la casa del señor Townsend: el blanco más joven había regresado enfermo, muy enfermo; y el Rey había retenido al profesor.

El color de su rostro había virado más allá del blanco de las cortinas del lecho.

Tenía los ojos amarillos, y su boca gris, con flecos de espuma en las comisuras, balbuceaba nombres que para ella estaban desprovistos de significado. El señor Townsend diagnosticó un ataque de malaria que, tal vez, sería fatal. Se le había agotado la quinina, pero tuvo suficiente sentido común como para no despreciar el remedio que ella trajo de casa del herborista. Se lo hizo tragar por la fuerza al paciente, que se recobró.

Cuando desapareció la fiebre se puso a gritar histéricamente: «¡Sáqueme de aquí! ¡Haga algo!», y cuando el señor Townsend le informó que estaba fondeado un bergantín holandés, dijo: «¡Lléveme a bordo!».

Ningún súbdito del Rey estaba autorizado a abandonar Dahomey sin permiso, de modo que ella debió bajar a la playa bajo vigilancia. Los modales de él fueron correctos, pero su voz era fría: desde Inglaterra le enviaría el dinero para el billete y la dote.

Era un día gris y calmo, pero las fragorosas rompientes levantaron una corriente de aire que le hizo flamear el vestido de muselina entre las piernas. Ella agitó un pañuelo de cuello mientras la canoa se alejaba. Él no contestó el saludo sino que se limitó a mirar fijamente al mar, en dirección al barco que lo aguardaba.

Ella esperó seis meses, un año, dos años. De una esclava liberta de Bahía aprendió el arte de la confección de encajes. Juntas bordaron guarniciones para la cabecera de la cama, enaguas y servilletas: ella estaba ansiosa por poseer todos los conocimientos.

Se dictó a sí misma clases de lectura. Simulaba leer, pero aunque podía distinguir una página de otra, y aunque incluso podía memorizar las letras de una página, nunca consiguió desentrañar el sentido de esos renglones.

Con la esperanza de aumentar su dominio del inglés, concurría todos los jueves al servicio de la capilla metodista donde cantaban himnos. El reverendo Bernabó era un mulato de Sierra Leona, que tenía largas patillas y había sido educado en Inglaterra. Le enseñó las escalas en un piano vertical de sonido metálico, y pronto ella aprendió a interpretar «Abide with Me!» o «Mine eyes have seen the Glory of the Coming of the Lord!», al toc-toc del metrónomo.

Las hijas del misionero la adoraban. Se vestían todas de blanco y, cuando cantaban, podía darse por sentado que en la puerta se congregaría una multitud de personas con los ojos dilatados por el asombro. Le produjo una cruel desazón descubrir que se prestaban por dinero para pagar la bebida de su padre.

Hacía largas caminatas sola.

En las tardes en que retumbaban los truenos, cuando las nubes perpendiculares se apilaban en el cielo, deambulaba por los palmares hasta la laguna y observaba cómo los martines pescadores blancos y negros revoloteaban sobre el agua oscura.

A veces marchaba tierra adentro hasta los campamentos de los fulbé. Éstos eran unos individuos de tez clara que dormían bajo las estrellas y conservaban la belleza hasta la vejez. El harmatán los empujaba de la sabana al litoral. Su ganado con

cornamenta en forma de lira se desplazaba entre las hierbas con un ruido crepitante. Ella recibía su llegada con beneplácito: la estación seca también traía europeos a la costa.

Sus ojos interrogaban al señor Townsend pero el orgullo la disuadía de pedirle noticias. Él procuraba eludirla: la insensibilidad de su compatriota lo abochornaba. Sólo cuando su compañía lo convocó de vuelta encontró el coraje necesario para hablarle de la carta del profesor: el teniente se había dado de baja del ejército, se había casado y se había radicado en Somerset.

—¡Oh! —dijo ella.

Él había esperado un estallido de dolor y tendió la mano para consolarla. Pero ella lo miró como si estuviera loco y echó a correr, cantando y bailando descalza en la arena, hasta donde algunos barqueros indígenas descargaban de una nave toneles de aceite de palma vacíos.

Los años endurecieron los contornos de su rostro en planos angulosos. En las comisuras de su boca apareció una expresión crispada. Su piel se tensó fuertemente sobre la nariz y los pómulos, y cayó en pliegues flácidos sobre su cuello. A los treinta años era una vieja solterona, pero a partir de entonces su aspecto apenas cambió: la Costa de los Esclavos se cobra sus víctimas jóvenes o las conserva en salmuera hasta una edad proveya.

Su círculo de relaciones se fue reduciendo, progresivamente, a su criada, su joven esclavo mahi, su padre y el forastero pelirrojo. Incapaz de establecer diferencia alguna entre lo real y lo sobrenatural, tampoco la establecía entre los vivos, los ausentes y los muertos.

Por lo que a ella le importaba, sus parientes eran las máscaras de una pesadilla. Y los Da Silva, a su vez, miraban a la mujer blanca sin hijos con temor supersticioso.

Sospechaban que tenía la facultad de hacer el Mal de Ojo. Tomaban la precaución de quemar los pelos que se les caían y las uñas que se recortaban. Las mujeres decían que merodeaba por Simbodji de noche, recogiendo tierra impregnada con los esputos de sus parientes.

Como nadie quería dormir bajo el mismo techo que ella, le dejaron la posesión de la antigua villa de Joaquim da Silva, en el otro extremo de la finca. Compró un rollo de paño negro y lo colgó desplegado alrededor de su habitación. Tomó la costumbre de vestir ella misma de negro, con una prenda rígida que le llegaba a las pantorrillas y una cofia de encaje sujeta debajo del mentón.

Durante años tributó afecto al guacamayo de su padre, un pájaro de mal genio llamado Zé Piranha, que picoteaba a los desconocidos y sus propias plumas, hasta que al fin murió de inanición. Entonces transfirió su cariño a una perra sarnosa con

mastitis que pasaba todo el día tumbada a la sombra de un plátano, pero que al ponerse el sol se sentaba junto a la escalinata y aullaba.

Simbodji decayó. Los techos se hundieron y los muros se derrumbaron. Las malezas lívidas sofocaron las pilas de escombros, que quedaron a disposición de los lagartos, los escorpiones y las serpientes. Privados de las utilidades del Tráfico de Esclavos, los Da Silva se sumieron en el letargo tropical.

En 1882 un tornado embistió la casa de Dom Francisco, hizo girar sus tejas por el aire y las dispersó por la ciudad.

En 1884 una chica asaba nueces de caoba cuando una de éstas saltó del brasero e incendió un techo. El fuego arrasó trece casas hasta los cimientos.

En 1887 Cândido da Silva, uno de los hijos menores de Dom Francisco, fue elegido Jefe de la Familia en virtud de su talento para reparar la fortuna. Hasta consiguió que el Rey de Dahomey trazara una cruz en un documento que transfería Ouidah a los portugueses como protectorado.

Los colonizadores llegaron con una banda militar de la isla de São Tomé, y delimitaron el paraje para edificar un cuartel. El Rey envió a Cândido un mensaje lisonjero, invitándolo a Abomey. Y él partió, con su uniforme de coronel portugués, acompañado por sus esposas, hijos, portadores de paraguas, músicos y una guardia de honor de amazonas.

No regresó.

Al comandante portugués, que fue a preguntar por su camarada de armas, lo invitaron a entrar en una casa de barro cuyo portal estaba flanqueado por un par de cuchillos de verdugo. El coronel honorario estaba amarrado a una silla europea, todavía con sus charreteras, con una cadena de hierro ceñida al cuello y una mordaza de madera introducida en la garganta. A sus pies descansaba una vasija de plata, donde zumbaba un enjambre de moscas.

—A esa vasija —le informaron al oficial—, van a parar las cabezas de todos quienes perturban el Reino.

Nueve días más tarde, un destacamento de amazonas irrumpió en Simbodji con uniformes que llevaban bordada la insignia de su brigada: el cocodrilo.

Dispararon sus mosquetes al aire e interpretaron la danza de la decapitación, advirtiéndole a los Da Silva que si se atrevían a vender un ápice de suelo dahomeyano, la casa sería descalabrada, arrasada, borrada de la faz de la tierra; y ellos serían enviados a trabajar en las Plantaciones Reales, o a informar a los antepasados del Rey de cómo marchaban las cosas en este péfido mundo.

Durante meses Simbodji permaneció amortajada en un silencio de tumba.

La *senhorinha* Eugenia aprovechó la catástrofe para apoderarse de algunas de las

reliquias de Dom Francisco, como si, mediante el acto de recoger sus bienes, pudiera devolverle la vida.

Se llevó su pitillera montada en plata; su orinal de color rosado opalino; su hierro con empuñadura de marfil para marcar esclavos con las iniciales F. S.; su rosario de nueces de carnauba; algunos fragmentos de papel cubiertos con su escritura; una litografía del emperador Dom Pedro II; una imagen de una casa brasileña; y un cuadro particularmente cruento de Judith decapitando a Holofernes.

Su compinche en estas expediciones era Cesarío, el hijo de Cândido da Silva, que tenía diez años. Había quedado atrás cuando sus padres habían ido a Abomey, y ahora era huérfano.

Con sus ojos verdes y un mechón de pelo rubio, Cesarío era una reversión a una cepa anterior de la familia. Y así como los polluelos tienden a expulsar a un albino de su nido, así también los otros niños le hacían la vida imposible y lo acribillaban con inmundicias y frutas podridas.

El clima le sentaba mal. El sol lo despellejaba y le dejaba manchas rosadas sobre la piel. Tenía una costra crónica sobre el caballete de la nariz, y las picaduras de mosquito se le transformaban en ronchas y se infectaban.

Una mañana descubrió que tenía niguas en el pie izquierdo.

Ella lo hizo acostar, afiló la hoja de un cuchillo, practicó una incisión en la planta correosa del pie y extirpó el saco de huevos. Él ni siquiera gimió. Lo besó en la frente y lo llevó a vivir consigo.

Ella nunca había cuidado un niño y cada día traía algo nuevo. Recuperó su andar cadencioso y su sonrisa rutilante. El color le volvió al rostro. Desechó sus prendas negras, se puso zarcillos de oro en las orejas, y se paseaba por el mercado con un vestido decorado con flores llamativas.

Vistió a Cesarío con pantalones largos blancos, le hizo usar un panamá de fibra de palma y lo envió, así uniformado, a aprender a leer con los Padres Franceses. Él volvía a casa con historias de ferrocarriles y caballeros de armadura y todo tipo de información útil: los Antepasados eran, en verdad, galos; las vacas de la Haute-Savoie daban seis veces más leche que las de África.

A él le gustaba particularmente la historia de Moisés y el Faraón, y no cesaba de preguntar si el Faraón era lo mismo que el Rey de Dahomey: no se impresionaba cuando le respondían que no.

En los días lluviosos ella sacaba una lámina de color distribuida por la Sociedad de la Iglesia Misionera de Abeokuta, y señalaba al hombre de la barba gris que exhortaba al viajero a subir por el «Sendero Recto y Estrecho», y decía:

—¡Mira! ¡Es un retrato de tu abuelo!

O desplegaban un panorama de Bahía y él leía los nombres: «Casa Santa de Misericordia... Monasterio de São Bento... Convento de Santa Teresa...» mientras los ojos de ella se paseaban sobre las cúpulas, torres y frontones que le recordaban la Nueva Jerusalén que bajaba flotando del Cielo.

Ella intentaba imaginar la casa donde vivirían cuando regresaran a la ciudad. Decía haber bailado en Bahía, en un alto salón azul circundado de espejos y columnas de oro... lo cual era absolutamente falso, porque nunca había discurrido más allá de Ouidah.

En otras oportunidades visitaban a los alemanes. En 1890 una empresa mercantil de Hamburgo llamada Goedelt compró la concesión del antiguo Fuerte Británico. Los recién llegados bebían cerveza en jarras de barro y, por la tarde, su refectorio se nublaba con el humo de las pipas. Un reloj de cu-cú, que tenía pintadas rosas rojas, colgaba de la pared, y había retratos de las doncellas del Rin y uno del joven Kaiser Wilhelm II.

Cesário era el favorito de *Herr Raabe*, el director, que pensaba prepararlo para contable. Cada vez que Eugenia iba a buscarlo, llevaba una gallina o una fruta y se quedaba plantada sobre un pie, tímidamente, en el hueco de la puerta, frotándose la pantorrilla con el otro pie y mirando la pared.

Los alemanes pensaban que esperaba el cu-cú. Cuando el pajarillo se asomaba de su cueva, acostumbraban a decir en inglés: «Ya basta por ahora, señora. Gracias. ¡Es hora de volver a casa!», y cuando la puerta se cerraba añadían, en alemán: «¡Dios mío, cómo mira esa mujer!».

Pero sólo había estado mirando al Kaiser.

Una tarde ella y Cesário atravesaban el distrito Sogbadji en medio de la calma que precede a la tempestad. Las banderas blancas colgaban inmóviles sobre un fetiche. Algunos ancianos estaban acuclillados en las sombras, íntegramente blanqueados, con la cabeza gacha. Cantidades inusitadas de zopilotes convergían sobre la ciudad.

De una casa oyeron salir un gemido débil; de otra los deudos sacaron un cadáver envuelto en una estera de juncos con los pies asomando fuera. Vieron a un hombre que se arrastraba hacia los matorrales. A lo largo de toda la calle había manchas de vómito y de excrementos amarillos.

El cólera había desembarcado con la tripulación de una nave.

Fueron corriendo a casa. Ella echó el cerrojo a la puerta y no quiso recibir a nadie: sabía demasiado acerca del contagio.

Al caer la noche de la tercera jornada, Cesário se sintió mareado y debió acostarse. Al cabo de una hora había ensuciado la cama. El sudor le chorreaba por la piel dejándola fría, tesa y pegajosa. Sus ojos se hundieron en las cuencas y miraban apáticamente las vigas. No perdió el conocimiento y cerró fuertemente sus dedos mustios alrededor de los de ella.

La crisis se desencadenó en el lapso del amanecer africano en que todo se tiñe de dorado. Las palomas zureaban en el jardín. Un rayo de sol atravesaba la ventana y

enmarcaba a la mujer vestida de azul que estaba arrodillada junto al lecho del niño. Los calambres convulsionaban el cuerpo de Cesário y su caja torácica se plegaba como un acordeón.

Se inclinó y lo besó, deslizando lentamente su lengua en la boca seca de él, rogando que la enfermedad lo abandonara y se transfiriera a ella.

—Déjame solo —jadeó él, y pronto la dejó a ella.

Ella continuó viviendo.

Fue a la tienda de un comerciante brasileño y compró un corte de paño azul celeste, del color que los Ángeles usaban en el Cielo. Lavó el cuerpo, que ya había adquirido una tonalidad verdosa. Lo envolvió y lo depositó en un ataúd de madera de iroko. Le ahuecó el cabello en derredor como si fuera una aureola. Le colocó una moneda de oro en la mano y su jardinero clavó la tapa.

Lo sepultaron en el cementerio de la familia, bajo la ventana de Dom Francisco, con una cruz de hojas de palmera sobre la cabeza. Ninguno de los parientes de ella le prestó atención, porque estaban demasiado distraídos con sus propias muertes.

Tres días más tarde, el ayudante de Raabe la vio caminar por la playa, con el mentón recogido contra el cuello, murmurando y mirando cómo la arena se escurría entre los dedos de sus pies.

Entonces vio cómo ella se rió y separó las manos y agitó un pañuelo negro en dirección al mar despoblado de aves.

Le preguntó lo que hacía y ella respondió:

—Se ha ido a Bahía.

Los pocos años siguientes resbalaron sobre ella sin alterar su soledad.

Pasó por alto la proliferación súbita de sacrificios humanos que marcó la coronación del nuevo Rey, Behanzin el «Tiburón». Se desentendió del bombardeo francés a Ouidah que mató a ciento treinta personas y desmembró un baobab sagrado. Tampoco celebró nada cuando Estevão da Silva izó una tricolor improvisada en el mástil e inició la carrera de los miembros de la familia como franceses de tez tostada.

Los acontecimientos de su vida eran la cosecha de nueces de palmera y los festivales de la Iglesia Brasileña. Durante las tres semanas que precedían a los santos Cosme y Damián en setiembre, ella y su criada, Roxa, confeccionaban vestidos vaporosos para las hermanas gemelas de la ciudad, que casi eran veneradas como divinidades. En enero, ayudaban a pintar los disfraces de los mimos para el Bumba-Meu-Boi. Y todos los 24 de junio, en el día de san Juan Bautista, se sentaban frente a la capilla del Fuerte Portugués, asando mazorcas de maíz tierno para los feligreses.

Como estas efemérides se repetían año tras año, perdió toda noción de estar envejeciendo.

Mãe Roxa murió durante la epidemia de viruela de 1905 después de rechazar la inoculación. Su lugar lo ocupó una chica «brasileña» de dieciocho años, cuyo verdadero nombre era Cristella Chaves. Pero Eugenia no hizo ninguna concesión al cambio, la llamaba Roxa y pretendía que supiera todo lo que había sucedido durante los últimos cincuenta años.

Hacia 1914 la capilla del Fuerte había entrado en decadencia. Hacía mucho tiempo que ella codiciaba la imagen de la cabeza del Bautista y se la llevó para ponerla a buen recaudo y salvarla de los depredadores. La cabeza tenía ojos de vidrio y rizos negros que parecían víboras, y era obra de un escultor africano de Bahía que había tallado la aorta, el esófago y la tercera vértebra cervical con puntilloso cuidado por los detalles. La había atornillado a una bandeja para carne fabricada por Minton, con claveles estarcidos de color malva: la sangre pintada chorreaba en el hueco destinado a recoger los jugos del rosbif de la Vieja Inglaterra.

Su siguiente idea consistió en convertir la alcoba de Dom Francisco en un santuario.

Ella y Roxa confeccionaron rosarios. Elaboraron relicarios. Manufacturaron guirnaldas de flores artificiales con conchas marinas e improvisaron un Espíritu Santo con una tetera Pirevitte en forma de gallina. Colgaron el panorama de Bahía, la imagen de Judith y algunas estampas religiosas en colores: santa Marta con un par de corazones sangrantes; santa Lucía sonriendo a sus propios ojos que descansaban en la palma de su mano.

La cabeza del Bautista la acomodaron sobre la mesa del altar.

Entonces, cuando el trabajo estaba casi terminado, se le ocurrió la idea de comprar una estatua de san Francisco para emplazarla al pie de la cama de su padre.

El comprador de nueces de palma, *Monsieur Poidevineau*, adelantó un poco del dinero que le correspondía por su participación en la cosecha, y lo remitió a Marsella, a una compañía que se especializaba en esculturas religiosas.

El Poverello llegó a la estación de ferrocarril en un sólido cajón. La banda brasileña de la ciudad interpretó un samba y Mama Wéwé —como la llamaban ahora— se plantó sonriendo en el andén mientras entraba el tren. Por primera vez en veinticinco años no vestía de negro.

Este conmovedor ejemplo de fe llegó a oídos de los Padres de Nuestra Señora de África, que ofrecieron su ayuda. Pero ella no dejó entrar a nadie en el santuario hasta que estuvo listo para la consagración.

Una mañana los padres Truitard, Boët y Zérringer bajaron a pie hasta Simbodji con inmaculadas sotanas blancas y sandalias. Ella recorrió el cerrojo de la puerta y los hizo entrar con un ademán triunfal.

Vieron la cabeza de Holofernes, la cabeza del Bautista, las cadenas de esclavos, un espejo de tocador y los clavos y las plumas ensangrentadas. El padre Zérringer, que era aficionado a la zoología, examinó los relicarios e identificó una garra de buitre, una vértebra de pitón, un fragmento de cráneo de mandril y el tímpano de un

león.

—*Ce sont les gris-gris du marché* —susurró.

Puesto que lo sabían menos propenso a la cólera sectaria, los colegas del padre Truitard delegaron en éste la responsabilidad de decirle la verdad a Eugenia. El padre Truitard era un hombre atribulado, con las facciones picadas de viruela y afables ojos castaños, que había pasado años comulgando con las olas y los petreles en la isla de Ushant. Sabía un poco de portugués.

La Madre Iglesia, le explicó, no podía permitir la adoración de objetos idólatras en Terreno Santo. La Fe estaba presente. El corazón estaba bien predispuesto y la Carne estaba bien dispuesta. Pero ella necesitaba algunas lecciones sobre las Escrituras. Tampoco había sido atinado elegir a san Francisco para colocarlo sobre la tumba de un traficante de esclavos.

—¡Pero él los enviaba al PARAÍSO! —vociferó ella, y señaló el panorama de Bahía.

—Pero san Francisco, hermana, era un pobre trajinante que amaba a todos los hombres y las aves y los animales...

Ella no escuchaba. Un grito ronco brotó de sus labios. Sus brazos se abrieron con fuerza y se agitaron inútilmente. Se abalanzó al encuentro del sol quemante y cayó hecha un ovillo.

Dos días más tarde, Mere Agathe de las Petites Soeurs des Pauvres pasó de largo junto a Roxa e irrumpió por la fuerza en la habitación de Eugenia. Se retiró al cabo de cinco minutos, con la cara hecha jirones y el hábito transformado en una masacre de carmín.

Mama Wéwé descansó otros sesenta años en el olor rancio del brocado en proceso de descomposición, con los ojos clavados en el oratorio portátil de la Última Cena que había pertenecido a su padre.

Se trataba de una vitrina con fachada de cristal, del tamaño de una pequeña casa de muñecas, y confeccionada por las monjas de la Soledade de Bahía:

La habitación en miniatura tenía paredes de color azul celeste, espejos y pilares dorados. Sobre el suelo se veía un resplandor solar entre nubes, de marquetería, y sobre la repisa, debajo de una campana de vidrio, había un reloj. Las figuras de madera de Cristo y los Apóstoles estaban sentadas ante una cena compuesta por pollo de yeso mate. Los ojos de Nuestro Señor eran de color turquesa y su cabeza estaba erizada de auténticos pelos rojos. Ella encogía su cuerpo con la imaginación y contemplaba la escena desde el hueco de la puerta... aunque se hacía a un lado para dejar pasar al mulato taimado que partía en mitad de la cena.

Transcurrían los años y nadie reparaba la casa. El techo de paja se pudría, las

persianas se astillaban y, cuando las hormigas socavaran el suelo, su mecedora dejaría de mecerse. En la estación de las lluvias brotaban hierbajos, blanqueados por la falta de luz. Las manchas de moho se extendían por las paredes: un delta de ríos rojos se abría en abanico desde los nidos de avispas de las vigas y atravesaba los senderos de las termitas.

Sólo una vez, en 1942, se produjo una alteración en el ritmo de sus días.

Después de un bullicioso *vin d'honneur*, la esposa del Residente, *Madame Burlaton*, confundió el acelerador con el freno de su Peugeot y distribuyó a Aizan, el Fetiche del Mercado, en fragmentos, por toda la plaza. Los *féticheurs* exigieron un sacrificio humano para la nueva consagración. Su marido se negó. Se produjo una algarada.

Un pelotón de *spahis* senegaleses disparó, matando una cabra e hiriendo a una mujer en la pierna. Roxa oyó los estampidos y, cuatro horas más tarde, corrió al cuartel con un mensaje para el comandante: *Mademoiselle* da Silva tendría mucho gusto en recibirlo.

El teniente André Parisot había oído hablar de la misteriosa mujer blanca que nadie había visto. Dedicó un poco de tiempo a aplicarse aceite de la India en el pelo, para darle brillo, y se puso sus mejores galas blancas.

—Teniente —dijo ella—. Interpretaré una pieza para celebrar su victoria. ¡Roxa, alcánzame el piano!

Roxa entró transportando una tabla blanca que tenía pintadas treinta y cinco teclas negras, y el teniente se mordió los labios cuando las uñas sin cortar de ella rascaron los arpegios y el polvo cayó de los agujeros horadados por las polillas.

El ropero de Dom Francisco, cohesionado sólo por la pintura de su superficie, perduró hasta 1957, cuando se derrumbó, dejando al descubierto unos despojos de estays de barbas de ballena y jirones de tafetán que se elevaron revoloteando como motas de papel carbonizado.

Las arañas habían transformado la jaula del loro en una tienda gris. Las estampas se estaban descascarillando, y los Doce Apóstoles habían quedado reducidos en su totalidad, por la corrosión, a muñones leprosos.

Sin embargo, de la cabeza de Cristo se proyectaban dos cuentas de vidrio azules montadas sobre varillas, como los ojos periscópicos de ciertos peces.

Los ojos de ella estaban demasiado cansados para ver los rostros que espiaban por la ventana. Pero había visto las mismas caras hacía mucho tiempo, y estaban todas allí, como ella imaginaba.

El padre Olimpio da Silva quitó la tapa de rosca de una ampolleta, dio la extremaunción, y el cuarto resonó con su plegaria. Modeste meció un incensario y las

nubes de humo azul fastidiaron a las avispas y las hicieron zumbar.

Ella no sudaba. Su rostro estaba impasible. Nadie habría pensado que, debajo de esa piel apergaminada, había venas y arterias y un corazón palpitante.

Entonces sus labios se separaron con un chasquido audible. Los Da Silva captaron un ruido susurrante. Al principio, no supieron con certeza si era el susurro de su piel, el susurro del bombasí negro, o el comienzo del estertor de la muerte.

Una palabra se desprendió y flotó en torno de la habitación. Una segunda palabra brotó claramente. Una ristra de palabras, débiles como el viento en las palmeras lejanas.

—Los papeles —bisbisearon—. Pregúntale por los papeles.

Papa Agostinho le acercó el oído a la boca. Se enderezó y fue de puntillas hasta la ventana.

—Habla en portugués. ¿Quién habla portugués? ¿Es que nadie habla portugués?

Tres

El hombre que desembarcó en Ouidah en 1812 había nacido, veintisiete años antes, cerca de Jaicos, en el Sertão, la región ganadera seca y achaparrada del nordeste de Brasil.

Los sertanistas son montaraces y pobres. Tienen facciones enjutas, pelo lacio y a veces los ojos verdes de un antepasado holandés o celta. Odian a los negros. Creen en curaciones milagrosas, y sus leyendas hablan de un rey fantasma llamado Dom Sebastião, que librará a la tierra del Anticristo.

Como todos los pueblos nacidos en lugares espinosos, sueñan con prados verdes y una vida desahogada. A veces parten, animosamente, rumbo al sur, a San Salvador de Bahía, pero cuando ven el mar y la ciudad se aterrorizan y vuelven a las tierras agrestes.

El padre de Francisco Manoel, que trabajaba como peón en una hacienda, había muerto mientras arreaba novillos en un rodeo. Su sombrero de cuero se enganchó en la bifurcación de dos ramas: el barboquejo se le deslizó en torno al cuello y lo ahogó. Los amigos que siguieron el rastro de su caballo sin jinete encontraron el cuerpo colgando con los pies a escasa distancia del suelo.

Su hijo tenía un año.

La madre era una mujer de muy mal genio. Se despellejaba las manos trabajando. Las venas azules sobresalían en sus sienes y su pelo ralo no alcanzaba a ocultar los lobanillos que habían brotado en varios lugares de su cuero cabelludo. Los años de sequía le habían curvado la boca en un rictus de ira: ira por sus pechos arrugados; por las sandalias de cuerda que debía usar en lugar de zapatos; por el colchón de plumas que nunca tendría, o por el crucifijo de metal blanco que debería haber sido de oro.

Pasaba la mayor parte de los días acucillada en la sombra moteada de una acacia, fumando una pipa de piedra.

La casa tenía techo de hierba y paredes de barro prensado y madera y se alzaba en terreno despejado y en medio de un monte de *umbu-ranas*. Las persianas estaban pintadas de un fresco color azul, pero la frescura era una ilusión.

Una barricada de bromelias circundaba el patio. Cerca de allí había un bebedero para ganado con lentejas de agua y, más allá, los arbustos espinosos, que formaban ondulaciones ascendentes y descendentes gris verdosas, jalonadas de trecho en trecho por negros cactus candelabros.

Las tres habitaciones estaban desnudas, encaladas, manchadas por las moscas.

Las hamacas plegadas pendían como jamones de las vigas del techo. Las sillas de montar, los sombreros y cabestros colgaban en el porche. Había una estatuilla de Onofrio para custodiar la puerta y otra de san Blas para alejar las hormigas. La mujer conservaba un mantel blanco sobre la mesa del altar mucho después de haber dejado de rezar por algo en especial.

Unas semanas después de la muerte de su marido, se amancebó con un mestizo llamado Manuelzinho, que llegó un día a la casa y pidió agua. Tenía labio leporino y dientes que parecían trozos de metal herrumbroso. Los lazos de su chaleco se tensaban sobre su pecho, y la gente creía que iban a romperse súbitamente. Se ganaba la vida matando serpientes y vendiendo la blanca carne escamosa en el mercado.

A su caballo le faltaba una oreja, y cuando le preguntaban: «¿Qué le sucedió a la oreja de ese caballo?», respondía con tono taciturno: «Se la comieron los bichos».

Los primeros recuerdos del niño consistían en la imagen de la pareja, haciendo chirriar noche y día una hamaca de sisal: nunca conoció una época en que no fuera un extraño.

Sin embargo, cada vez que el hombre la satisfacía, la voz de la mujer se volvía menos áspera y su boca se distendía en una sonrisa. Se preocupaba por las comidas, peinaba el pelo de su hijo para despiojarlo, y narraba las viejas historias de Dom Sebastião y la princesa Magalona.

Recordando tiempos mejores, le repetía los acertijos que había aprendido en su infancia: el aguacate que tenía «el corazón de un toro»; o las «chicas en un castillo tapizado de amarillo», que era un racimo de plátanos. Y además estaba aquel otro que era el favorito especial del niño:

*Igrejinha bem rondinha
Bem branquinha
Não tem porta
Não tem janela
Dentro dela tem tesouros
Um de prata, outro d'oro.*

Una pequeña iglesia redonda y blanca, sin ventana ni puerta: sin embargo tenía dentro dos tesoros, uno de plata, otro de oro. La respuesta era «el huevo».

Pero Manuelzinho era un trotamundos nato. Después de una semana de cautiverio ya estaba listo para reanudar la marcha. Iba y venía por el patio mirando airadamente el sol como si éste se pusiera con retraso. O azotaba el polvo con un látigo, o se sentaba a arrojar cuchillos contra un tronco.

Entonces, cuando la mujer lo veía reducirse a una mota de color ceniciento, sus dedos arañaban la superficie de la mesa y las astillas se le hincaban debajo de las uñas.

Muchos años más tarde, encadenado de manos y pies en la prisión del Rey de Dahomey, Francisco Manoel habría de recordar el año de la sequía.

Aquel verano —entonces tenía siete años— las nubes se acumularon como de costumbre y estallaron. Durante cinco días la lluvia empapó la tierra, brotaron las semillas y por todas partes había bandadas de mariposas amarillas. Después las nubes desaparecieron. El sol rielaba en un cielo azul metálico. El lodo se resquebrajó.

Un día, al ponerse el sol, madre e hijo vieron las formaciones de patos que volaban rumbo al sur. Ella lo abrazó y dijo:

—Los patos vuelan hacia el río.

Soplaron vientos cálidos, que ocultaban el horizonte tras una cortina de polvo y arrojaban bolitas de excremento de cabra a través del patio. Cuando se secó el bebedero, el ganado se congregó alrededor del manchón de limo verde, gruñendo, con los morros llenos de espinas.

En una cabaña situada detrás de la casa vivía un viejo indio cariri llamado Félix, que cuidaba los escasos animales de la viuda a cambio de techo y comida. Una tarde se desplomó en la cocina y dijo, con voz ronca y desesperada:

—Están muriendo todos.

Había cortado lonjas de cacto, las había limpiado de espinas, y las había distribuido a manera de pienso. Pero las bestias seguían muriendo.

La sangre les chorreaba por los flancos, a partir de las pequeñas protuberancias rosadas que representaban otras tantas garrapatas. Se cortajeaban en sus esfuerzos por alcanzar una sola hoja sin marchitar y, cuando morían, sus cueros estaban tan duros que las aves carroñeras no podían llegar a las vísceras.

Por toda la comarca estallaron incendios con una crepitación resinosa, que dejaban tocones aterciopelados donde otrora había habido árboles. Las llamas alcanzaron a Félix mientras éste talaba un cortafuegos a machetazos; fue encontrado, chamuscado y lustroso, con una mueca de dientes blancos y un flujo de moco verde en la nariz. La mujer le cavó una tumba, pero un perro desenterró el cadáver y lo destrozó a dentelladas.

Las ratas bajaban por las cuerdas de la hamaca del niño y lo mordían. Las serpientes de cascabel entraban en el patio, atraídas por cualquier cosa que aún estuviera con vida. Cuando una columna de hormigas devastadoras arrasó la casa, la mujer sólo conservó la energía suficiente para salvar una cazuela de harina de mandioca y algunas lonjas de tasajo.

Finalmente, cuando ella ya había perdido la esperanza, Manuelzinho salió del zarzal, donde había sobrevivido alimentándose con cadáveres de roedores parcialmente asados. Excavó el pozo hasta una mayor profundidad y emergió con una filtración de un líquido hediondo y ferruginoso. Pero al cabo de una semana las tres

jarras de agua estaban vacías.

Al niño se le agrietó y ulceró la boca. Le ardían los párpados. Se le entumecieron las piernas. Lo alimentaron con una papilla de raíces de palma, pero éstas se le hincharon en el estómago y los calambres lo obligaron a tumbarse. Toda la humedad parecía haberse secado en su cuerpo. No era cuestión de que pudiese llorar... ni siquiera cuando su madre empezó a agonizar.

Aquella mañana la descubrieron, al despertar, con la pierna izquierda que colgaba fláccidamente fuera de su hamaca. Manuelzinho le levantó el trapo que le protegía la cara de las moscas. Silenciosamente, y con la terrible ternura de las personas llevadas al límite, ella suplicó por su hijo, al que había querido salvar a costa de su propia inanición.

Sus recompensas no fueron de este mundo: murió por la noche sin un gemido.

El niño miró cómo Manuelzinho la sepultaba. Partieron rumbo al sur, en dirección al río. Dejaron atrás grupos de emigrantes demasiado exhaustos para continuar la marcha. Los pájaros negros esperaban posados en las ramas.

El caballo murió al segundo día, pero los hombres son más resistentes que los caballos.

Llegaron al río a la altura del embarcadero del transbordador de Santa Maria da Boavista, donde Manuelzinho dejó al huérfano en manos del cura y siguió viaje.

El niño no recordaba nada acerca de la travesía, pero durante años habría de conservar un trozo de carne y habría de dormir con éste bajo la almohada.

Santa Maria da Boavista se levanta sobre la orilla septentrional del río San Francisco, donde éste describe un gran arco a través de las provincias de Bahía y Pernambuco.

Tenía una sola calle de casas con techo de tejas cóncavas, alineadas a lo largo de un barranco rocoso. Abajo corrían las aguas lodosas, que arrastraban balsas de vegetación procedentes de una comarca más verde, situada río arriba. Una iglesia blanca coronaba el punto más alto: sobre las volutas de su frontón, una sencilla cruz azul fusionaba los padecimientos de la Crucifixión con un cielo desprovisto de nubes.

El tutor del niño, el padre Menezes Brito, era un portugués gordo y engreído, que había sido desterrado allí por alguna falta leve: su única diversión consistía en bautizar a los bebés indios con su saliva. Alimentaba a Francisco Manoel y le permitía dormir en un cobertizo. Con la esperanza de reclutarlo para la Iglesia, le enseñó a hacer repicar el carillón, los rudimentos del latín, algunas matemáticas elementales y el arte de escribir con letra cursiva.

Le hablaba de Bahía y sus trescientas iglesias, de la ciudad de Lisboa y de la Santa Sede de Roma. Le hacía interpretar el papel de san Sebastián en las procesiones de Corpus Christi. Lo llamaba «mi ángel de ojos verdes» y sin embargo lo obligaba a

humillarse y a confesar la negrura de su alma. A veces lo introducía en una alcoba impregnada de olor a incienso y flores muertas, donde lo besaba.

Los críos de la aldea llamaban al recién llegado «Chico Diabo» y siempre conspiraban para hacerle daño: a él le bastaba mirarlos fijamente a la cara para que se acoquinaran.

Su único amigo era el chico negro, Pepeu, al que tenía fascinado. Juntos desplumaban pinzones vivos, realizaban ciertos experimentos con la pulpa de una sandía y gritaban obscenidades a las muchachas que lavaban tripas en el río.

Una vez intentaron crucificar un gato, pero éste huyó.

En los días de mercado iban al matadero, donde las viejas brujas se disputaban los despojos con los perros vagabundos. Los matarifes usaban gorros rojos y pantalones de nanquín azul que estaban siempre purpúreos, y chapoteaban en la sangre, chupando sus cigarros y asestando mazazos a cualquier animal que aún permaneciera en pie.

Las vacas miraban sin asombro a sus asesinos.

—Como los santos —decía Francisco Manoel.

Conocía, mucho mejor que el cura, el significado del martirio de Cristo, y la liturgia de las espinas y la sangre y los clavos. Sabía que Dios hacía a los hombres para atormentarlos en el erial, pero sus propios padecimientos lo habían encallecido respecto de los padecimientos ajenos. A los trece años llevaba en el cinturón un cuchillo con empuñadura de ágata, se esmeraba por recortarse el bigote, y no dejaba traslucir ni una pizca de remilgos cuando asistía a una flagelación en la picota.

Cada mes de octubre, cuando las nueces de acajú maduraban con las últimas lluvias, los vaqueros de las haciendas periféricas recogían sus manadas e iniciaban la larga travesía hacia el sur, rumbo a los mercados de Bahía. Columnas de ganado convergían sobre la ciudad. Se trataba de animales ariscos, con papadas oscilantes y piel del color de la harina de maíz; y los hombres cabalgaban alrededor en medio de nubes de polvo, gritando: «¡É... Hou... Hé... Hé... O... O... O... O...!».

A veces, una vaca cansada se tumbaba en el sendero que conducía al río, y las otras vacas se dispersaban hacia los costados, rompían las vallas y pisoteaban los huertos donde los aldeanos cultivaban habas. Las mujeres se precipitaban fuera de sus casas y blandían los puños, pero los jinetes no les hacían caso: los vaqueros nunca parecían fijarse en los huertos.

A Francisco Manoel le gustaba ayudar a los vaqueros a hacer montar los animales a bordo de las chalanas. Entonces, después de que oscurecía, escuchaba sus relatos de bandidos y pumas. Pero si les pedía que lo llevaran con ellos, era inevitable que alguien dijese: «El chico es demasiado joven», y volvía a la cama dura y el crucifijo reprobatorio.

Ya había resuelto huir cuando llegó a la ciudad un jinete con la noticia de que el antiguo compañero de su madre estaba agonizando en una hacienda situada en el bosque, a algunas leguas de allí.

Fuera de la choza un semental alazán mordisqueaba el poste de amarrar. Apartó el cuero de vaca que hacía las veces de puerta y vio una figura escuálida postrada sobre una estera. Una costra de pústulas le cubría el rostro y tenía los ojos cerrados.

Manuelzinho señaló débilmente su silla de montar, su látigo, un chaleco de ocelote, un impermeable confeccionado con piel de boa y un sombrero de cuero al que le habían cosido medallones de metal.

—Llévatelos —dijo.

El chico partió en compañía de unos jinetes que pasaban por allí. No se despidió del cura. Ni volvió jamás.

Durante los siete años siguientes vagabundeó por los territorios salvajes del Nordeste, trabajando esporádicamente como aprendiz de matarife, mozo de mulas, arriero y buscador de oro. A veces tenía una vislumbre de felicidad, pero sólo si era hora de partir.

Las tormentas de polvo le bruñeron la piel. Sus ropas despedían hedor a leche agria y caballos. Cuando la sequía le laceraba la garganta, la mitigaba con una infusión elaborada con la cola de la serpiente de cascabel.

Olvidaba las caras, pero recordaba las sensaciones: el sabor de la carne de armadillo asada en arcilla; el impacto del aguardiente sobre la lengua; el placer de la sangre caliente borboteando sobre sus manos, o el placer de orinar a lo largo de la pata de su caballo.

Vivió en aldeas indias. Cabalgó en compañía de gitanos que vendían esclavos inservibles y escapularios de san Antonio. Durante una temporada lavó grava, trabajando hombro a hombro con los negros, en un yacimiento de diamantes. Le asombró descubrir que el hedor de esa gente fuera tan excitante: acostumbraba a comparar sus frentes exentas de arrugas con la batalla que se libraba detrás de la suya.

Sabía que era valeroso. Una noche, asomó un rostro teñido de rojo por el resplandor de la hoguera: lo sorprendió la facilidad con que su cuchillo se hundió en el estómago del hombre. En otra oportunidad, mientras acampaba en el Raso da Catarina, compartió su carne con un vagabundo de los montes cuyas ropas consistían en un mosaico de parches de seda verde y que llevaba los dedos envarados por sortijas de oro. El hombre caminaba dieciocho leguas por día, descalzo entre los cactus.

—No confío en nadie —dijo—. ¿Por qué habría de confiar en un caballo?

Francisco Manoel tardó meses en darse cuenta de que aquél era el bandido Cobra Verde, el que robaba únicamente a las mujeres ricas a quienes sólo despojaba de sus adornos.

Y también él creía que seguiría deambulando eternamente: sin embargo, en el día de santa Lucía de 1807 —un día gris, sofocante, que encerraba un presagio de lluvia — terminaron los viajes sin rumbo.

Había estado cabalgando a través de la aldea de Uauá cuando la hija del alfarero salió atropelladamente de su casa con el delantal cargado de naranjas verdes. Una semana más tarde él le compró unas chucherías: al cabo de un mes se habían casado.

Encontró trabajo en una hacienda próxima. Sus patronos eran una familia de terratenientes absentistas llamados Coutinho, que habían residido en el Sertão durante dos siglos, pero que ahora vivían en su plantación de azúcar junto al mar.

Aprendió a reconocer las ecuaciones de la hierba y el agua; el vuelo de los pájaros alrededor de una vaca enferma; o la presencia de un manantial subterráneo. En muchas leguas a la redonda podía distinguir todas las marcas de los vecinos: era una cuestión de honor devolver un animal extraviado por mucho que se hubiera alejado de su territorio.

No muy lejos, a lo largo del lecho del río, se extendían plantaciones de algodón cultivadas por aparceros pobres. Como éstos sabían que era un hombre impasible y dotado de muchos recursos, acudían a él cuando los defraudaban, y él obligaba a los terratenientes a reconocer sus errores de cálculo y a pagar lo justo. Pero cuando los aparceros volvían, agradecidos y con presentes humildes, le subía un regusto amargo a la garganta y los alejaba de sí.

Los Coutinho no pagaban jornal, pero los vaqueros tenían derecho a quedarse con un ternero de cada cuatro, en cada rodeo.

Durante dos años vendió sus animales, porque prefería tener dinero en el bolsillo antes que riquezas en las pezuñas. Pero en la tercera temporada le encargó al herrero un hierro para marcar y se dispuso a «humanizar» su propiedad.

Encerró en un corral a los becerros, les maneó las patas y los ató a un poste de madera. Les cortó los testículos y les aserró las puntas de los cuernos. Se babeaban y gemían cuando el hierro les quemaba los flancos con un siseo: le producía placer frotar el sebo caliente en sus propias iniciales.

Y disfrutaba de su casa sencilla con sus calabazas y melones que se esparcían sobre la galería y sus paredes de color ocre que absorbían el sol. Al cabo de una dura jornada descolgaba su guitarra y rasgueaba las viejas canciones de los Bandeirantes.

Su mujer siempre se vestía de rosa. Sabía coser, plantar hortalizas, cocinar y exprimir el jugo venenoso de la mandioca. Sin embargo sus movimientos eran rígidos

y mecánicos. Para ella, hacer el amor no era distinto de barrer el suelo. Una dentadura refulgente le congelaba las palabras en la garganta. Si deseaba algo hacía brillar los ojos, o los velaba si alguna vez tenía miedo. Más a menudo se quedaba sentada, con la mirada perdida en lontananza, acariciando un gato anaranjado.

Tenía la costumbre de despertarse por la noche y gritar: «¡Padre! ¡Padre!». Dos veces por semana iba a visitar al alfarero y volvía roja de arcilla hasta los codos.

La tensión de vivir con ella repercutía sobre los nervios de él. Cuando veía su sonrisa apática palidecía de cólera y sentía la tentación de hundirle los dedos en el cuello. Se habituó a dormir al raso, con la esperanza de recobrar el equilibrio bajo las estrellas.

Un amanecer despertó sobre un tramo de terreno rocoso y, al mirar de soslayo, tuvo la sorpresa de ver, tan lejos del agua, una rana verde que se agazapaba bajo el brazo de un cacto. Su lomo tenía el color de la hierba fresca, su panza era de color malva, y cuando se arrastraba, debajo de sus patas se vislumbraban fugazmente manchas naranja y turquesa.

Hostigó a la rana con una vara. Aquélla se puso rígida de miedo. Observó cómo sus ojos viraban del plateado al púrpura. Cogió una piedra y la machacó hasta reducirla a un pringue veteado de sangre y, durante una semana íntegra, lamentó lo que había hecho.

Su esposa esperaba un hijo.

Las mujeres de la aldea vinieron con consejos, con manojos de ruda para alejar las brujas, y con un crucifijo para colocar debajo del colchón. Pero la perspectiva de presenciar el parto le repugnaba. Inventó una excusa para salir de viaje y, después, nunca pudo creer que esa criatura que cerraba los dedos alrededor del suyo fuera su propia hija.

Una tarde él estaba solo en la casa cosiendo un remiendo a la frontalería de una cabezada de cuero. La lluvia azotaba las tejas del techo y abría canales sinuosos en la tierra. De cuando en cuando alzaba la vista y miraba pasar las nubes negras por el marco de la ventana. De pronto, el gato se fue a sentar sobre el antepecho.

Siguió cosiendo, pero el gato miraba fijamente en dirección a él. Cuando maulló, sintió como si un escalpelo le estuviera raspando el interior del cráneo. El gato brincó y empezó a afilarse las uñas contra sus pantalones. Él se estremeció cuando la cabeza le frotó la pantorrilla. Con una mano lo cogió por debajo de las patas delanteras, con la otra buscó un cuchillo.

La sangre se le adhirió a las manos, cálida y pegajosa. Limpió las gotas oscuras que se coagulaban sobre el suelo. Depositó el gato sobre la silla de montar y partió a caballo para deshacerse de él. Entonces permaneció durante horas, irremisiblemente

solo, bajo el chaparrón.

La mujer buscó el gato pero no tardó en olvidarse de él.

Una tarde ella arrebujo a la cría en la cuna y, con un cántaro haciendo equilibrio sobre la cabeza, fue a llenarlo nuevamente en la cisterna. Él observó cómo se alejaban, dos siluetas ondulantes, perdiéndose por un callejón de pitas rumbo a un crepúsculo anaranjado. Se quedó sentado, saboreando el silencio, y luego empezó a puntear la guitarra. La cría lloró. Él dejó de tocar y la cría se calló. Pero cuando volvió a tocar las cuerdas, los llantos se redoblaron.

Alzó la guitarra sobre la cuna, esperó oír el crujido de la madera astillada, y entonces se contuvo y la quebró sobre su rodilla.

Se fue antes de que la mujer volviera.

Reanudó sus vagabundeos solitarios. Puesto que pensaba que cualquier conjunto de cuatro paredes era una tumba o una trampa, prefería flotar sobre los espacios abiertos más desolados.

Atravesó valles de polvo blanco donde hombres vestidos igualmente de blanco cavaban buscando tubérculos. Sus alimentos eran el tasajo, las frutas secas y la miel silvestre: el agua la exprimía de las raíces del umbú.

A veces había agua y no había hierba, sino sólo eneas filosas, y los caballos se desplomaban de hambre. Las travesías eran interminables, sobre horizontes vacíos: el repiqueteo de los cascos sobre fragmentos de pedernal, el crujido de las ramas secas, el estampido de los truenos sin lluvia, el chillido de un buitre... todo lo que quebraba el silencio era más triste que el silencio mismo.

Y cuando iba a las ciudades, los ruidos lo oprimían: los bailes, la música, la conversación animada y la risa... se acuclillaba y bebía de la botella.

Y por la noche caminaba frente a las casas y espiaba las habitaciones iluminadas, donde los padres jugaban con los niños, los hombres jugaban a las cartas y las mujeres sonreían mientras se trenzaban el pelo. Él anhelaba los placeres simples del tacto y la confianza; pero si una mujer veía los ojos verdes centelleando en la oscuridad, cerraba las persianas y franjas de luz se filtraban entre las celosías y le dibujaban rayas sobre el rostro.

Una Cuaresma pasó por la montaña sagrada, Monte Santo, donde el padre capuchino Apollonio de Todi había descubierto letras misteriosas talladas en la roca.

Los peregrinos vestidos con harapos de color azul celeste acudían allí desde todos

los rincones del Sertão para escalar la *vía sacra* de cuarzo blanco hasta la capilla de la cumbre donde, todos los Viernes Santos, la Virgen derramaba lágrimas de sangre.

Oyó sus letanías. Oyó los alaridos que proferían mientras se flagelaban con ortigas. Los vio arrastrarse seis kilómetros de rodillas y el sendero volviéndose más rojo a medida que se acercaban a su meta.

Sintió ansias de llevar a cabo algún acto parecido de mortificación, o de desembarazarse simplemente de su carga. Contemplaba durante horas las cruces plantadas a la vera del camino. Nunca pasaba por una aldea sin desmontar para observar una congregación entregada a la plegaria... pero nunca podía sumarse a ella.

Una vez, en Jeremoabo, se detuvo para hablar con unas mujeres que colocaban lirios en el altar. El sacristán de la iglesia era un joven mulato con huesos revestidos de piel a manera de piernas, que se impulsaba en un carrito con ruedas de madera, mirando constantemente por encima del hombro como si alguien, quizá la Muerte, viniera a buscarlo. Presentó el visitante a sus compañeros: santa Rosario ataviada con encaje verde; los santos Teatriel, Uriel y Baraquiél; san Moisés el Negro con el pie sobre la laringe del Faraón; o san Antonio de Padua, cuya imagen torturada se aparecía a los esclavos fugitivos y les decía que volvieran a casa.

El tullido se impulsó por la nave, hizo girar la llave en la cerradura del sarcófago situado debajo del altar, y recorrió la mortaja de terciopelo enmohecido para dejar al descubierto el cadáver de Cristo.

El cuerpo era suave y blanco, con el abdomen tenso y las palmas de las manos absurdamente vueltas hacia afuera. El pelo negro, bello como el de una joven, se enroscaba alrededor de sus hombros. Del lanzazo manaba pintura roja y las rodillas eran costras escarlata.

—¡Muerto! —gimoteó el tullido, y las lágrimas rebalsaron, vertiéndose y rodeando sus mejillas, y gotearon entre los despojos de sus piernas sobre las tablas del carrito.

Francisco Manoel apoyó una mano sobre el hombro encorvado. Su boca se crispó y, súbitamente, él también rompió a llorar.

Una sotana pasó revoloteando.

Echó a correr hacia la puerta.

No había llorado desde antes de la muerte de su madre: las lágrimas mitigaron su pena. Perdió el miedo de convertirse en un asesino. Empezó a beber en las tabernas, a reír y jugar a las cartas, aunque todavía no estaba dispuesto a confiarse a una mujer.

Gravitó hacia las ciudades de la costa.

La marcha hacia el sur lo llevó hasta Tucano, donde los cactus crecían achaparrados y empezaban a aparecer los grandes árboles, y donde su antiguo patrón,

el coronel Octávio Coutinho, tenía una fábrica de tasajo. Allí, como si quisiera purgarse en sangre, trabajó con los matarifes y saladores, y colgaba la carne a secar en alambres de cobre. Los calderos de grasa cubrían la ciudad con un palio de humo. Los sanos morían afiebrados y los sobrevivientes bebían.

De tiempo en tiempo llegaban las caravanas de la costa para comprar carne destinada a los esclavos de las plantaciones de azúcar. Una tarde de enero el heredero del coronel llegó en busca de un cargamento para la plantación familiar de Tapuitapera: lo habían enviado junto con los mozos de mulas para que se hiciera hombre.

Joaquim Coutinho tenía ojos oscuros y lastimeros que lagrimeaban con el viento. Sus ropas estaban recubiertas con una floración de polvo. Le dolían mortalmente las nalgas —no estaba habituado a las largas cabalgadas— y los chicos esclavos soltaron risitas disimuladas al verlo desmontar.

Esa noche él y el habitante de los eriales anudaron una amistad que sólo podía explicarse por la atracción de los opuestos. Al día siguiente, cuando los cestos estuvieron cargados y los hombres se hallaban listos para partir, Joaquim anunció que le gustaría quedarse.

Francisco Manoel le enseñó a enlazar novillos, a trenzar látigos de cuero crudo, a domar potrillos y a perseguir ñandúes y a cazarlos con boleadoras. Sin embargo él, a su vez, se sentaba, mudo, a escuchar el parloteo de Joaquim sobre su linaje y sus latifundios, y sobre la Torre de Tapuitapera que se mantenía en pie desde hacía doscientos años.

Un día, Joaquim dijo:

—Deberías cabalgar conmigo hasta la costa.

Se reprimió: secretamente, temía posar los ojos sobre el mar.

Entonces respondió:

—Sí.

Tapuitapera, designada así en homenaje a una roca sobre la cual los indios tapuya habían afilado otrora las hojas de sus hachas, era un montículo de piedra arenisca roja que se levantaba aproximadamente setenta millas al norte de Bahía y tres millas tierra adentro respecto de una playa de arena blanca. En la cima se vislumbraba entre los árboles brillantes la sombra de algo oscuro y sólido.

El mar era siempre azul y estaba punteado por las velas de los botalones, y las brisas de la costa suspiraban entre los bosques de mangos y anacardos.

La casa de la plantación de los Coutinho tenía ventanas con rejas entrecruzadas y paredes de estuco rosado. Las cortinas de seda verde susurraban en sus apartamentos con flores estarcidas. En la galería había pajareras con pinzones cantores, y en el

comedor había jarrones de porcelana azul vidriada, pilastras doradas y paneles de color lapislázuli.

Los aromas de rosas y lirios flotaban en el jardín. Los colibríes succionaban las madreselvas escarlata. Las mariposas de color azul metálico revoloteaban sobre los dondiegos y, después de que oscurecía, un coro de niños negros vestidos con polainas de terciopelo pardo y cuellos de encaje entonaba el *Stabat Mater* de Pergolesi.

Y Francisco Manoel imaginaba haber tropezado con el Paraíso.

El coronel lo acogió complacido por la buena influencia que ejercía sobre su hijo, lo trató como a un miembro más de la familia y lo puso al frente de sus establos.

El coronel era una magnífica ruina.

En su juventud, sobreexcitado por la idea de que había horizontes que su ganado no alcanzaba a hollar, expandió sus haciendas por el vacío verde de Maranhao, donde los caballos se hundían hasta la cintura y sus peones morían de gangrena anal. En su despacho aún colgaba un mapa de su imperio sobre pergamino. Pero sobre su escritorio se apilaban copias de demandas por arrendamientos adeudados, y más o menos cada mes llegaba desde alguna hacienda del interior la noticia de que el arrendatario se la había anexionado.

Cincuenta años de comidas picantes y de zarandeos sobre la silla de montar habían inflamado tanto sus hemorroides que no podía moverse de su hamaca ni para cenar, ni para dormir, ni para cagar, ni para rezar, ni para jugar a las cartas con su capellán. Su único placer consistía en hacerse lavar la cabeza por una bella mulata, que deslizaba los dedos entre las ondas rígidas como si estuviera pelando las hojas exteriores de una col.

Francisco Manoel hacía todo lo posible por contentarlo. Se ponía ropa blanca recién lavada para cenar. Tenía la precaución de perder una de cada dos partidas de *backgammon*, y lo escuchaba con atención cuando contaba cómo había matado indios.

Los dos jóvenes amigos organizaban riñas de gallos y adiestraron una jauría de mastines para cazar carpinchos en el bosque. Al volver, acalorados por la cacería, saludaban con un ademán a las hermanas de Joaquim, que reposaban sobre hamacas de plumas o arrojaban rebanadas de flan con manzanas a sus tíes favoritos.

En los días lluviosos exploraban la Torre, un tétrico coloso de granito construido en 1602 por Francisco Coutinho I, cuyo rostro correoso vigilaba desde las paredes de la galería de retratos.

U hojeaban los volúmenes con vistas de ciudades europeas, y visitaban habitaciones donde los objetos preciosos estaban esparcidos sin ton ni son: cristales venecianos, plata de Potosí, gabinetes de cristal y cinabrio y laca negra de los que se

desconchaba el nácar.

Francisco Manoel no podía dar cuenta de lo que veía. Nunca había pensado en poseer más que sus cuchillos y unos pocos arreos de plata. Ahora, su sed de riquezas no tenía límites.

En marzo llegó la época de la cosecha. Las colinas y los valles irradiaban los destellos plateados de las barbas de la caña de azúcar, y desde la Casa se veían hileras de espaldas negras y el resplandor de los machetes. Los negros segaban la muralla de tallos amarillos dos veces más altos que ellos. Las hojas les cortaban la piel y, por la tarde, la sangre se había mezclado con el sudor y el jugo de caña y atraía enjambres de moscas.

Un olor espeso de melaza flotaba sobre el trapiche. Las cubas burbujeaban. Yuntas de bueyes uncidos al yugo hacían girar los rodillos de la prensa de caña, y los esclavos se tambaleaban en dirección a ella, encorvados bajo el peso de las gavillas, con las venas del cuello hinchadas.

Una tarde, los rodillos le cogieron la mano a un hombre y el capataz debió amputársela a la altura de la muñeca. Sus alaridos hicieron enmudecer el valle cuando sus amigos lo llevaron de vuelta a su cabaña. El capataz se encogió de hombros y dijo:

—¡Que no se repita!

Cuando la campana de la capilla repicaba a las seis, los esclavos bajaban las herramientas y marchaban trabajosamente cuesta arriba para ir a rezar una oración vespertina a la Virgen. Desfilaban frente al coronel y se quitaban el sombrero. Unas voces opacas, roncadas, repetían su «¡Boa noite!» al unísono.

La capilla estaba consagrada a Nossa Senhora de Conceição, y sobre el altar descansaba un oratorio portátil de la Última Cena que terminaría sus días en Ouidah. Las monjas, de cuyas manos había salido, habían utilizado como modelo el comedor de la Gran Casa. Por alguna razón Francisco Manoel ambicionaba poseer ese oratorio más que cualquier otro objeto que hubiera visto.

Una noche en que yacía despierto, oyó un redoble de tambores en las colinas.

Se vistió y se guió por el ruido hasta un claro del bosque donde unos esclavos invocaban a sus dioses de allende el Atlántico. Los bailarines usaban máscaras de metal blanco y vestidos blancos que irradiaban un fulgor anaranjado a la luz de la hoguera. Giraban y giraban hasta que Exu el Mensajero les daba un golpecito entre

los omóplatos. Entonces, uno por uno, se estremecían, gruñían, se encogían a la altura de las rodillas y caían al suelo en trance.

El sacerdote, un liberto yoruba llamado Jerónimo, era devoto de Yemanjá la Diosa del Mar y dormía junto a su imagen de sirena en una cámara atestada de corales y palanganas con agua salada.

Nada le producía mayor placer a Francisco Manoel que sentarse en compañía de este soltero andrógino y oírle entonar las canciones del reino de Ketou con una voz que no sugería el abismo interpuesto entre los continentes sino el interpuesto entre los planetas.

Jerónimo le mostró el árbol loko, consagrado a san Francisco de Asís, de cuyas raíces retorcidas se decía que se prolongaban bajo el océano hasta Itu-Aiyé, hasta África, la morada de los Dioses. A veces un esclavo de la plantación oía que sus antepasados lo llamaban a través de las hojas gomosas. Por la noche, se arrastraba entre las ramas y, por la mañana, encontraban su cuerpo colgado.

Jerónimo le contaba historias de palacios de adobe revestidos con calaveras; de tribus que intercambiaban polvo de oro por tabaco; de una Serpiente Sagrada que también era un arco iris; y de reyes con testículos grandes como aguacates.

El nombre «Dahomey» echó raíces en su imaginación.

Y llegó el momento de marcharse de Tapuitapera.

El coronel estaba enfermo y malhumorado, y a Joaquim lo hastiaba su compañía. Encauzaba deliberadamente la conversación por encima de su cabeza, sólo para interrumpirse y comentar: «¿Y por qué te hablo de esto?».

Su madre, Doña Epiphania, aborrecía ver que su hijo se codeaba con personas de inferior condición, y comía a solas. Era una mujer corpulenta, con manchas en la piel, alerones negros sobre el labio superior y dientes reducidos por la corrosión a delgadas hostias marrones. Llevaba un látigo con empuñadura de plata en la cesta de las labores y, mientras una joven esclava hacía circular el aire con una rama frondosa, ella permanecía sentada sobre una estera de juncos y planeaba venganzas contra las amantes de su esposo.

A Francisco Manoel lo llamaba «El Sodomita».

Cuando él había llegado a la casa, las hermanas de Joaquim le arrojaban besos y le transmitían mensajes de amor mediante el lenguaje del abanico. Pero su madre no tardó en alentarlas a encarnizarse con sus puntos débiles. Parodiaban su acento. Se burlaban de sus esfuerzos por entablar conversación y reían estridentemente cuando usaba el cuchillo y el tenedor. Si se acuclillaba, le decían: «Tenemos sillas, ¿sabes?». A menudo, cuando entraba en la habitación, gritaban: «¡De prisa! ¡De prisa! ¡Es el Bruto!», y corrían hacia la puerta en medio de un susurro de tafetanes.

Una tarde, Joaquim le anunció que su padre había sufrido una apoplejía y que Doña Epiphania reclamaba insistentemente que Francisco Manoel se fuera de la casa.

Sus miradas se encontraron.

Francisco Manoel se congestionó de ira, pero comprendió que sería inútil discutir y agachó la cabeza.

Fue a Bahía.

Deambuló por la Ciudad de Todos los Santos enfundado en la chaqueta de pana negra de un suicida, que había comprado tras verla en el maniquí de un sastre. La ropa lavada y puesta a secar le rozaba la cara cuando flameaba al viento. Los pilluelos lo besaban en los labios mientras le palpaban los bolsillos. Sus pies resbalaban sobre mondaduras de frutas podridas, y entre los campanarios pasaban flotando rechonchas nubes blancas.

Se paseaba por el adoquinado del Pelourinho para mirar cómo los golfillos luchaban con sus sombras. El «Bello Perro del Norte» era un caniche teñido de azul que jugaba a las cartas; y después del anochecer siempre había alguna excusa para montar un espectáculo de fuegos artificiales.

Su principal entretenimiento consistía en seguir los cortejos fúnebres. Un día se trataba de un catafalco negro con incrustaciones de calaveras doradas. Al día siguiente, del ataúd azul celeste de una criatura que había nacido muerta, o de un cadáver gris envuelto en una mortaja de hojas de plátano.

Se alojaba en una casa de vecindad de la Ciudad Baja y trabajaba para un hombre que vendía artículos relacionados con la esclavitud: látigos, manguales, yugos, cadenas para el cuello, hierros para marcar y máscaras de metal. La tienda le recordaba aquellas otras de los territorios rurales donde vendían arreos para caballerías.

Sus ojos verdes lo hicieron famoso en el barrio. Cada vez que refulgían en un callejón atestado de gente, era inevitable que alguien se detuviera. Ejecutaba los movimientos mecánicos del amor en habitaciones de madera, con acompañantes de uno u otro sexo. Éstos se separaban de él con la sensación de haberse rozado con la muerte: nadie volvía una segunda vez.

Los contornos de su rostro se estabilizaron en su forma definitiva.

Su ceja derecha, arqueada a mayor altura que la izquierda, le daba el aire de un hombre atónito de encontrarse en un manicomio. El bigote se curvaba alrededor de las comisuras de su boca, que era húmeda y sensual. Durante años había fruncido los labios, en parte para tener un aspecto viril, y en parte para evitar que el calor los agrietara: ahora los dejaba flácidos, como para demostrar que todo estaba permitido. Se había librado de los accesos de cólera, pero no del remordimiento. Deseaba ir a

África, mas no podía tomar una decisión consciente.

Cada vez que un barco procedente de Guinea fondeaba frente al Forte São Marcello, echaba a andar por los muelles de esclavos y observaba cómo transportaban a los negros hasta la costa en botes de remos. Los traficantes de todas las provincias se abrían paso a codazos, gritando hasta enronquecer a medida que identificaban las marcas de los consignadores. Calculaban el número de los muertos, y después hacían que los sobrevivientes corrieran, patearan el suelo, levantaran pesos y vociferaran para probar la salud de sus pulmones.

Los defectuosos eran malvendidos a los gitanos.

Francisco Manoel trabó amistad con uno de estos especuladores gitanos, que le enseñó algunos trucos del oficio: cómo ocultar la disentería sanguinolenta con un tapón de estopa, o una enfermedad de la piel frotándola con aceite de castor.

Pero cuando conversaba con los veteranos de África, todos temblaban al hablar de Dahomey.

En una tarde de diciembre, a falta de algo mejor que hacer, ayudó a unos rufianes a sueldo que estaban ahorcando un muñeco relleno de paja con la efigie del cónsul británico. Hacía cuatro años que el Parlamento había aprobado la Ley de Abolición, pero la Armada británica sólo había empezado a capturar en los últimos meses los barcos brasileños que transportaban esclavos.

La turba se exacerbó, y cuando un pelotón de milicianos dispersó a los revoltosos, éstos se encarnizaron con un marinero escocés y lo arrojaron al agua. Quizás el recuerdo más nítido que Francisco Manoel conservó de Bahía fue el de haberse asomado por una balastrada y haber visto cómo la cabeza roja se balanceaba en medio de una trama de vergas y mástiles.

Dos semanas más tarde, estaba bebiendo un vaso de lima dulce fuera del local de subasta de esclavos de la Rua dos Matozinhos cuando un miembro de uno de los lotes, un criado benguela, huyó en medio de la puja. Joaquim Coutinho se hallaba entre los compradores y, mientras los encargados de ventas perseguían al fugitivo, descubrió a su viejo amigo y le dio unos golpecitos en la espalda.

Reanudaron su amistad. En verdad, cada vez que Joaquim acudía a la ciudad, los dos pasaban una tarde juntos y una noche con las prostitutas.

Durante una de estas visitas, contó que el coronel había fallecido y había dejado las finanzas de la familia en pésimas condiciones, por lo cual Doña Epiphania se había visto obligada a vender sus diamantes. Con la esperanza de recomponer la fortuna, él se había incorporado a un sindicato de oficiales del ejército cuyo objetivo consistía en monopolizar el mercado de tasajo e invertir las utilidades en barcos más veloces para el tráfico de esclavos.

Los esclavos más valiosos provenían de Ouidah... y en virtud de las cláusulas del tratado del Príncipe Regente con Inglaterra, Ouidah era el único puerto situado al norte del Ecuador donde era legal traficar. El único problema era el Rey de Dahomey, que estaba loco.

Francisco Manoel explicó que sólo tenía una idea muy vaga acerca de dónde quedaba Dahomey.

—Deberías ir allí —dijo Joaquim—. En seguida te enterarías.

Tres semanas más tarde, Francisco Manoel se encontraba en una habitación de la Capitanía, donde los padres fundadores de la ciudad miraban desde el entablado oscuro de la pared y los socios de Joaquim estaban sentados alrededor de una mesa.

Un hombre con charreteras doradas y una faja roja se puso en pie, hizo girar un globo terráqueo, señaló el Fuerte de San Juan Bautista de Ouidah, y ascendió al candidato al grado de teniente. El cargo no estaba remunerado, pero comportaba la entrega de dos uniformes gratuitos, un billete a África y una autorización para traficar esclavos. Ninguno de los oficiales sabía lo que les había sucedido al gobernador del Fuerte ni a su guarnición. Al concluir la entrevista todos se levantaron para felicitar al hombre del que sabían que iba a convertirse en cadáver.

En su última noche en tierra, cuando el bergantín *Pistola*, destinado al transporte de esclavos, ya se hallaba estibado y listo para zarpar, asistió a una misa de despedida en el Hospicio de Boa Viagem.

La iglesia estaba iluminada por una doble hilera de lámparas de cristal y las paredes estaban revestidas por paneles de mosaicos azules y blancos. En los mosaicos había pinturas de galeones —galeones estrellados contra rocas, cubiertos por olas, azotados por leviatanes o descalabrados por la artillería— pero salvados siempre por la Virgen Bendita que flotaba envuelta en una aureola sobre el tope palo mayor.

El capitán y los marineros ocupaban los primeros bancos.

Todos los hombres se habían manchado las manos con sangre, pero todos contemplaban con expresión anhelante el cuerpo lechoso de Nuestro Señor Moribundo, identificando Su Agonía con la de ellos e invocándolo para que apaciguara el mar.

El cura rezó una breve plegaria al Patrono de los Traficantes de Esclavos, san José el Redimido, y una más extensa por las almas de los Hermanos Negros que serían rescatados para la grey cristiana. Las respuestas gangosas se elevaban hasta el cielo raso, donde el profeta Elias, entre espirales de humo y llamas, continuaba su viaje en carro rumbo al Todopoderoso.

Las velas ardían sobre el altar y la luz titilaba sobre las alas doradas de los ángeles.

Desde su asiento del fondo, Francisco Manoel vio cómo el cura exhibía el copón y la tripulación desfilaba humildemente hacia él: *Corpus Domini Nostrum Jesum Christum... Corpus Domini Nostrum...*

Sin detenerse un segundo a reflexionar, se sumó a ellos... concertando un pacto con la mano enfundada en puños de encaje y dejando que la hostia se humedeciera sobre la punta de su lengua.

Fuera, había amainado la tormenta. Las estrellas se contraían y dilataban en el vacío azul. Los relámpagos refulgían sobre la isla de Itaparica, recortando la silueta de los penoles de la nave en el canal.

La misa terminó, y los marineros se congregaron fuera de la iglesia sosteniendo el juanete de mesana de la nave por sus amuras y escotas. El coro interpretó un himno y la casulla dorada del sacerdote se apartó de los ángeles y fue vista mientras avanzaba lentamente por la nave.

La procesión atravesó las puertas verdes.

Niños enfundados en prendas talaras de color púrpura transportaban una cruz de plata, una pila de agua bendita y un aspersorio de hoja de palma.

Gotas de agua bendita chasquearon sobre la lona.

—Bendice, oh Señor, este barco *Pistola* y a todos quienes navegan en él. Guíalo como guiaste el Arca de Noé sobre las aguas del diluvio. Tiéndeles tu mano como se la tendiste al Apóstol Pedro cuando éste caminó sobre las aguas del mar...

Cuatro

Desembarcó en Ouidah entre las dos y las tres de una caliginosa tarde de mayo que olía a mangles y pescado muerto. Una franja de espuma se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Tierra adentro, crecían altos árboles grises que, a una distancia de tres millas, cualquiera podría haber confundido con surtidores de agua. Él era el único pasajero de la canoa: la tripulación era suficientemente espabilada como para no pisar el Reino de Dahomey.

Al comenzar la travesía había contemplado el nuevo elemento con la inocente admiración del habitante de tierra firme. Vio alcatraces. Vio bancos de medusas, jirones de algas, los colores irisados del lomo de los bonitos y las albacoras y el fuego pálido de la fosforescencia que fluía hacia la noche.

Después, cuando la nave entró en la zona de calmas tropicales, las velas colgaron flojamente, las aletas dorsales de los tiburones se arremolinaron en un mar aceitoso, todo el mundo perdió los estribos y el contraмаestre le rompió los dientes a un marinero con un pasador.

Un chaparrón de lluvia roja salpicó la cubierta el día en que divisaron la costa de África, y una langosta se enganchó en los aparejos. En la última noche que pasó a bordo, Francisco Manoel se despertó cubierto por su propio vómito: el barco había eludido a duras penas el tornado que había tapizado la costa de peces muertos.

Apartó a los remeros nativos que lo ayudaron a bajar de la piragua. Se negó a estrechar la mano tendida del brujo del fetiche. Se negó a permitir que los porteadores lo transportaran a través de la laguna, y subió por el sendero que conducía al Árbol del Capitán con los muslos pringados de limo negro.

A la sombra de aquel ficus decrepito lo aguardaban algunos subordinados del Yovogan, el ministro dahomeyano para el Tráfico de Esclavos. Sobre una mesa de juego a la que le faltaba la mayor parte del tapete verde habían colocado garrafas de clarete, madeira, ron y vino destilado de palmera.

Brindó con ellos y los soldados dispararon sus mosquetes al aire. Un eunuco de palacio con cuernos de plata en las sienes inclinó la cabeza, preguntó qué obsequios había traído de Brasil, y exhaló una exclamación de sorpresa cuando la respuesta fue: «¡Ninguno!».

Se produjo un diálogo y todos parecieron muy cordiales, pero cuando llegó al Fuerte lo encontró en ruinas.

El mástil de la bandera estaba roto, el Escudo de Armas Real había sido mutilado.

Los muros carecían de techos y estaban ennegrecidos por el humo. Las persianas habían sido arrancadas de sus bisagras y los cañones se habían desprendido de las troneras y se hundían a través de las paredes de adobe.

Los zopilotes se remontaron aleteando cuando entró en el patio. Un cerdo hozaba la corteza de una nanjea. Un perro orinó contra un árbol y se puso a aullar.

Por la puerta de la capilla salió un personaje desgarrado y picado de viruelas, tocado con un morrión de tambor mayor y envuelto en los restos de una alfombra turca. Miró al recién llegado, parpadeando, y luego, con los labios curvados para dejar al descubierto una hilera de flojos dientes amarillos, vociferó: «¡Alabados sean la Madre de Jesucristo y Todos los Santos!», y se adelantó con un brinco para palpar la aparición y asegurarse de que era real.

Taparica el Tambor era el único sobreviviente de la guarnición.

Era un liberto yoruba que se había alistado en el Primer Regimiento de la Milicia Negra, y narró su triste historia con la cadencia rítmica del portugués de las plantaciones: cómo el gobernador había muerto víctima de la fiebre y su lugarteniente en una escaramuza junto a la playa, y cómo el Rey había permitido que sus soldados saquearan el Fuerte.

Habían robado las campanas, arrancado los ojos del retrato del Príncipe Regente, abierto los toneles de ron, sodomizado a un cadete, y arreado a los hombres hasta Abomey donde, por lo que él sabía, sus cabezas estaban expuestas sobre la muralla del palacio.

Creyendo que conocía el secreto de un tesoro enterrado, los dahomeyanos esparcieron hormigas sobre el pecho del Tambor, le rociaron pimienta bajo los párpados y le quemaron la lengua con la punta de un machete recalentado al rojo. Se disponían a hacer lo peor cuando alguien exploró el polvorín con una tea encendida. Extrajeron siete cadáveres de los escombros, y a partir de entonces lo dejaron en paz.

Con las últimas luces del día el Tambor paseó a su salvador por el jardín donde se levantaban montículos de tierra roja, rematados por sendas cruces toscas de madera. Después aseguraron la puerta con una barricada de troncos de palmera.

Francisco Manoel colgó su hamaca y se tumbó bajo una red de muselina, escuchando una sinfonía de ranas y mosquitos. Y se felicitó: por primera vez en cuarenta y siete días se mecía con su propio ritmo, y no con el del barco.

A las siete de la mañana el mensajero del Yovogan se presentó con la orden de que el

brasileño compareciera inmediatamente.

Taparica meneó la cabeza.

—Rey necesita cañón —dijo—. Yovogan venga él a usted.

Ocurría que el Reino pasaba por uno de sus accesos cíclicos de turbulencia. El pueblo estaba harto del comportamiento blasfemo del Rey. Éste había omitido «regar», con sangre, las tumbas de sus antepasados. Era un cobarde y un borracho. Escaseaban los víveres, y el ejército carecía de municiones, mientras, desde el este, el Alafin de Oyo amenazaba con una invasión.

El mensajero vociferó injurias y se fue, sólo para regresar con la noticia de una visita oficial.

Bocanadas de humo de mosquete precedieron al Yovogan, un frágil octogenario que cabalgó hasta el Fuerte vestido con una indumentaria de satén rosado, sostenido por los palafreneros, montando de soslayo sobre un famélico jamelgo gris. Un hombre guiaba a la bestia por un ronzal de paja trenzada. Otro hacía girar un paraguas azul. Lo seguía un bullicioso cortejo.

Llovía. Los chicos chapoteaban a un costado transportando la caja de cigarros del viejo, su taburete y la mesa de juego y las garrafas. Una vez dentro del recinto indicó mediante un ademán su deseo de desmontar, y el palafrenero lo levantó de la silla, lo sentó y le quitó la gorra negra.

El Yovogan chasqueó los dedos a manera de saludo, y después hizo un brindis por la salud de su propio Rey con vino de palmera y por la de la Reina de Portugal con ginebra holandesa. Él no bebió personalmente, sino que vertió el contenido de ambos vasos en la boca abierta de un acólito.

La entrevista comenzó en portugués entrecortado. Las facciones del Yovogan viraron al gris cuando manifestó su desaprobación por la falta de obsequios.

¿Y el bergantín cargado de seda? ¿Y el carruaje y los caballos? ¿O las trompetas? ¿O el fusil de plata para cacerías?

—No hay obsequios —dijo Francisco Manoel.

—¿Ni siquiera galgos?

—Ni siquiera galgos.

Tampoco habría obsequios hasta que el Rey liberara a los prisioneros, reparara el Fuerte y reanudara la venta de esclavos.

Todos quedaron perplejos, y luego se encolerizaron. Un hombre gritó: «¡Mueran los blancos!», y una amazona hizo girar el alfanje alrededor de su dedo índice y lo acercó a la cara del brasileño.

Pero cuando el Yovogan alzó la mano, la multitud se dispersó mascullando.

Aquella misma tarde, un rumor de gritos y latigazos despertó a Francisco Manoel de

su siesta. Al espiar por encima del bastión del norte, vio una muchedumbre de hombres desnudos que apilaban fardos de lianas, tablas, cestos de valvas de ostras y cubos de barro: el Yovogan había enviado un destacamento de cautivos para reparar los daños.

Durante las semanas posteriores el teniente Da Silva trabajó en medio de un calor que habría empujado a la mayoría de los blancos a sus hamacas o a sus tumbas. Incluso en las tardes rielantes, cuando el sol succionaba el color de la tierra y las hojas, se desnudaba hasta la cintura, rugía órdenes y cargaba personalmente los bultos más pesados.

A los negros los dejaba atónitos el ver trabajar a un blanco.

Colocaron techos de paja, encalaron las paredes y quitaron el limo del pozo. Los cañones volvieron a refulgir, untados con betún y aceite de palma. Las naves fondeadas lejos de la costa volvieron a ver los «cinco campos» del escudo de los Braganza flameando en el mástil, para indicar que el Fuerte de San Juan Bautista tenía esclavos en venta.

El primer contingente estuvo compuesto por criminales convictos de robar las nueces de palma del Rey y condenados a ingerirlas hasta reventar: ninguno de ellos parecía afligido en absoluto por partir de Dahomey.

Llegaron más naves dedicadas al tráfico de esclavos —la *Mithridate*, la *Rinoceronte*, la *Fraternidade* y la *Bom Jesús*—, todas ellas transportando cajones de mosquetes, ron, tabaco, sedas y percal. El Alafin de Oyo no invadió el territorio. El Rey desencadenó la guerra contra unos indefensos plantadores de mijo de las montañas Mahi y, al cabo de dos años, Francisco Manoel había enviado a Bahía no menos de cuarenta y cinco cargamentos de esclavos.

Joaquim Coutinho tuvo la sensatez de ofrecerle un puesto en el sindicato.

Da Silva asumió el Tráfico como si no hubiera conocido otra ocupación. Él, que siempre se había considerado un trotamundos inquieto, se convirtió entonces en un patriota y un hacendado. No le llegó ni una palabra de congratulación de sus superiores de Bahía. Sin embargo creía que su vocación caída del cielo consistía en alimentar con músculos negros las minas y plantaciones de su país, y pensaba que sería recompensado.

Se aferraba a esta ilusión con la tenacidad del converso. A menudo, en sus noches de insomnio, se tumbaba y escuchaba los gruñidos y repiques del barracón, sólo para recordar los dulces cánticos de la capilla de Tapuitapera y cambiar de posición en la cama con la conciencia limpia.

Se alojaba en los aposentos del gobernador; restauró la capilla e hizo venir a un cura portugués para que celebrara la misa antes del comienzo de cada viaje.

En su condición de mayordomo del Fuerte, Tapanca vestía una levita verde, pantalones marineros de lona blanca y un bicornio de fieltro negro con un penacho de plumas de loro. Cada vez que atravesaban la ciudad, marchaba delante de los porteadores que transportaban la hamaca, agitando una campana de hierro y gritando: «¡Fuera! ¡Fuera!», para despejar el camino.

Dormía sobre una estera frente a la habitación de su amo. Cocinaba y probaba los alimentos de éste, controlaba sus hábitos de bebedor y vaciaba su cubo de heces. Le conseguía muchachas para la cama, afrodisíacos cuando el clima era excepcionalmente bochornoso, y le aconsejaba que no urdiera vínculos perdurables.

Francisco Manoel usaba la misma joven durante una o dos noches, y después la enviaba de vuelta a casa con un regalo para su familia.

Sus utilidades —y su reputación de comerciante honesto— exasperaban a los veteranos del Tráfico. Un año, un tal capitán Pedro Vicente le mendigó un cargamento de esclavos aunque no tenía dinero ni mercancías para pagar. Juró volver, pero derrochó las ganancias en Bahía y no regresó. Algún tiempo más tarde, al enterarse de que ese mismo hombre se hallaba en Lagos con un barco innavegable y una tripulación amotinada, Da Silva envió un mensaje a su balandra: «Ven a Ouidah y te volveré a equipar. Nadie me estafa dos veces».

No era menos correcto en sus tratos con el Rey.

Los dos hombres no se encontraron nunca: un tabú prohibía que los monarcas dahomeyanos posaran sus ojos sobre el mar. Pero si el Rey deseaba doce sillas doradas, se las enviaba. Si deseaba veinte sombreros de plumas, éstos aparecían. Incluso recibió sus galgos, especialmente importados desde Inglaterra... si bien, en el trayecto hasta Abomey, una hembra rabiosa mordió al perro.

Más o menos cada mes llegaba una invitación para que Francisco Manoel visitara la capital. Leía íntegramente cada carta y se negaba amablemente: en la primera, el escriba portugués del Rey había estampado una advertencia sobre el margen:

«Yo, Antonio Maciel, he sido prisionero de este cruel rey durante dieciséis años sin ver a otro de mis compatriotas...».

El Rey inició la guerra en enero y las columnas de prisioneros encadenados empezaron a llegar a Ouidah hacia finales de marzo.

Los cautivos estaban entumecidos por el miedo y el agotamiento. Habían visto incendiar sus casas y matar a sus jefes. Las argollas de hierro les laceraban el cuello. Sus espaldas estaban llagadas por costurones purpúreos, y cuando veían las naves del hombre blanco, comprendían que los iban a devorar.

La crueldad negligente de los dahomeyanos ofendía el instinto económico de Da Silva. Una y otra vez se quejaba al Yovogan de que los guardianes estropeaban un

patrimonio valioso, pero el anciano suspiraba y respondía: «Es su costumbre».

Al llegar al Fuerte, los esclavos eran alojados en un largo cobertizo, techado con hierba seca y circundado por una empalizada de estacas puntiagudas. Cada uno estaba engrillado a una cadena de hierro que envolvía lo largo de la estructura. El techo de paja llegaba más abajo de la cintura de un hombre, y cuando los compradores espían hacia adentro desde la zona soleada sólo veían ojos en la oscuridad.

Todas las mañanas, después del Angelus, los alimentaban con el contenido de un caldero de gachas de mijo y los llevaban a la laguna donde se lavaban y bailaban para ejercitarse.

Taparica curaba a los enfermos y mitigaba sus temores: en una docena de dialectos parloteaba sobre su futuro país, donde todos danzaban y los cigarros crecían en los árboles. Le enseñó a su amo a distinguir las diversas tribus por sus cicatrices. Podía determinar la edad de cualquier hombre por el estado de sus encías; y en caso de duda, le lamía las mejillas para verificar la resistencia de la barba incipiente.

El embarque se realizaba en el anochecer fresco, cuando la marea estaba baja. La misma escena se repetía año tras año: la nave, las olas, las canoas negras, los hombres negros despojados de sus taparrabos, y los hierros destinados a marcar esclavos que se calentaban en hogueras alimentadas con resaca.

Francisco Manoel prefería marcarlos personalmente, y tomaba la precaución de sumergir el hierro al rojo en aceite de palma para evitar que se adhiriera a la carne.

Las cadenas las cortaban junto a la orilla del mar para que, en caso de naufragio, un hombre no arrastrara a los demás hasta el fondo. Sólo ocasionalmente, en una última tentativa de recuperar la libertad, alguien se arrojaba a los rompientes. Si, más tarde, su cadáver destrozado por los tiburones era devuelto a la playa, Taparica lo sepultaba en las dunas, suspirando: «¡Ignorantes!».

Transcurrieron cinco años de calor y bruma y lluvia. Los británicos dejaron de reconocer a Ouidah como un puerto esclavista; y cuando una fragata de la Escuadra de África Occidental abordó el bergantín *Borboleta*, que estaba varado frente a Ouidah por falta de viento con su cargamento de quinientos esclavos, Da Silva observó la lucha a través de su telescopio y dijo: «Por lo menos ha sucedido algo».

A menudo los capitanes brasileños debían aguardar semanas hasta que la costa quedara expedita, pero su anfitrión no escatimaba gastos para agasajarlos. Su comedor estaba iluminado por un juego de candelabros de plata; detrás de cada silla se erguía una joven criada, desnuda hasta la cintura, con una servilleta blanca doblada sobre el brazo. A veces un borracho gritaba: «¿Qué son esas mujeres?», y Da Silva clavaba en la mesa su mirada centelleante y respondía: «Nuestras futuras asesinas».

El espectáculo que daban los hombres blancos al desintegrarse en el trópico le

producía repulsión. ¡Cómo aborrecía su risa hueca! Y cuando sus contornos verrugosos se disolvían detrás de nubes de humo de cigarro, inventaba una excusa para escabullirse y quedarse solo.

Los jueves se ponía el uniforme de su regimiento e iba a cenar con el Yovogan en un patio abierto adornado con pinturas al fresco de camaleones de color ocre.

El anciano era tan viejo que aún recordaba las pilas de calaveras erigidas para celebrar la conquista de Ouidah por Dahomey, en 1741... y para divertir a su huésped, graznaba un estribillo sobre el uso de la cabeza del rey muerto como mortero:

Doli dohò mè sè
Boli sà boli sé

Le tenía tanta estima a su amigo blanco que lo llevó a su alcoba para mostrarle su trabuco y los nueve rosarios de muelas humanas, reliquias de su juventud sanguinaria. Pero apreciaba igualmente sus regalos europeos —la tetera de porcelana con ornamentos brandemburgueses o las vinagreras que le había obsequiado la Royal Africa Company— pues le recordaban los tiempos en que barcos de todas las naciones atestaban la rada.

El Yovogan temblaba cuando oía mencionar el nombre del Rey. Pero un día, desenvolvió una lámina enmarcada que representaba la guillotina de la Place de la Concorde, regalo del ciudadano-gobernador Deniau, a manera de despedida, antes de partir rumbo a Francia.

La idea de cercenar en público la cabeza de un rey conmovió al anciano con la fuerza de una revelación. Deniau le había explicado que un tirano pierde el derecho a vivir y, aunque él nunca había entendido la lógica de aquel argumento, el precedente era portentoso.

Y Da Silva siempre soñaba con Bahía. Cada vez que zarpaba un barco, él observaba cómo los penoles se desvanecían en la noche, y después encendía una pipa en la galería y se sumía en una ensoñación del futuro: tendría una mansión, una vista del mar, nietos y el gorgoteo del agua corriendo por el jardín. Pero entonces se esfumaba el espejismo. El retumbar de los tambores le presionaba las sienes y tenía el presentimiento de que nunca saldría de África.

No le confiaba sus temores a nadie. Para convencerse de que eran irreales, permanecía sentado hasta altas horas de la noche, con los ojos enrojecidos, escribiendo cartas a Joaquim Coutinho, desgarrando una hoja tras otra en un esfuerzo

por expresarse.

Estas gentes deben de ser los mayores ladrones del mundo. Yo viviría en cualquier continente menos en éste. Viviría en los territorios del hielo y la nieve, en cualquier parte con tal de alejarme de esta jerigonza...

O:

No puedo empezar a describir esta cretina existencia mía. Ni lo solitario que uno está sin familia ni amigos. Quizás el año próximo regresaré y me casaré...

Rogaba que le enviaran noticias, cualquier fragmento de noticia, para evitar que se desvanecieran sus recuerdos de Brasil. Pero las respuestas de Joaquim eran invariablemente frías y comerciales:

Con nuestro bergantín *Legítimo Africano* he recibido en este día tu consignación de 230 artículos (144 m 86 h), también 41 500 nueces de cola (hembras). Lamento comunicar pérdidas de un tercio por una epidemia de flujo sanguinolento. Me gustaría conocer tu opinión acerca del motivo por el cual las hembras se las apañan mucho mejor que los machos. En el ínterin los artículos arriba citados serán vendidos al mayor precio posible y se te devolverá tu parte en forma de trabucos de chispa, tabaco y barras de hierro...

¿Pero por qué, le escribía a su vez su socio, no lo habían designado Gobernador del Fuerte? ¡Cuánto anhelaba un testimonio de que se daban por enterados de su existencia! «Mi conducta, puedo asegurarte, es irreprochable».

Los oficiales no lo habían olvidado. Pero como lucraban, en privado, gracias a las actividades que él desarrollaba, era impensable un reconocimiento público.

En el ámbito oficial, el Fuerte de Ouidah había dejado de existir.

África lo succionó gradualmente como una ciénaga y lo absorbió en su seno. Quizá por obra de la soledad, quizá por la impotencia para luchar con el clima, se asimiló a los hábitos de los nativos.

Usaba bombachos en lugar de los pantalones ceñidos que le producían escozor en la entrepierna. Usaba amuletos contra el Mal de Ojo. Taparica le enseñó a arrastrar los pies ante el falo de Papa Legba y, juntos, visitaban a los adivinos.

Le obsesionaba el miedo a la enfermedad. Pero como su criado se había especializado en la misteriosa medicina de las heces, y como confiaba en él para todo, no le quedaba otra alternativa que beber su propia orina para curar un ataque al hígado; orina y ñame para la malaria; y cuando le dolía la garganta, rezaba una oración a san Sebastián y condimentaba su café con excrementos de gallina.

Algunas tardes iban al Templo de la Pitón para mirar cómo los novicios hincaban los dientes en el cuello de cabras vivas. Los espectadores reían a gritos cuando los chicos hacían piruetas los unos sobre las espaldas de los otros y parodiaban los movimientos de la sodomía. Cuando danzaba el rayo, los devotos del Dios Trueno se hachaban los omóplatos, y después se retorcían y alzaban las nalgas al cielo.

Nunca supo qué era lo que lo empujaba hacia los misterios. ¿La sangre? ¿El dios? ¿El olor de la transpiración o los cuerpos húmedos y relucientes? Pero era impotente para librarse de su adicción y, al comprender que África era su destino, escogió una novia africana.

Se llamaba Jijibou.

Tenía dieciséis años.

Dehoué, su padre, era un jefe de los barqueros nativos, cuya única ambición consistía en tener un yerno blanco. Cuatro veces había concurrido al Fuerte para ofrecer cada vez una hija distinta. Cuando lo desairaron por la cuarta vez, amenazó con declarar la guerra: el Yovogan dijo que era muy injurioso rechazar una oferta de esposas.

Una tarde de diciembre Dehoué volvió, esta vez acompañado por músicos y por una figura envuelta en un lienzo blanco. La ciudad estaba silenciosa, salvo el rugido de los rompientes en la barra. Los vencejos cortaban el aire verde. La joven pasó entre los espectadores y se arrancó el velo.

Tenía ojos de búho, una boca carnosa y uñas de color rosa nacarado que se agitaban en la punta de los dedos. En sus orejas refulgían zarcillos de oro. Su cuello era un cilindro perfecto. Sus piernas brillaban como varas de metal y su torso, cubierto sólo por un taparrabo, era duro pero flexible como una bisagra.

Sus hombros se estremecieron al son del primer redoble de tambores. Entonces dio media vuelta. Hizo una pirueta. Se bamboleó. Sus brazos removieron el aire, sus pies levantaron nubes de polvo. El sudor manaba de sus pechos y el brasileño recibió en la cara una bocanada de perfume almizclado: ni una vez ella había apartado la vista de él.

Los tamborileros se quedaron inmóviles.

Ella se situó frente a él, erguida sobre las puntas de los pies, meciendo las caderas y extendiendo lánguidamente la lengua. Sus brazos lo llamaban. Plegó las rodillas.

Después arqueó la columna y se echó hacia atrás hasta rozar el suelo con la parte posterior de la cabeza.

Francisco Manoel cruzó su mirada con la del padre de ella e hizo un ademán de asentimiento con la cabeza.

Taparica castañeteó los dientes horrorizado, dijo: «Usted no conoce esa gente», y se enfurruñó. Pero Da Silva atribuyó la reacción a los celos y prosiguió con sus planes de boda.

Esa medianoche la dejó jadeando tras las cortinas del lecho y arrojó el trapo rojo a la multitud de sus familiares, que habían bebido mucho más ron de lo que él había previsto.

Por la mañana, Taparica oró porque la sangre procediera de las facciones arañadas y ensangrentadas de su amo, pero sus esperanzas se disiparon cuando oyó las risotadas que lanzaba la madre de la desposada mientras inspeccionaba la faena de la noche.

En cuanto a Francisco Manoel, recibió el cambio con beneplácito. Ahora en el ángulo sudoeste del Fuerte reverberaba el machacar de los morteros y el regocijo ebúrneo de las mujeres maduras. Le gustaban las mezclas de Jijibou, ricas en pimienta. Le gustaba retorcer la lengua en torno de las disonantes sílabas del idioma fon. Y cuando él le hacía el amor, ella frotaba sus talones callosos, uno después del otro, a lo largo de la depresión de su espina dorsal.

Ella tensaba los labios si alguna vez él intentaba besarlos. Pero sus fosas nasales se estremecían de placer en presencia de un nuevo obsequio. Se paseaba de un lado a otro implorando aprobación para un nuevo pañuelo de cabeza de seda cantonesa: lo que captaba su vista lo cogían sus dedos, para jugar puerilmente.

Un jueves le regaló un espejo holandés y ella se contempló, volviendo la cabeza de acá para allá, hasta el sábado, cuando lo dejó resbalar al suelo y hacerse añicos.

Su estómago se hinchó y dio a luz un niño color del coral rosado. Lo llamaron Isidoro y las comadronas enterraron su cordón umbilical bajo las raíces de un baobab.

Pero el alumbramiento del heredero varón fue la señal para que afluyera la parentela de Jijibou. No pasaba día sin que un nuevo primo solicitara alimento. Jijibou robó la llave de la bodega y la entregó a sus hermanos. Él le pidió que los retuviera, pero ella respondió: «Robar a un blanco no es robar». Y cuando él se quejó al Yovogan, el anciano miró por sobre los camaleones con expresión soñadora y dijo: «Es su costumbre».

Una noche, ya tarde, oyeron aullidos que provenían del enclave del Yovogan. Había muerto de delirio y su cuerpo se había hinchado y se había puesto verde. Taparica sabía qué cacto específico había suministrado el veneno, dijo que «no tenía

sabor», y le suplicó a su amo que se embarcara en el bergantín brasileño fondeado en la rada.

Pero Francisco Manoel no estaba dispuesto a abandonar su propiedad.

Se avecinaban tiempos nefastos: el Rey tenía nuevos problemas y los achacaba a los extranjeros.

Reemplazó al Yovogan por un comandante de la Brigada Atchi, un hombre todo boca y sin cuello digno de mención, quien, al celebrarse su primer encuentro, tuvo al brasileño esperando cinco horas al sol sin sombrero. Cuando Francisco Manoel le pidió que cubriera la deuda del Rey, el hombre cruzó los brazos y respondió: «Los dahomeyanos nunca venden esclavos a los blancos».

Al cabo de un mes sólo se veía a unos pocos tullidos cojeando por el barracón. La gente le cerraba la puerta en la cara. Los niños se cruzaban corriendo en su trayecto mientras gritaban: «¡Camino cerrado a los blancos!». Los funcionarios le hacían pagar un peaje para bajar a la playa y otro mucho mayor para regresar. Una mañana, sobre el altar de la capilla apareció un gallo negro decapitado.

«La vida aquí —le escribió a su socio—, no es lo que era hace un año, cuando una deliciosa existencia no nos costaba nada y ganábamos mucho dinero. Estamos sujetos a los registros más humillantes y los Negros están pletóricos de envidia y odio contra los Blancos. Por añadidura, nuestro amigo el Rey de Dahomey se ha vuelto ladrón. Compra pero no paga. Me debe los rifles del *Atalante*, todo el cargamento del *Flor da Bahia*, y hace nueve meses que no envía un solo cautivo a la costa. No sé decir qué hacer. ¿Quizá debería trasladarme a Badagry y comerciar con el Rey de Oyo? Fernandinho te lo contará todo, porque ha sido una de las víctimas...».

Pero Fernandinho no llegó a bordo con la carta. Los aduaneros lo despojaron de todo lo que poseía antes de permitirle embarcar. Y diez días más tarde —el lapso que se necesitó para descifrar el manuscrito— un destacamento de soldados arrestó a Francisco Manoel y lo arrastró ante el nuevo Yovogan.

Había llovido durante toda la jornada y, en toda la ciudad, los hombres desnudos se enjabonaban recíprocamente en charcos purpúreos. En el patio exterior algunos niños seleccionaban cipreas que introducían en sacos de yute. Oyó un grito ronco. Un peso le oprimió los hombros. Lo último que recordó fue un pie apoyado con fuerza contra su gznate.

Cuando recuperó el conocimiento estaba postrado en el lodo con los ojos cubiertos por una película roja: al caer, su cabeza había golpeado contra el borde de un almirez. Su mano derecha se había hinchado hasta volverse sólida, allí donde le habían arrancado la sortija de su boda brasileña. Después le habían engrillado los pies y lo habían encerrado en una choza hedionda.

Los guardias lo pellizcaban, le tiraban del pelo y le pateaban los riñones. De la herida de su cabeza manaba pus. Se le escurría la diarrea. Los chiquillos se reían.

Perdió todo sentido del tiempo y aguardaba la muerte como se aguarda a un amigo. En cambio llegó un mensajero con orden de transportarlo a la capital.

Sus recuerdos del viaje se fundieron en un borrón multicolor.

Durante siete días se revolcó en su hamaca, escrutando afiebradamente los arroyuelos de sudor que brotaban de la espalda de su porteador. En una aldea había cabezas clavadas sobre picas; en otra, las mujeres señalaban un árbol donde un hombre crucificado graznaba pidiendo agua en medio de una colonia de murciélagos frugívoros dormidos. Al cruzar la Gran Marisma, había lagunas pobladas de juncos donde unos pájaros rojos se posaban sobre ramas secas y las libélulas se lanzaban sobre los nenúfares. Un porteador resbaló en la pasarela y el lodo se desprendía de sus muslos en forma de espesas escamas grises.

Era de noche cuando entraron en Abomey.

El palacio de Abomey tenía altas murallas construidas con barro y sangre, pero muy pocas puertas. Se levantaba a una distancia de veintitres mil quinientas dos varas de bambú de la playa. En su recinto más recóndito vivían el Rey, sus eunucos y tres mil mujeres armadas.

Los guardias alojaron a su prisionero en una casa baja con techo de paja. Cuando hubo recuperado las fuerzas, lo sacaron a caminar por la ciudad, pero los redobles de tambor, las víctimas decapitadas y el hedor de la putrefacción lo marearon cada vez más y debió volver a la cama.

A veces el Rey pasaba por el otro lado de la muralla, pero lo único que veía Da Silva era un quitasol blanco frisado con quijadas. Preguntaba: «¿Cuándo veré al Rey?», y el guardia bajaba los párpados y se cruzaba la nuez de Adán con el dedo índice.

Entonces, una mañana, al despuntar el alba, aparecieron tres eunucos y le ordenaron que se vistiera. Casi sin atreverse a mirar a derecha o izquierda, siguió sus siseantes túnicas anaranjadas a través de patios repletos de tribeños vociferantes: por todas partes una arquitectura de blancas calaveras superaba en número a las cabezas de los vivos.

Llegaron ante la presencia del Rey.

El Rey reposaba tumbado sobre un almohadón de terciopelo color carmín,

rodeado por una multitud de mujeres desnudas que lo abanicaban con plumas de avestruz y le enjugaban el sudor de la frente.

Era un hombre alto y nervudo con ojos enrojecidos y secos, ademanes automáticos y la bonhomía del asesino veterano. El sol naciente refulgía sobre su pecho. Sus uñas se curvaban como plumas de gallo. Su taparrabo era de color púrpura y sus sandalias eran de alambre de oro trenzado. A sus pies descansaban las cabezas de un niño y una niña, enviados media hora antes a comunicar a los Reyes Muertos que su descendiente había despertado. Fulminó con la mirada al brasileño y escupió.

Todos los plebeyos estaban postrados en el suelo y, cuando él alzaba su bastón, frotaron la nariz contra el polvo y gritaron: «¡Dada! ¡Respira por mí! ¡Dada! ¡Roba por mí! ¡Dada! ¡Dada! ¡Destrózame! ¡Llévame! ¡Mi cabeza te pertenece!».

Un griot se arrastró, señaló a Da Silva, y dijo con voz hueca: «El pájaro que abandona su nido no puede llevarse los huevos consigo».

Un enano albino se levantó de un salto, saludó demencialmente, chilló en la jerga del hombre blanco y gorgoteó como si lo estuvieran estrangulando.

El verdugo deslizó los dedos de arriba abajo sobre la hoja de su cuchillo.

Pero el prisionero comprendió que no debía dar muestras de miedo y, como por succión, logró estirar la boca del monarca en una agrietada sonrisa manchada de tabaco.

Al concluir la audiencia era amigo del Rey.

Claro que esto no implicó que lo dejaran en libertad, sino sólo que enjambres humanos se congregaban alrededor de su casa, para verlo, para palparlo, para implorarle tratamiento médico y para darle alimentos. Iban a visitarlo ministros. Y príncipes. Un hombre se presentó con un tumor del tamaño de una hogaza de pan, y una mujer le llevaba asiduamente fruta y decía: «Soy tu madre».

Encontró a los prisioneros portugueses y anotó sus nombres: «Luis Lisboa... Antonio Pires... Roque Dias de Jordão...», pero cuando pretendió conseguir que los liberaran, el Rey contestó: «Eres mi amigo. No hables de mis enemigos».

El Rey decía que lo amaba «demasiado» y lo obligaba a colocarse a su lado para presenciar todas las ceremonias importantes. Así fue como Francisco Manoel asistió al Sacrificio del Caballo y al Sacrificio de la Plataforma, en los cuales las víctimas eran liadas dentro de un cesto y arrojadas a los verdugos. Vio cómo los espíritus de los Reyes Muertos se desplazaban con el paso lento y descoyuntado de los esqueletos. Vio a las Reinas Madre Muertas, que eran mucho más pintorescas y vivaces; a los «Pájaros» del Rey que piaban y vestían de blanco, y a las Damas Fumadoras de Pipa que tenían un aspecto bastante enfermizo.

A menudo, el Rey mismo bailaba, agitando sus escapularios y contorneando las

calaveras de sus víctimas favoritas. O se divertía enseñando a los críos la manera de cortar cabezas, y cuando hacían un desbarajuste les gritaba: «¡Así no, idiota! ¡Haz de cuenta que estás cortando leña!».

Después le daba un codazo en las costillas a su amigo y rugía: «¡Ja! ¡Hombre Blanco! ¡También bebo de tu cabeza!».

Los cortesanos festejaban ruidosamente sus bufonadas, y Francisco Manoel se preguntaba dónde terminaría la farsa.

Sin embargo no estaba solo, porque había un joven que lo seguía siempre a todas partes.

Su frente era alta y ancha, sus cejas arcos rutilantes, y le brillaban los dientes. Usaba una ajorca de hierro en la parte superior del brazo. Una túnica rosada, hendida a los costados, dejaba al descubierto la chatura de su espalda y su pecho, y de su cinturón colgaba flojamente un cuchillo de cazador.

Su único defecto era un ligero estrabismo en el ojo derecho, velado e inyectado en sangre.

Parecía irradiar un mensaje, pero cuando Francisco Manoel le devolvía la sonrisa, sus facciones adoptaban una estólida inexpresividad.

Un guardia le dijo que era Kankpé, el hermanastro loco del Rey.

Un guardia más amistoso le susurró que Kankpé sólo fingía estar loco: era el rey legítimo y sólo esperaba un augurio para iniciar la rebelión.

En abril, el mes en que los aros purpúreos florecían en las plantaciones de ñames, circularon por la ciudad nuevos rumores.

Los adivinos que vislumbraban el futuro en las yemas de huevos y en la superficie del agua pronosticaron una catástrofe o un cambio. En Sado, una mujer dio a luz un niño mitad leopardo. La guerra contra los egbas había producido un total de cinco cautivos... y el comportamiento del Rey había traspuesto los mismos límites dahomeyanos de tolerancia.

Había amarrado a dos de sus primeros ministros, el Mingan y el Meu, y les había escupido ron en la cara. Había castrado a un soldado cuyas caderas eran demasiado anchas. Sus hijos habían profanado una tumba real, y él había rajado el vientre de una de sus esposas para demostrar que el feto era varón.

Una mañana, durante la ceremonia de recepción, un anciano se abrió paso entre la multitud y levantó el dedo en dirección al trono. Sus mejillas eran macilentas. Tenía

el pecho untado con pasta blanca y de sus caderas colgaban unos harapos blancos.

—¿Quién eres? —preguntó el Rey.

—¿No reconoces a Adjaholanhoun? —replicó el hombre—. Fui yo quien obedecí tus órdenes de envenenar a tu padre. Ahora los Reyes Muertos me han encerrado en prisión por colaborar con tus crímenes.

El Rey se estremeció y pidió que dieran de comer al extraño. Pero el anciano arrojó las tortas de maíz por encima del hombro izquierdo y dijo:

—Los Muertos comen así. —Después vertió el vino de palmera por encima del hombro derecho—. Los Muertos beben así.

La multitud le abrió paso, el hombre se internó en la bruma y nadie encontró la huella de sus pisadas.

Durante todo aquel mes las hienas merodearon las calles por la noche y la ciudad permaneció silenciosa durante el día. El Rey había jugado con su prisionero durante una temporada y ahora se había hartado del juguete. Y el prisionero miraba a la muerte como un rostro que se desplegara desde el interior de un espejo: dejó su cuerpo flácido cuando lo sacaron a rastras y lo arrojaron al suelo ante el trono.

El Rey se alzó sobre él, proyectando su sombra en una oscura franja diagonal.

—¿Por qué Portugal ha enviado trescientos treinta y cinco barcos para atacar Ouidah?

—No lo ha hecho.

—¿Por qué mataste a mi galgo?

Abrió la boca para contestar, pero los guardias se la taponaron con una mordaza de madera.

—¿Así que crees que eres un hombre blanco? —se burló el Rey, y ordenó que lo llevaran a la prisión.

Los guardias le afeitaron la cabeza y lo metieron en una tina de índigo.

Para asegurarse de que la tintura llegaría a todos los poros, le obligaron a sumergir la cabeza y a respirar a través de una paja. Lo zambulleron cinco veces en una sola luna pero cada vez, cuando lo restregaban, la piel asomaba, abajo, de color gris, y lo ponían nuevamente en remojo.

Entonces, como no había precedente para la decapitación de un blanco, y como el blanco era el color de la muerte y todos los blancos estaban de todos modos medio muertos, lo dejaron abandonado, para que muriera sin agua ni sombra ni alimentos.

Se le agostaron las piernas. Su estómago se tensó como un tambor. En su piel brotó una erupción de pústulas aguachentas: cuando se volvía en cualquier dirección el dolor era insoportable. De noche le caminaban por encima unas escolopendras fosforescentes, y los buitres lo salpicaban con excrementos amoniacales,

intercambiando posiciones a lo largo de la muralla, flexionando las alas con ruido de seda desgarrada.

Soñaba que caminaba por una hilera de habitaciones desprovistas de ventilación, y que en cada habitación veía su propia cabeza, sobre la que pululaban las moscardas, depositada en bandeja de plata. Sus dedos levantaban los párpados y entonces centelleaba una luz verde que hacía zumbar las moscas hasta que caían, *ping... ping...* y estallaban en pequeñas humaredas.

A veces veía al Príncipe Kankpé, plantado cara a él como una pintura mural, sonriendo y mostrando el portillo entre sus dos dientes delanteros.

Los recuerdos de Brasil desfilaban constantemente ante sus ojos: la miserable casa de adobe, el péndulo de la pierna de su madre muerta, los gritos de su crío, los penitentes del Monte Santo, los tesoros de los Coutinho... y mientras contaba los errores de rumbo que lo habían llevado a ese final, se ahogaba en autocompasión y prometía tomar los hábitos si alguna vez salía de África.

O reía estridentemente ante lo absurdo de morir en ese depósito de cadáveres, donde los muertos estaban más vivos que los vivos.

Y cuando llegó la muerte, lo hizo silenciosamente, por la noche. Le aflojó las cadenas y lo izó delicadamente por una escalera, hasta lo alto de la muralla de la prisión y al otro lado, donde lo depositó sobre cojines.

Kankpé había robado la parihuela de mimbre tejido donde se transportaban las conchas de ciprea para el censo anual. Nadie, ni siquiera un vista de aduana, estaba autorizado a espiar dentro. Los porteadores enderezaron hacia el noroeste y cruzaron la frontera antes de que alguien diese la alarma.

Francisco Manoel despertó de su letargo y dejó vagar los ojos por las paredes salpicadas de paja de una choza de barro. Cantó un gallo. Oyó el gorgoteo de risas femeninas y, desde el valle, los trinos de una flauta.

Una sombra cruzó la puerta, y un hombre de cabellos grises entró con una calabaza llena de leche espumante. La espuma se le adhirió a la barba; se la enjugó con el brazo y siguió durmiendo.

Más tarde, el mismo hombre le reveló la identidad de quien lo había rescatado: debería esperar en la aldea hasta que Kankpé pudiera reunirse con él.

Hizo caminatas por las secas colinas onduladas donde pacía el ganado de cornamenta larga. Hacia el oeste, lejos de allí, un acantilado arrugaba el horizonte en facetas de púrpura y azul. El terreno le recordaba el Sertão, pero aquí los árboles espinosos tenían la corteza anaranjada y las espinas eran largas y blancas y parecían brillar.

Una mañana se enteró al despertar de que Kankpé estaba cazando en el monte, no

muy lejos. Caminó con el chico hasta la puesta del sol, hasta que encontraron una calabaza con agua junto a las raíces de un árbol.

Lo oyeron antes de verlo, marchando entre los pastos. Un antílope recién cazado ensanchaba el trapecio de su torso: un taparrabo de cuero marrón no hacía sino subrayar su desnudez.

Kankpé desolló el animal en la media luz, arrojando la grasa al perro y sepultando las entrañas para que el alma descansara en paz. Después comieron la carne, asada sobre una parrilla de retoños verdes.

Un leopardo ladró entre los matorrales. Kankpé se arrastró hasta el borde del claro y ladró a su vez, y durante un segundo vieron la cara moteada, intermitentemente iluminada por las llamas.

—Mi padre —dijo Kankpé, y se tendió a dormir.

Durante los cinco días siguientes cazaron juntos, buscando afinidades para romper las barreras del color y las costumbres.

Kankpé le mostró las huellas de diversos antílopes: gacelas, kobos, ibanaras y búbalos. Se acercaba sigilosamente a un rebaño, ora corriendo, ora arrastrándose, ora quedándose tan inmóvil como un hormiguero si un animal levantaba el hocico para olfatear el viento. Se zambullía en una marisma para espantar a un jabalí verrugoso o trepaba a un árbol para eludir a un búfalo. Nunca arrojaba la lanza si no estaba seguro de dar en el blanco. Despreciaba el rifle de caza como arma de cobardes.

En la quinta noche concertaron un pacto de sangre.

La luna en su cuarto menguante manchaba de luz el tronco nudoso de un baobab. En alguna parte un cálao hizo chasquear el pico y, no muy lejos, aullaba un chacal.

Los dos hombres se arrodillaron frente a frente, desnudos como bebés, apretando con fuerza los muslos: el pacto sería nulo si sus genitales tocaban el suelo.

La luna destellaba sobre los muslos y bíceps negros, pero la piel blanca la absorbe uniformemente.

Kankpé hurgó en un zurrón de cuero y extrajo una copa confeccionada con una calavera. La depositó en el espacio entre sus respectivas rótulas y vertió los ingredientes del sacramento: cenizas, habas, jugo de baobab, una piedra de rayo, una bala extraída de un cadáver y la cabeza pulverizada de una víbora ceraste.

Llenó la mitad del cráneo con agua. Después se tajearon recíprocamente los dedos y miraron gotear la sangre negra.

Bebieron por turno, deslizando la lengua sobre la bala y la piedra de rayo.

Kankpé puso los ojos en blanco y masculló maldiciones: «*A dâ la... A dâ la...*»: los hermanos de sangre viven juntos y juntos deben morir.

Francisco Manoel bebió con la ligereza del hombre que ha eludido la muerte

segura. Tardó otros treinta años en comprender la magnitud de sus obligaciones.

Cinco

Avanzó hacia la costa a la altura de Anecho, un emporio de esclavos situado al oeste de Ouidah, en el territorio de los popos. La factoría contigua a la laguna pertenecía a un tal *mister* George Lawson, mulato, giboso e hijo de un capitán inglés llamado George Law. La casa seguía llena de baratijas inglesas, pero los barcos ingleses ya no llegaban y las pintadas habían anidado en el salón.

Deseaba irse, olvidar, empezar de nuevo. Oteaba el horizonte con el telescopio de *mister* Lawson, esperando que una mancha irrumpiera en los dos semicírculos grises, pero el barco se hacía esperar. Por las tardes jugaba al ajedrez, y las historias que contaba acerca de Abomey distraían a su rival.

Por fin, una vieja falúa que enarbolaba los colores portugueses echó el ancla y despachó un bote a tierra. Navegaba de Lagos a Bahía, pero una tempestad había barrido sus toneles de agua por la borda y necesitaba sustituirlos por otros. El capitán accedió a transportarlo: la tripulación lo tomó por otro loco varado en un puerto africano.

Durante su última noche en tierra no pudo conciliar el sueño, pensando en Bahía. Ya veía el puerto y las iglesias y las tabernas de la ribera. Pero hacia el amanecer recordó que volvería convertido en un indigente. Recordó también su promesa de ayudar al Príncipe Kankpé y, por la mañana, tenía ganas de venganza.

La carta que envió a Joaquim Coutinho restaba importancia a sus padecimientos y le comunicaba al sindicato que era posible librar a Dahomey de un monstruo y reemplazarlo por un candidato propio.

El sindicato respondió con un cargamento de mosquetes, ron y tabaco. Equipos de porteadores se encontraron en la frontera con los partidarios del Príncipe Kankpé. Una pieza de seda escarlata, dividida en pendones, se convirtió en el símbolo de la revuelta.

Francisco Manoel esperó y continuó jugando al ajedrez: acababa de iniciar una partida con *mister* Lawson cuando el mensajero del nuevo Rey irrumpió en el salón y espetó la noticia.

No hacía cinco días, los dos primeros ministros habían asistido a la ceremonia

matutina, pero en lugar de humillarse y arrojarse polvo sobre la cabeza, gritaron: «¡Los Reyes Muertos te han depuesto!», y cada uno de ellos se apoderó de una de las sandalias doradas que sólo un Rey podía usar.

El Rey se sobresaltó al oír el veredicto de sus antepasados, abdicó y permitió que lo encerraran en la prisión... donde habría de vegetar durante otros cuarenta años, ordenando ejecuciones imaginarias y postrado en un letargo de glotonería compulsiva.

El señor Lawson escupió una vaina de tamarindo que había estado mascando y dijo:

—Todos los dahomeyanos son embusteros y el nuevo Rey será tan malo como el anterior.

Francisco Manoel se estremeció al pensar en Abomey y se negó a acompañar al mensajero. Llegaron más mensajeros, ofreciendo honores y el monopolio del Tráfico de Esclavos. Volvió a negarse.

No cedió hasta la tarde en que una canoa negra llegó deslizándose entre las redes desplegadas para capturar peces y embarrancó en el desembarcadero de Lawson. Una figura piernilarga bajó a la playa. Era Taparica.

Amo y sirviente corrieron por el sendero y se sofocaron recíprocamente en un abrazo que los asombró a ambos. Conversaron durante toda la noche y, aunque por la mañana su diálogo no se había agotado, Taparica lo convenció de que no tenía nada que temer.

Los porteadores acercaron sus parihuelas. Sin embargo, mientras se acostaba, Francisco Manoel se volvió hacia su anfitrión y dijo:

—Ya verás. Un día terminaré convertido en su esclavo.

Pasaron por la Puerta Oeste de Abomey, sentados en un landó abierto del que no tiraban caballos, sino hombres. Fue disparada una salva de veintiún fusiles. En la aglomeración se quebraron paraguas.

El nuevo Rey los aguardaba para darles la bienvenida, en pie y sonriendo, vestido con una toga de seda gris tachonada con medialunas de plata: de su cuello colgaba una sola cuenta de vidrio azul. Parecía haber crecido y ahora hollaba la tierra como si la estuviera honrando con sus pisadas. Los guió hasta unas sillas, le agradeció a Taparica que hubiera «cogido al Gran Pez» y, sin anuncio previo, invistió a Francisco Manoel con los atributos de un jefe dahomeyano.

Los clamores de la multitud aumentaron de volumen: «*Viva o amigo do Rey*».

A la hora del crepúsculo el Rey los llevó a una fortaleza, y allí, al mirar desde una plataforma, vieron al monarca depuesto que se revolcaba por el patio como si estuviera borracho, escupiendo bolas de flema en el polvo.

El Rey dijo:

La hiena aúlla
El elefante pasa de largo.

Y a partir de ese momento los dahomeyanos llamaron a Francisco Manoel: Adjinakou el Elefante.

Al cabo de un año era el Virrey del Rey en Ouidah y había transformado a Dahomey en la maquinaria militar más eficiente de África Occidental.

Durante el lapso que pasó en la costa, asumió los modales y el estilo de vida de un gran señor brasileño. Desde Cabo Verde hasta el Bonny River llegaban trotamundos de todos los colores a comer en su mesa y catar los recursos de su bodega. Aunque el título «Dom» se reservaba generalmente para los miembros de la Familia Real portuguesa, todos lo llamaban «Dom Francisco».

Le dio a Ouidah el aire de ciudad civilizada al ordenar que se excavaran alcantarillas y que se abrieran calles a través de su laberinto de callejones pestilentes. Plantó palmeras africanas y cocoteros, e introdujo la piña. Las planicies eran un mar de maíz y mandioca, y había arrozales a lo largo de la laguna.

Como prohibió el uso del látigo en sus plantaciones, sus propios trabajadores lo adoraban. Camino a los campos cultivados, desfilaban frente a su ventana y cantaban esta letanía:

El Elefante despliega su red
Por tierra y por mar
Compra madre, padres, hijos
Y la hiena aúlla en vano
Los amigos se congregan en torno a los aromas de su cocina
Los monos bailan cuando beben vino de palmera
Es la Buena Esponja que nos frota y nos limpia
Consolida sus murallas con fuego
Nos da perlas cuando le damos un mosquito
En un día vendió a todos los esclavos de Ouidah
Su manantial nunca se secará.

Ningún capitán podía eludir la vigilancia de sus guardacostas. Nadie podía cargar un esclavo sin pagar un arancel de exportación, ni descargar un fardo de algodón sin pagarle un tributo. Los banqueros de Nueva York o Marsella aceptaban sus letras. Solo o en sociedad, puso en servicio una flota de clípers de Baltimore.

Estos nuevos barcos habían sido diseñados con el fin de dejar atrás a cualquier crucero de la Royal Navy. Todos tenían altos mástiles oblicuos, cascos negros de líneas elegantes, y él los había bautizado con nombres de aves marinas: *Fregata*, *Albatroz*, *Gaivota*, *Alcatraz* o *Andorinha-do-Mar*.

Pero navegaban con la quilla en ángulo agudo: incluso con un mar moderado, la tripulación debía asegurar las escotillas con listones y cerrar los enrejados. La temperatura subía vertiginosamente en la bodega y los cargamentos morían, de calor, de disentería y por falta de aire.

Como todo traficante de esclavos que se respetara, atribuía sus pérdidas a los británicos.

Cada año, al llegar la estación seca, desechaba los hábitos civilizados e iba a la guerra.

Su primera misión había consistido en reformar el ejército dahomeyano. Él y el Rey se libraron de los panzones, los cobardes y los patentemente borrachos. Y como las mujeres dahomeyanas eran combatientes mucho más feroces que los hombres —y podían recargar un arma por la boca en la mitad de tiempo— enviaron oficiales de reclutamiento a las aldeas para alistar a las vírgenes más musculosas.

A las reclutas se las conocía como las «Esposas Leopardo del Rey».

Comían carne cruda, se afeitaban la cabeza y se limaban los dientes hasta afilarles las puntas. Aprendían a disparar desde el hombro y no desde la cadera, y a no tirar nunca contra el follaje agitado. Durante el entrenamiento debían escalar empalizadas de nopales, de donde volvían vociferando: «¡Hou! ¡Hou! ¡Somos hombres!»... y como tenían la obligación de mantenerse célibes, les permitían saciar sus apetitos sexuales con una tropa de prostitutas.

Dom Francisco insistía en compartir todas las penurias de la marcha.

Atravesaba sabanas incendiadas y cruzaba a nado ríos infestados de cocodrilos. Antes del asalto a una aldea, se entrelazaba hojas en el sombrero y permanecía inmóvil hasta que cantaba el gallo. Entonces, cuando la aurora recortaba la silueta de los techos como si se tratara de los dientes de una sierra, sonaba un silbato, el aire se poblaba de gritos roncós y, hacia el final de la mañana, las Amazonas desfilaban ante el Rey, meciendo cabezas cortadas como si se tratara de pesas de gimnasia.

Dom Francisco saludaba cada nueva atrocidad con una sonrisa vidriosa. No

experimentaba pizca de compasión por la madre que imploraba por su hijo, ni por el anciano que contemplaba con expresión incrédula el velo purpúreo desplegado sobre las ruinas humeantes.

Durante años continuó sumido en esta pesadilla autónoma. Pero un día, antes del saqueo de Sokologbo, estaba oculto detrás de un peñasco cuando unos críos se acercaron brincando por el sendero, blandiendo espantapájaros para ahuyentar las palomas de las plantaciones de mijo. Nunca habría de olvidar los boqueos que exhalaban cuando las Amazonas se abalanzaron desde los matorrales y los estrangulaban uno por uno.

Durante toda aquella mañana, mientras los dahomeyanos ejecutaban su faena, él permaneció con el rostro oculto entre las manos, murmurando: «No. ¡Los niños no!», y nunca más fue a la guerra.

Pero el Rey se convirtió en un guerrero más temible que cualquiera de sus antepasados.

Arrasó Grito en 1818, Lozogohé en 1820 y Lemón en 1825. Mató a Atobé de Mahi, Adafé de Napou y Achadé de Léfou-Léfou. Hizo que los atakpameanos comieran a sus padres guisados. Juró derrotar a los egbas en su bastión de Abeokuta, y le dijo al Alafin de Oyo que «comiera huevos de loro».

No era cruel. A él también le asqueaba ver sangre y apartaba los ojos de las ejecuciones. Anhelaba poner fin a los ciclos de guerra y venganza... pero nunca podía resistir la tentación de acumular más calaveras.

Las calaveras de sus enemigos le confirmaban que estaba vivo en un mundo de cosas reales. Bebía de calaveras, escupía dentro de calaveras. Las calaveras conformaban las patas de su trono, los laterales de su lecho y el camino que conducía a la alcoba. Conocía el nombre de cada calavera de su Mansión de las Calaveras y entablaba conversaciones imaginarias con cada una de ellas por turno: los enemigos menores se apilaban sobre bandejas de cobre, pero los de gran envergadura estaban envueltos en seda y descansaban en cestas encaladas.

Claro que no podría haber sido indulgente con muchas víctimas aunque lo hubiera deseado. Los comandantes de sus ejércitos lo espiaban para descubrir la primera señal de debilidad, y un contingente de sacerdotes estaba siempre a mano para aconsejar qué cautivos debían ir al País de la Muerte, y cuáles a las Américas.

Dom Francisco urdía tácticas para salvarlos del cuchillo: descubrió que el mejor sistema consistía en distraer la atención de los nobles con alguna novedad importada de Europa.

Un año, cuando los arquitectos de palacio planeaban un mosaico de calaveras, sugirió utilizar en cambio platos de porcelana. Al principio, al Rey lo regocijó la idea

de «fragmentar» un bien tan valioso y arrojó al suelo una pila íntegra. Luego, como si hubiera oído refunfuñar a sus antepasados, frunció el ceño, su ojo muerto absorbió la luz del vivo, y bramó:

—La guerra se libra para cosechar cabezas, no para venderlas unidas a los cuerpos.

Los dos amigos perdieron gradualmente el arte de comunicarse, como no fuera mediante regalos. Pero aunque los de Dom Francisco generalmente complacían al Rey, éste no tenía nada que ofrecer, excepto mujeres... y sus ideas acerca de la amistad eran de naturaleza tal que apostaba espías dentro del Fuerte de Ouidah para asegurarse de que las utilizaba a todas y cada una.

La favorita de su serrallo continuaba siendo Jijibou.

Ésta había capeado las conmociones y se había convertido en una mujer mofletuda, esbelta como un caballo, con un brillo satinado en la piel. Pasaba los días en la sombra de su cabaña, embozada en un paño anaranjado, y nunca la vieron sonreír.

Su padre, el barquero nativo, había muerto. Se había ahogado el día en que su canoa había dado una vuelta de campana y, si bien Jijibou intuía que su marido lo había vendido a un traficante de esclavos, no por ello permitía que sus sospechas se convirtieran en un estorbo para las faenas domésticas.

Jijibou inspeccionaba a las jóvenes para asegurarse de que eran vírgenes, apaciguaba sus temores y las conducía a la alcoba. Presentaba cada nuevo vástago a su padre, pero los berridos no hacían más que recordarle a él su cría brasileña y, cuando sus dedos diminutos le cogían la barba, él rechinaba los dientes y se cubría los oídos y se iba deprisa.

Para salvaguardar las normas de decoro de la Iglesia, él insistía en que se celebrara el bautizo cristiano y le imponía a Jijibou una simulación en virtud de la cual ella pasaba por ser la verdadera madre. Él intentaba leerle los pensamientos mientras estaba junto a la pila bautismal. Pero si Jijibou lo sorprendía mirándola, entrecerraba los ojos y las comisuras de su boca se curvaban hacia abajo.

En 1835 la magnitud de su familia había excedido las dimensiones del Fuerte. De modo que empezaron las obras de la mansión que no había podido construir en Brasil.

Simbodji —que significa «Casa Grande» en fon— se alzaba, abierta a las brisas

del Atlántico, en un solar en declive entre el Baobab del Rey y el Árbol de los Capitanes.

La casa que emergió de la crisálida de andamios de palmera era la réplica de Tapuitapera, con una excepción: como carecía de cimientos de piedra, se llegó a la conclusión de que sería peligroso edificar un segundo piso. Los muros rosados eran los mismos, así como los aleros curvados hacia arriba, el comedor azul y las ventanas con rejas entrecruzadas y pintadas de verde.

Los chicos de la servidumbre nunca habían visto ventanas de vidrio, y cuando observaban el reflejo del sol poniente creían que se habían incendiado y les arrojaban agua.

Dom Francisco importó sofás de jacarandá, un equipo de tocador opalino, las cajas de música suizas y la cama de Goa. Llegó un piano de Alemania. La mesa de billar atravesó los rompientes sobre una balsa formada por tres canoas sujetas entre sí.

Sus propios aposentos eran altos y frescos, y por las persianas se filtraban franjas de sol. La galería daba a un jardín de flores que exhalaban aromas nocturnos, y había un sendero que pasaba a través de la muralla y conducía al serrallo.

Frente a la cama colgó un panorama de Bahía, pero verlo le producía nostalgia y lo reemplazó por un retrato del emperador niño Dom Pedro II. Sobre su escritorio se apilaban viejos periódicos brasileños. Intentó desentrañar la política del nuevo Imperio. Los nombres no significaban nada. Se dio por vencido y empezó a leer sólo los anuncios.

Una noche, en un raptó de inspiración, le escribió a Joaquim Coutinho, preguntándole si las monjas de la Soledade podían confeccionar una réplica del oratorio de la Última Cena.

Casualmente, a Joaquim le encantó ahorrarse el embarazo que le habría producido el retorno de su socio. No perdió tiempo en enviarle un cajón con una carta:

Mi consorte y yo nos complacemos en enviarte el original, con nuestras bendiciones para la comunidad cristiana radicada en Ouidah...

Un retrato de Dom Francisco a los cincuenta años habría mostrado a un hombre curiosamente invulnerable a los efectos del clima. Una cicatriz se abría en abanico desde su sien derecha. Un surco profundo le dividía la frente en dos. Pero su tez, aunque amarillenta, carecía de arrugas. Su pelo y su barba eran negros y brillosos, y se desplazaba con el paso desenvuelto de los jóvenes.

No ponía ningún cuidado en su indumentaria. Durante el día usaba un traje de

plantador de percal gris, un viejo par de botas y un sombrero de paja sin cinta y agujereado. A los invitados a cenar les hacía usar ropas blancas recién lavadas, sólo para agraviarlos al presentarse con una vieja bata de zaraza sucia y bombachos que se arrastraban sobre sus chinelas moriscas.

No se trataba de que careciera de otras ropas. En su dormitorio había un armario pintado con paisajes chinos, repleto de trajes que había encargado a los sastres de Londres y París para las recepciones a las que nunca asistiría. Algunas noches, detrás de la puerta a la que había echado el cerrojo, se ponía un traje de gala. Entonces tendía una mano enfundada en un guante blanco en dirección al espejo móvil de cuerpo entero, que se descascarillaba y se cubría de depresiones mucho más rápidamente que su propio rostro. Cuando las polillas y las lepidópteros iniciaban su labor, ordenaba a Taparica que quemara todo y despachara nuevos pedidos a su representante.

No usaba reloj. Sabía determinar la hora mirando el sol o las constelaciones; y también cuando el cielo estaba nublado, podía escudriñar las tinieblas y decir: «Faltan tres horas para el alba».

Sin embargo guardaba una colección de relojes en una caja de cuero, bajo la cama: relojes de oro de faltriquera y sabonetas; relojes con esfera de cristal de roca o ilustrados con escenas del harén turco. Sus favoritos eran los relojes musicales suizos, y cuando sus mujeres oían gorjear los pajarillos bajo el colchón creían que eran los espíritus que cantaban.

Les daba cuerda antes de acostarse, y tenía la precaución de poner cada uno en una hora distinta: hasta ese punto le obsesionaba el paso del tiempo.

Había otras noches en que sacaba todos sus anillos y se los ensartaba uno tras otro hasta que sus dedos quedaban envarados con el fulgor salvaje de las esmeraldas.

Después miraba melancólicamente sus manos desnudas y gritaba: «¡Taparica! ¡Agua y jabón!». Luego se acostaba enfundado en su camisón, aguardando el crujido de las tablas en la galería: en las malas noches, el juego de desvirgar doncellas era su única esperanza de consuelo.

A los Da Silva varones les permitían jugar desnudos hasta los siete años. A partir de esa edad, su padre los vestía de blanco, los ponía a dormir en un recinto común y los enviaba a la escuela del cura para que aprendieran a leer.

Eran chicos espabilados y aprendían fácilmente. Asimilaban el catecismo y los versos de Camoens, pero la mayoría de las veces volvían de sus clases con talante turbado, atónito.

Veinte años de labor misionera en Angola le habían dado al padre De Lessa el aspecto de un ave de rapiña y convicciones bíblicas sobre el tema de los negros.

Tenía la costumbre de impartir las lecciones bíblicas en forma de preguntas retóricas: «¿El etíope puede cambiar su piel? —vociferaba—. ¿O el leopardo sus manchas?».

¿Acaso el negro no era el color de la noche? ¿Del Diablo? ¿Acaso la piel negra no era la mismísima marca de Caín?

Dom Francisco adivinó qué era lo que fallaba y, una mañana, se sentó fuera del aula y escuchó la perorata del cura. Entonces asomó la cabeza por la ventana y dijo:

—Pero los negros creen que el Diablo es blanco.

A su hijo mayor, Isidoro, lo envió a Bahía para que terminara los estudios con los hijos de Coutinho. Ahora la familia vivía en una gran mansión blanca edificada sobre los acantilados que miraban hacia la bahía. Pero la naturaleza montaraz de Isidoro — y sus hábitos africanos en materia de higiene— aterrorizaron a las damas de la familia hasta tal punto que su tutor lo despachó a un lóbrego seminario situado en los cerros.

Allí, en las aulas impregnadas de olor a incienso, aprendió a analizar una oración en latín mientras vestía una túnica blanca blasonada con una cruz roja. En las vacaciones regresaba ojeroso y escuálido. Sus accesos de tos les trajeron a los curas reminiscencias de la tuberculosis y, finalmente, se deshicieron definitivamente de él.

De vuelta en Bahía, no tardó en recobrar el ánimo en los bares y burdeles del Pelourinho.

«He resuelto cerrar los ojos a las indecencias de tu hijo —le escribió Joaquim Coutinho a su socio—, puesto que el único medio que tendría para controlarlas consistiría en entregarlo a las autoridades civiles, cosa que, en mi condición de tutor, soy renuente a hacer».

Pero cuando el joven mulato entró tambaleándose en la casa, bañado en sangre y con la ropa hecha jirones, lo expulsaron y lo enviaron a vivir con un negrero de la Ciudad Baja.

Joaquim Coutinho utilizó el comportamiento de Isidoro como pretexto para disolver la sociedad: en 1838 la trata de esclavos ya no era una ocupación digna de un caballero brasileño.

Hacía diez años que estaba catalogada como actividad criminal. Pero aunque florecía sin ser perseguida, y aunque los plantadores de café del sur pedían esclavos a gritos, el negocio había caído en manos de los nuevos ricos portugueses, muy

impopulares por sus métodos de trabajo.

Los liberales brasileños aborrecían la esclavitud por razones morales y los conservadores desconfiaban de ella por razones prácticas: en Brasil había demasiados negros.

En 1835 una revuelta de esclavos casi había copado la ciudad de Bahía. Resultó que sus líderes eran miembros de una camarilla de fanáticos musulmanes que se habían infiltrado en las Fraternidades de Cristianos Negros y habían declarado una Guerra Santa. Mas en la buena sociedad el nombre de Tousaint-Louverture estaba en todas las bocas, mientras era público y notorio que en la Corte los ministros del Emperador preferían a los inmigrantes alemanes en lugar de los africanos.

Joaquim Coutinho era propietario no sólo de sus barcos, sino también de haciendas, una mina de diamantes, un banco, calles íntegras de fincas urbanas, y acariciaba la idea de construir un ferrocarril. También ambicionaba poseer un título, vivía con el temor de comprometerse y era particularmente sensible a su apodo, «Carne Vieja».

Durante una visita a Río sobornó a los chambelanes del Emperador. Después se desprendió de sus viejos socios y vendió su flota. Edificó dos iglesias de estilo gótico; patrocinó un convento; encabezó con su nombre todas las listas de donaciones... y, finalmente, obtuvo su recompensa.

Una tarde, en Simbodji, mientras hojeaba el último ejemplar del *Jornal do Rio de Janeiro*, Dom Francisco leyó que el conocido financista y filántropo de Bahía había sido designado Barón de Paraíba. Un grabado al buril mostraba a un hombre de barba hirsuta, encajonado en una levita, la barriga ceñida por cadenas de oro y la Orden de San Bonifacio colgada del cuello.

—No es el chico que conocí —comentó.

Resolvió arriesgarse a enviar una carta de felicitación, aunque transcurrieron cinco meses hasta que llegó la respuesta: una nota lacónica donde se lamentaba de que las presiones públicas y privadas ya no le permitieran ocuparse del tráfico africano.

El nuevo Barón de Paraíba tuvo al menos la delicadeza —o el interés egoísta— de encontrar un representante en Bahía para su excolega.

José de Paraízo era un portugués que había aprendido del exilio el arte de hacerse indispensable. Su primera medida consistió en rescatar a Isidoro da Silva del albañal. Le compró un nuevo vestuario y lo hizo posar con éste para su retrato. Después lo

envió a Marsella como aprendiz de una empresa naviera.

También sobresalía por su pericia para encontrar elementos capaces de mantener entretenido al Rey de Dahomey. Junto con el retrato, despachó algunos timbales de loza barnizada, un Arca de Noé y un organillo que tocaba los Salmos. A continuación, compró los trajes que vendía la Ópera de Río para sufragar sus gastos y, durante una temporada, los funcionarios de la corte de Abomey se pavonearon vestidos como personajes de *Semiramis* de Rossini.

En otra ocasión, quizás en broma, envió el cuadro de Judith y Holofernes, pero Dom Francisco lo retuvo.

«Esta gente —escribió—, tiene muy poco sentido del humor. Es posible que a Su Majestad no le haga gracia».

Tampoco había manera de determinar si al Rey lo complacía un regalo; porque ante cada uno fruncía el ceño y arqueaba una ceja, como si quisiera decir: «¿Qué me ocultas esta vez?».

Todas las criadas de Simbodji eran espías del Rey: éste era el primero en enterarse de todo lo que sucedía en la casa. De modo que cuando Dom Francisco se compró un cisne de plata que devoraba peces al compás de la música de Bellini, el artefacto desapareció de la noche a la mañana, sólo para ser devuelto desde Abomey sin el cuello, con la cuerda del mecanismo forzada y con la advertencia de no enviar nunca más algo roto.

Al Rey no le interesaba el oro. Ésta era la moneda de su enemigo, el Rey de Ashanti, en tanto que Dahomey utilizaba cauríes que no se podían falsificar ni adulterar.

Pero los cubanos y los yanquis que iban a comprar esclavos en Ouidah preferían pagar en oro: lingotes, doblones, luises, napoleones, soberanos y a veces las monedas del Gran Mongol. Dom Francisco guardaba su botín en toneles de dinero enterrados bajo el suelo del dormitorio. Se alarmó tremendamente cuando el Rey ordenó que transportaran uno de ellos a Abomey.

El Rey examinó las monedas, una por una, y las dejó deslizar entre los dedos. Aprendió los nombres de Louis Philippe, del elector de Brandemburgo, del zar Pablo y de la joven Reina Victoria. Después puso los ojos en blanco y arrojó todo al suelo, resollando: «Nunca dejaría que alguien se marche con mi cabeza», y jamás volvió a hablar del oro.

En la estación lluviosa de 1842 el padre De Lessa enloqueció.

Entraba en el aula desnudo y se mortificaba con un azote de cuero. O se lo veía al acecho en los alrededores del Templo de la Pitón, con una sotana salpicada de lodo, chillando: «Dejaré esta ciudad desolada. Aniquilaré las abominaciones».

Un domingo, cuando estaba preparando el sacramento para la misa, encontró una pitón enroscada en sus vestimentas y le aplastó la cabeza con la base de la cruz que llevaba en las procesiones. Los sacerdotes del fetiche lo sacaron a rastras de la capilla y, cuando Dom Francisco lo rescató, estaba desquiciado.

Veía constantemente a un animal llamado Zoo.

El Zoo tenía cabeza de mono, cuerpo de perro, garras de leopardo, y se despatarraba lascivamente a su paso y gorjeaba como un pájaro.

Dom Francisco resolvió embarcar al cura para Bahía. Pero el Zoo también estaba en el mar, porque cuando lo amarraron a bordo de la canoa, continuaba vociferando: «¡El Zoo! ¡El Zoo!».

Aproximadamente en esa época Isidoro volvió de Francia con aires de petimetre y la cabeza llena de planes para montar una fábrica de aceite de palma: hacia los años 1840 las clases medias de Europa habían descubierto las bendiciones del *savon blanc de Provence*.

Una firma comercial de Marsella, Mm. Binet y Poncetton, envió un explorador para que informase acerca de las plantaciones de palmeras de la Costa de los Esclavos: fue gracias a la ayuda de Isidoro que un joven de labios finos llamado Blaise Brue reocupó el viejo Fuerte Francés de Saint-Louis-de-Grégoy.

Blaise Brue jugaba estupendamente al *boston* y era bien venido en Simbodji a la hora de cenar. Fue él quien sugirió la idea de convertir a Ouidah en un protectorado francés.

En cuanto a Dom Francisco, cazó al vuelo la oportunidad de ganar dinero limpio con el tráfico de aceite. Puso toda su mano de obra a disposición del francés, y se asociaron. Desbrozaron viejos palmerales y plantaron otros nuevos. Las mujeres convergían sobre el Fuerte desde aldeas lejanas con calabazas llenas de aceite haciendo equilibrio sobre la cabeza. En la primera temporada, cuatro mil barriles bajaron rodando a la playa, y se vio sonreír nuevamente a Dom Francisco.

Sonreía cuando las nueces de palma maduraban hasta adquirir el color de rescoldos y sonreía al ver cómo el líquido viscoso y amarillo subía a la superficie de las cubas. A menudo, se volvía hacia sus hijos y les decía:

—Un día el aceite de palma nos hará ricos, más allá de todo sueño codicioso.

Pero los jóvenes mulatos estaban varados en un limbo. Odiaban a su padre. Odiaban cualquier tipo de trabajo y, como carecían de desahogo para sus energías, se volvían malhumorados y melancólicos, robaban de los depósitos, o se entregaban a la

bebida y descubrían los placeres del cuchillo.

El idilio de Dom Francisco con Francia llegó a su punto culminante cuando el segundo hijo de Louis Philippe, el Príncipe de Joinville, desembarcó de la fragata *Belle-Poule* para inspeccionar la factoría francesa.

Esa noche, durante la cena, sirvió un Château-Margaux de 1811 y suministró un palillero de plata en forma de puercoespín para que cada oficial se llevara un recuerdo.

El Príncipe hizo reír a todos contando historias escandalosas sobre sus experiencias con los ingleses cuando había ido a retirar el cuerpo de Napoleón de Santa Helena. Discutió el problema de la refrigeración del champán en los trópicos y el origen de la expresión «*Perfide Albion*». Después bosquejó con lápiz la efigie de su anfitrión —base de todos los retratos posteriores— y se retiró a dormir en la cama de cuatro postes traída de Goa.

A la mañana siguiente, cuando se disponía a partir, los chicos Da Silva gritaron «¡Viva!». Las chicas le colgaron guirnaldas de flores tropicales; y, al obsequiarle una caja de sus mejores habanos, Dom Francisco le pidió que intercediera por él ante su cuñado, Dom Pedro de Brasil.

—Le contaré todo —dijo el Príncipe.

La conmoción fue tremenda cuando Blaise Brue recibió de su compañía radicada en Marsella un mensaje que lo intimaba a cancelar la asociación con el infame traficante de esclavos.

—Lo siento, *mon vieux* —fue lo único que dijo.

Desolado, Dom Francisco recurrió a los británicos, con la esperanza de que, si los ayudaba, ellos le retribuirían el favor.

Cuando un bergantín de Brístol encalló en la costa, cuatro millas más abajo de Jacquin, Dom Francisco limpió la playa de saqueadores y colaboró con la tripulación, ayudándola a salvar la carga. Rescató a una misión metodista que había quedado varada en Lagos, y se hizo cargo de la señora Mc Calvert cuando su marido se voló la tapa de los sesos. Incluso agasajó a los ingleses que habían traído consigo el proyecto de tratado de Lord Palmerston en virtud del cual se abolía la Trata de Esclavos.

El primer «inglés» que visitó al Rey fue un «negro civilizado» de Freetown, el reverendo Tommy Crowder, quien se vio obligado a presenciar los sacrificios anuales y regresó despavorido. Sin embargo, atinó a balbucear apenas los parabienes de la

Gran Reina Blanca.

La respuesta del Rey, que el clérigo transcribió en una suerte de inglés, preguntaba por el estado de salud de la Reina y por el de «Sus Hijas y Sus Hijos y Su Madre y Su Abuela». Reconocía que la venta de esclavos era «MALA»; que los brasileños eran «MALA GENTE QUE QUIERE SÓLO ESCLAVO POR DINERO»; y que «El Reina» debería enviar un hombre con una «Cabeza Grande para que escuchara la Palabra del Rey y escribiera la Palabra del Libro y de la misma manera el Rey de Dahomey enviaría un mensajero a la Reina en el futuro próximo».

El hombre de la «Cabeza Grande», el capitán William Munro, llegó seis meses más tarde con el uniforme del primer regimiento de Life Guards. Tenía cabellos rojizos, ingenuos ojos azules, un copete de pelo rojizo sobre el caballete de la nariz, y su conversación estaba preñada de tópicos de la literatura abolicionista. Le trajo al Rey, a manera de regalo, una pareja de pavos reales y un torno de hilar que había usado su madre en las Highlands.

Durante la cena intentó convencer a Dom Francisco de que la tierra de Dahomey era ideal para cultivar algodón.

—Sí, sí —respondió su anfitrión—. Eso llegará. Todo llegará. Les traeréis ferrocarriles y los haréis muy dichosos. Hasta es posible que consigáis que dejen de matarse entre sí. Pero se necesitará mucho tiempo, y yo estoy demasiado viejo y cansado para intentarlo. Lo único que puedo hacer, mi estimado y joven amigo, es ofrecerle la hospitalidad de mi sencilla morada.

El día en que la misión partió rumbo a Abomey estaba inmovilizado por el reumatismo; pero convocó al capitán junto a su lecho, le apretó la mano y susurró:

—Por favor, encomiéndeme al Rey.

Después, nadie supo si fue por culpa del intérprete, o de la candidez de Munro, o del deseo de complacer que alimentaba el Rey... pero el Foreign Office recibió la impresión de que el Rey era un «hombre justo y humanitario», que anhelaba librarse del «detestable Da Silva» y consagrarse a las artes pacíficas de la agricultura.

Por su parte, el Rey tuvo la agradable visión de un subsidio anual de tres mil libras concedido por su Hermana Blanca, el cual le permitiría guerrear y recolectar tantas cabezas como se le antojara sin pasar por la engorrosa formalidad de vender cautivos.

Su carta dirigida a la Reina Victoria prometía expulsar de Ouidah a todos los traficantes de esclavos; y puesto que el corazón de la Reina era una «GRAN CALABAZA que rebosaba vino de palma para el sediento», él necesitaba una tienda enorme y un carruaje dorado... inmediatamente.

Llegaron otras tres misiones inglesas, cada una de las cuales traía peor talante que la anterior, y en el antiguo Fuerte Británico de Ouidah se instaló un viceconsulado.

El Rey prometía esto, y después aquello, pero nunca estampaba su cruz al pie del tratado. De Inglaterra no llegó tienda alguna, ni tampoco el carruaje dorado. En cambio, el cónsul Crosby le llevó al Rey un traje de cota de mallas, unas máscaras de

gutapercha con las imágenes de personajes del teatro de títeres, un artefacto denominado Pronosticador de Tormentas del Doctor Merryweather y un ejemplar del *Illustrated London News* que se ocupaba de la Gran Exposición.

La mezquindad de estos presentes conmocionó al Rey y lo impulsó a preguntar a Dom Francisco qué se podría pagar con tres mil libras.

—Sus gastos domésticos de una semana.

El vicecónsul era un hombre de semblante avinagrado, que se mantenía exageradamente erguido y cuyos carrillos parecían artificialmente insuflados de grasa. Se hizo acreedor del odio eterno de Dom Francisco cuando señaló a Taparica y comentó:

—Veo, señor, que usted tiene a su servicio un mono amaestrado.

Lord Palmerston le había ordenado insistir en el hecho de que Dahomey debía abstenerse de atacar la ciudad de Abeokuta, donde residían misioneros anglicanos. Sin embargo, el Rey había prometido a sus antepasados que dejaría Abeokuta reducida a una pila de cenizas... y no había prometido nada a los ingleses.

En su última audiencia, Crosby cometió el error de disertar sobre los males de la guerra, oído lo cual el Rey exhibió una ilustración enmarcada de la batalla de Waterloo y preguntó:

—¿La guerra de quién, señor cónsul? ¿La guerra de quién?

La respuesta del cónsul consistió en obsequiar al Rey una azada aborígen junto con un comentario sobre «el buen aprovechamiento del trabajo». Entonces el Rey tuvo un acceso de ira, arrojó un collar de alas de murciélago a la cara del enviado y vociferó:

—¡Llévele esto a la vieja!

El cónsul Crosby interrumpió las negociaciones y cerró el consulado.

El Rey emprendió la guerra.

Dos misioneros destacados en Abeokuta, los señores Bickersteth y Smith, enseñaron a los egbas el manejo de las armas y les suministraron municiones. El 3 de marzo de 1851, cinco mil dahomeyanos fueron muertos al pie de la Roca Sagrada. Fue la peor derrota de su historia.

A continuación la Escuadra de África Occidental bloqueó el puerto de Ouidah y los ministros del Rey acusaron a Dom Francisco de haber permitido la entrada de los ingleses en el país.

Pero los «brasileños» habrían de traer consigo mayores sobresaltos.

Los primeros «brasileños» de Ouidah fueron los miembros de un cargamento de exesclavos que habían comprado su manumisión y habían fletado un barco mercante inglés para que los transportara de regreso a África. Desembarcaron en Lagos, con la

intención de marchar tierra adentro hasta sus antiguas moradas de Oyo. Pero las fétidas marismas estaban lejos del paraíso de los cuentos de sus abuelas. Los aldeanos los lapidaron y les echaron los perros encima. La idea de que volvieran a venderlos los aterrorizaba. Añoraban Brasil, pero con pasaportes sin retorno no tenían ningún otro lugar adonde ir.

Dom Francisco se enteró de sus desventuras y envió su bergantín para ofrecerles asilo.

Salió a recibir en la playa a los hombres con chistera, y a las mujeres con miriñaques de encaje blanco y pelo planchado. Les entregó parcelas de tierra y sus alegres granjas no tardaron en salpicar la campiña hasta Savi.

Los «brasileños» convirtieron Ouidah en un Pequeño Brasil. Iban de picnic. Organizaban cenas. Plantaban amarantos rojos y dondiegos en tiestos. Decoraban sus habitaciones con imágenes de san Jorge y el Dragón y, en Carnaval, se acribillaban los unos a los otros con naranjas enceradas rellenas de agua perfumada.

Toda la ciudad cambió de color. Las casas se tiñeron con las tonalidades de los jardines brasileños, en sustitución de los rosados opacos y los ocre; y cuando las mujeres se asomaban por encima del batiente inferior de la cancela, parecían lucirlo como una extensión del vestido.

En los días calurosos holgazaneaban en sus balcones, abanicándose o rascándose la espalda con rascadores de marfil. A veces, una columna de cautivos desfilaba acompañada por un tintineo de cadenas, con los perros a los talones... y los «brasileños» arrojaban flores a la calzada, gritaban «*¡Boa Viagem!*» y suspiraban por las casonas de Bahía y Pernambuco.

Todos los sábados, Dom Francisco organizaba una cena para los dirigentes de la colonia. Todos concordaban en que Simbodji era lúgubre, anticuado y vulgar.

Los recién llegados estaban muy preocupados por su salud y, por primera vez, Ouidah contó con un médico.

Se trataba del doctor Marcos Brandão Ferraez, un joven mulato acosado, cuyos cabellos se habían vuelto grises a los treinta años, y al que se veía hacer sus recorridos de prisa con un maletín de felpa verde. Allá en Brasil se había fugado con una «sertanista» de una pequeña ciudad de Ceará: resolvieron trasladarse a África cuando los hermanos de ella amenazaron matarlo.

No tenían hijos y vivían en dos pulcras habitaciones situadas sobre su farmacia, donde colocaron un busto de yeso de Hipócrates e hileras de potes de cerámica azul para almacenar drogas, con inscripciones en latín; y tenían un guacamayo llamado Zé Piranha.

Doña Luciana cuidaba que su cocina estuviera inmaculada. Nadie sabía mejor que

ella cómo preparar mermelada de guayaba o rellenar un cangrejo. Cantaba mientras molía las especias y, cuando cantaba, su labio superior se alzaba de manera seductora. Pero eran todas canciones tristes. Las había entonado en su infancia, cuando estaba ansiosa por evadirse de los territorios agrestes... a los que anhelaba regresar.

Al cabo de un tiempo, pareció consumirse por el calor. Su pelo colgaba en mechones semejantes a colas de ratas y le brotó un eczema en la cara. La aterrizzaba la idea de salir de casa, confundía los escorpiones con serpientes y permanecía sentada, manoseando patéticamente su crucifijo, hasta que volvía su marido.

Un mediodía, cuando Dom Francisco se encaminaba hacia su casa en compañía de Taparica, se detuvo en seco. A través de la ventana de la farmacia le llegaba, nítida y parsimoniosamente, la letra de una canción que le desató nudos en la memoria. Era una canción que entonaba su madre, acerca de la gitana que marchaba de una feria a otra; y cuando Doña Luciana llegó a la estrofa final, él coreó los dos últimos versos.

Ella se quedó helada.

Él espió hacia adentro.

Ella miró lo que había debajo del ala del sombrero de Dom Francisco, vio los ojos y después juró que había visto al Diablo.

Por otro lado siempre era bien venido para beber un vaso de lima dulce en la casa de Jacinto das Chagas, un mulato medio yoruba que había sido escribiente en una plantación de azúcar y que tenía una hija encantadora llamada Venossa.

La sonrisa plácida de Jacinto, su porte caballeresco, su templanza y sus trajes limpios de algodón produjeron una impresión perdurable en los dahomeyanos. Años de deferencia le habían enseñado cuál era la mejor manera de ganarse la confianza ajena o de explotar la culpa del prójimo. Cada vez que hablaba de la Trata de Esclavos, desplegaba sus dedos huesudos sobre su corazón y suspiraba: «¡Mis hermanos! ¡Mis pobres hermanos negros!».

En razón de su fiabilidad, y de su buena cabeza para los números, Dom Francisco lo empleó como ayudante. Le reveló secretos comerciales que jamás habría compartido con sus hijos. E incluso le encargó misiones confidenciales ante el Rey.

Al principio al Rey lo enfureció pensar que había negros con zapatos, pero cuando Jacinto le habló de las bodas «brasileñas» que se celebraban en la capilla, también él dijo que necesitaba una esposa cristiana: a toda la colonia le repugnó que Jacinto resolviera sacrificar a su propia hija.

En una mañana lluviosa, tocada con un velo para que nadie la viera llorar, e hincando las uñas en un bolso de raso azul, Venossa das Chagas dijo: «Sí», entre sollozos; y recorrió la nave del brazo de Dom Francisco, que, vestido con una levita negra, actuó como apoderado de su hermano de sangre.

Una guardia de honor de amazonas la escoltó hasta Abomey donde, cuarenta y nueve años más tarde, un oficial del ejército francés la encontró prosternada ante un crucifijo en actitud orante.

Fue ella quien arruinó a los Da Silva.

Un mes después de la boda, su padre tuvo un altercado con su empleador, trabó amistad con los franceses, y se instaló por su cuenta como exportador de aceite de palma. El Rey le concedió tierra y esclavos. Edificó una casa con columnas blancas y la llenó de muebles traídos de París. Al cabo de poco tiempo, bajo capa del negocio del aceite, empezó a vender esclavos a los traficantes de Estados Unidos.

Dom Francisco se enteró de que habían desbaratado su monopolio, y creyó enloquecer. Irrumpió en casa de la familia Das Chagas a la hora del almuerzo y preguntó sarcásticamente:

—¿Dónde están ahora tus hermanos negros?

—Ésos eran mahis —respondió Jacinto—, y no pertenecían a mi pueblo.

Dom Francisco despachó un mensaje tras otro, con el fin de lograr la expulsión de su rival, pero Jacinto le había enseñado al Rey el verdadero valor del oro. Y había insinuado que la mitad de la fortuna de los Da Silva ya estaba en Brasil... crimen punible con la pena capital en un país donde hasta el mínimo vestigio de propiedad pertenecía al monarca.

Los recaudadores de impuestos del Rey se abalanzaron en tropel sobre Simbodji, sin aviso previo, y acarrearon consigo todo el oro y la plata. Un mes más tarde, una fragata de vapor de la Escuadra de África Occidental abordó el último clíper de Baltimore: era obvio que Jacinto había alertado a los británicos.

Las mujeres de Simbodji dijeron: «El Gran Árbol se está desplomando», porque súbitamente el amo había envejecido.

Y Taparica agonizaba.

Le colgaba la cabeza. Se le marchitó la piel y debajo de sus globos oculares se veían semicírculos rojos. Algunos días miraba en torno como un niño extraviado, sin saber dónde estaba. Cuando llegó el final, Dom Francisco no quiso dejarlo morir sobre una estera: lo acostó en la cama de Goa y le sostuvo la mano escamosa durante tres sofocantes noches.

La voz graznaba entre las cortinas:

—Usted no conoce a esta gente. Nunca aprenderá a conocerla.

Taparica intentaba describir los diversos tipos de venenos y sus antídotos. Pero el ave marina que formaba parte de su personalidad había volado de regreso a su isla de la bahía de Bahía, donde alguna vez había lamido la axila de la mujer que le había enseñado la misteriosa medicina de los excrementos.

Dom Francisco lo sepultó al amanecer en una tumba situada entre los macizos de flores. Una bruma pegajosa envolvió su aflicción íntima, y se quedó mirando fijamente la mortaja manchada de lodo.

Desde el otro lado del muro del serrallo le llegó el lamento de las mujeres, pero los plañidos sonaban más bien como un canto triunfal.

Un preocupado doctor Brandão Ferraez se presentó una mañana antes del desayuno para denunciar que había aparecido un brote de fiebre amarilla en una casa «brasileña» donde una joven había recibido a un marinero cubano.

Al cabo de una semana se oían gemidos y plegarias apagadas en todas las calles. La enfermedad abatió a centenares de negros y mulatos pero perdonó a los blancos. Los «brasileños» colgaban paños purpúreos de sus balcones y, si salían a la calle, se ceñían esponjas empapadas en vinagre bajo la nariz. Isodoro y su hermanastro Antonio encendieron fogatas para contener el contagio, pero las chispas incendiaron un techo y quemaron varias casas.

La enfermedad mató a diez Da Silva, y el médico fue la última de las víctimas.

Volvió a casa después de visitar a un enfermo, con las mejillas cóncavas y los ojos congestionados y amarillos. Dijo:

—¡No me toques! ¡No te acerques a mí! —Y se tumbó en la cama.

Al mediodía se estaba retorciendo en el suelo, mientras de sus labios brotaban torrentes de vómito negro, negro como borra de café. Hacia el anochecer se desencadenó una tormenta. Las nubes tenían el color del lodo. Las palmeras se doblaban y silbaban. Durante otra hora yació tranquilamente. Entonces gritó como si una flecha le hubiera atravesado el cuello, y murió.

Entre la gente que se congregó para observar cómo el cadáver salía con los pies delante por la puerta de la farmacia, se encontraba una mujer histérica que había perdido a todos sus hijos. Apenas vio a Doña Luciana, chilló:

—¡Bruja!

La turba hizo trizas los potes de drogas, y el busto de Hipócrates quedó decapitado sobre el pavimento.

Dom Francisco oyó el pandemónium y adivinó la causa. Media hora más tarde, él y su joven criado volvieron transportando un bulto de harapos y sangre coagulada que depositaron sobre la cama de Goa.

Durante diez días Doña Luciana osciló entre la vida y la muerte, aunque devoraba

ávidamente todos los alimentos que le ponían delante. Cuando estuvo suficientemente repuesta como para reconocer a su salvador, apretó los maxilares con tanta fuerza que hubo que obligarla a comer.

Cada vez que él entraba en la habitación, ella se encogía como un mamífero nocturno al que lo sacan a la luz del sol. Tardó semanas en acostumbrarse a su presencia. Entonces, repentinamente, de la noche a la mañana, el hombre que había sido el Diablo se transfiguró en su Ángel Guardián.

Él tenía la precaución de no tocarla, de no tocar siquiera su manga o su mano. Sin embargo, fusionando dos desgracias en una, cada uno de ellos se consolaba con la compañía del otro, y no soportaban estar separados.

Él permitió que siguiera viviendo en Simbodji. Ella dormía en la cama, mientras él dormía en la habitación contigua, en uno de los divanes de jacarandá. Él hizo tapiar la puerta del serrallo, y ambos permanecían dentro de la casa y no veían a nadie.

Vivían como esposos que hubieran hecho un voto de castidad. Ella levantó un altar y colocó jarrones con flores blancas a ambos lados del oratorio de la Última Cena. Mantenía una vela encendida y prometió salvar el alma de él.

Leía del Nuevo Testamento las historias de la misericordia de Cristo para con los pecadores, mientras los rayos del sol caían sobre sus prendas de luto y sobre su moño de cabellos pajizos. Su cuello era muy blanco: lo ceñía una cinta de terciopelo, de la cual colgaba un medallón con los rizos de su marido.

Dom Francisco escuchaba, mientras Zé Piranha permanecía posado sobre su hombro y le metía la mandíbula en la oreja. Cuando el guacamayo erizaba las plumas, él le acariciaba la cabeza y decía en voz baja:

—¡Pobre pájaro! Quiere volver a casa.

En la estación de las lluvias, sus ataques de reumatismo se agudizaron, y había semanas durante las que estaba tan entumecido que no podía moverse. Ella le aplicaba compresas calientes sobre la columna vertebral: conocía muchos remedios, pero había perdido sus medicamentos en el incendio de la farmacia.

Las mujeres de Simbodji odiaban a su rival. Incluso en medio de una tempestad, Jijibou se puso a aporrear la puerta, clamando para que la dejaran entrar. Armó tal escándalo que Dom Francisco debió convocar a Isidoro, quien apaciguó a su madre y se hizo acreedor, por primera vez, a la gratitud de su padre.

Entre todos sus hijos sólo estimaba a dos hermanas gemelas engendradas por una mulata que había muerto. Se llamaban Umbelina y Leocadia y a medida que crecían se iban convirtiendo en dos beldades. Doña Luciana dijo:

—Deja que vengan a vivir con nosotros. Las gemelas nos traerán suerte —y les prodigó un amor de madre.

Les confeccionaba vestidos blancos vaporosos y les anudaba cintas de raso en el pelo. Les enseñó a bordar sus iniciales en los pañuelos. Juntas plasmaron un retrato de la Virgen María, utilizando para el manto las plumas que Zé Piranha había mudado del ala, y para la aureola las que había mudado del pecho. A menudo iban a merendar

en el pabellón chino de Zomai. Los cuatro entonaban las canciones de los Bandeirantes. ¡Y cómo gritaban las niñas cuando su padre les contaba la historia del Duende-que-tenía-pelo-en-lugar-de-manos!

Durante uno de estos picnics, Doña Luciana le preguntó si alguna vez acariciaba la idea de regresar a Brasil.

—Si Dios lo quiere —contestó él—. Daría cualquier cosa por morir en mi país.

A partir de ese día ella no pudo pensar en nada más. Tenía una plétora de planes para burlar a los guardias del Rey, que ahora los vigilaban noche y día. Pero él, el hombre de acción, parecía incapaz de actuar. Se apretaba las sienes con los puños y repetía:

—¿Pero cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

Sin embargo ella sabía que debía de haber un medio.

Él aún tenía propiedades en Brasil —una fábrica de cigarros en Magarogipe, una hacienda, un aserradero y unas cuantas fincas urbanas— que su agente había comprado a manera de inversión cuando el precio de los esclavos estaba en alza. No sin recelos, le escribió a José de Paraízo pidiéndole que le comprara una casa en Bahía para su retiro, y suplicándole que guardase el secreto.

Seis meses más tarde, junto con una copia del título de propiedad del número 1 de Beco do Corto, en Barra, recibió una tela toscamente pintada, que aún apestaba a aguarrás, y que mostraba una villa rosada en medio de un jardín cuya pendiente bajaba hasta el mar.

Doña Luciana palmoteo mientras la desenvolvían, y preguntó qué significaban los garabatos trazados en el cielo.

—Pájaros —dijo él.

La primera mitad de la carta de Paraízo enumeraba los muebles y los nombres de los esclavos de la finca: había dejado las malas noticias para el final.

Por un descuido del Barón de Paraíba, habían dejado caducar la ciudadanía de Dom Francisco. El gobernador de Bahía había rechazado su solicitud de pasaporte. Ahora la trata de esclavos era un delito penado por la ley: lo arrestarían apenas desembarcara.

Y sin embargo, continuaba Paraízo, quizá no había motivos para alarmarse: seguramente una donación para obras de caridad resolvería el problema. Transcurrió otro año. Pero cuando el *Jornal da Babia* describió la inauguración del hospital para marineros, Dom Francisco leyó el texto del discurso del Barón... y su nombre no figuraba en la lista de donantes.

En una carta tras otra, Doña Luciana apeló al gobernador, al Barón e incluso al Emperador en persona: si todo fracasaba viajarían a Roma y expondrían su caso al Nuncio Apostólico.

En su imaginación, ella veía la gran iglesia dorada, los coros, los ángeles y los rayos del sol que caían oblicuamente sobre el altar. El olor del incienso ya le cosquilleaba las fosas nasales. Entonces una figura ataviada de blanco refulgente se

alzaría de su trono, y elevaría la mano en ademán de bendición, y diría: «¡Levántate, Francisco! ¡Renacido en el cuerpo de nuestro Salvador!».

Siguieron esperando noticias y no hubo ninguna.

Umbelina y Leocadia estaban demasiado asustadas para salir. Sus hermanastros se mofaban de ellas, las empujaban contra la pared, y fingían que las buscaba el Rey. Su padre temía por la seguridad de ambas. Ordenó enérgicamente a Doña Luciana que las llevara a la casa de Bahía, donde haría campaña en favor de su indulto, y un día él iría a reunirse con ellas.

A los Da Silva los regocijó inmensamente verla volver las espaldas: su partida se convirtió en una escena de júbilo. Pero cuando ella vio el barco que se balanceaba sobre las olas, y las lágrimas en los ojos de él, le rodeó el cuello con los brazos y dijo:

—No. No puedo irme.

El sol poniente había teñido las olas de un lechoso verde dorado. Las canoas parecían gigantescas escolopendras negras a medida que las tripulaciones las empujaban por el declive de la playa. Dom Francisco apartó afablemente a las niñas gimientes y las guió hasta el borde del agua. Le entregó al capitán una carta para el Barón de Paraíba, encomendándolas a su cuidado. Flecos de espuma salpicaron el vestido de tafetán negro de Doña Luciana. Y permanecieron, tomados del brazo, sobre la arena, contemplando los brazos marrones que hacían señas desde la cresta de una ola y se precipitaban en la sima siguiente.

Esa noche ella aceptó el amor de un anciano.

Dos meses más tarde, Doña Luciana se sintió desfallecer y experimentó una punzada en el estómago. Sólo cuando empezó a hincharse se resignó a aceptar lo que su instinto le dictaba: siempre se había creído estéril.

El embarazo fue difícil... y peligroso para una mujer que había llegado a la cuarentena. Sin embargo, después de un doloroso forcejeo, el 21 de enero de 1854 dio a luz una hija. La niña era enfermiza: la bautizaron en la alcoba por si no sobrevivía.

Pero Eugenia da Silva se aferró a la vida y se prendió ávidamente al pezón de su nodriza, aunque, al mismo tiempo, su madre fantaseaba que caía en un hoyo legamoso.

Finalmente, llegó el indulto: una hoja de papel firmada por el Emperador en persona, que reconocía los «muchos años de celo y servicio útil» que el teniente Da Silva había prestado «en el Fuerte de São João Baptista da Ajuda». Durante el primer

acceso de emoción no tomaron en cuenta el contenido de la carta de Paraízo, con su catálogo de deudas al Banco Coutinho, la quiebra de la fábrica de cigarros, la enfermedad que había diezclado su ganado, el derrumbe y la decisión de la Sociedad de Comercio de Bahía que lo había declarado en bancarrota.

—Me han robado —dijo, y dejó caer la hoja de papel.

Escribió, por última vez, al Barón de Paraíba:

Por favor, mi querido amigo, ten paciencia conmigo. Yo te daría todo lo que poseo en Bahía. ¿Pero qué diría la gente? Todos se volverían contra mí si supieran que no me queda nada. Dirían que ya no puedo contar contigo, mi amigo y protector de más confianza durante todos estos años. Te pido, te imploro, que no vendas mis muebles ni mis esclavos, pero que alquiles mi casa, para que no critiquen mi vida. Y te ruego que cuides de mis hijas...

El Barón no contestó esta carta. Su banco ejecutó la hipoteca. Los alguaciles se llevaron los muebles, y la casa y los esclavos fueron vendidos, sin aviso previo, en subasta pública. Hubo un postor, el Senhor Ricardo Paraízo, hermano del agente, que inauguró en la mansión una academia para señoritas.

Pero Umbelina y Leocadia no asistieron a las clases de esa escuela, ni de ninguna otra. No vivieron en la finca de los Coutinho, ni siquiera como criadas. En cambio, las entregaron a una famosa personalidad llamada Mãe Andresinha, que les enseñó un oficio en las calles adoquinadas del Pelourinho.

—¿Rameras? —aulló su padre delante del capitán que le había transmitido la noticia—. ¿Rameras? ¿Mis queridas hijas? ¿Rameras? —Y apoyó los puños sobre la mesa y miró sus nudillos cada vez más blancos y se ahogó en sollozos.

En la noche del 15 de febrero de 1855, disfrazados de bailarines de feria enmascarados, él y Doña Luciana intentaron embarcarse clandestinamente con su hijita en una nave brasileña. Era una noche nublada, pero la luna asomó en el momento en que atravesaban la laguna, y los centinelas los devolvieron, como prisioneros, a Simbodji.

A Dom Francisco lo despojaron de su fortuna y sus privilegios, aunque le permitieron alojarse en habitaciones que carecían de todo menos de la cama. Era el hermano de sangre del Rey: era un crimen tocarle un pelo, pero sus propios hijos ya

hablaban de él en tiempo pretérito.

En los días calurosos, se tumbaba a la sombra de un mango y dejaba que la pequeña Eugenia montara sobre su abdomen y le tirara de la barba. Su vista era débil. Sus manos pesaban mucho bajo el laberinto de venas grises.

De cuando en cuando deshojaba los pétalos de una rosa o sepultaba el rostro en una flor de hibisco. Si pasaba por allí su viejo jardinero, abría la boca para espetar una orden, pero las palabras no brotaban. O escuchaba el aullido de la marejada, y se golpeaba la cabeza contra el muro. Por la noche, veía hileras de ojos inyectados en sangre que lo miraban fijamente desde la oscuridad.

Algunas noches permanecía tumbado bajo el árbol hasta el amanecer y, por la mañana, los caracoles habían dejado filamentos plateados sobre sus piernas. Garrapateaba profecías incoherentes sobre jirones de papel, e Isidoro hacía que sus jóvenes criados los recogieran por si contenían información acerca de la buenaventura brasileña:

En 1860 las espinas darán fruto pero habrá pocas cabezas sobre los cuerpos. — En 1870 no habrá cabezas para llenar los sombreros. — En 1880 los esclavos venderán a sus amos y comprarán alas. — En 1890 el Emperador enviará un barco en busca de su amigo, pero el mar se teñirá de rojo y el cielo se transformará en lodo. Y habrá una lluvia de estrellas y el barco se hundirá. — En 1900 la Santa Casa de Roma se derrumbará y los cadáveres bloquearán las calles de Bahía y Jerusalén.

Y Doña Luciana estaba enferma y no podía hacer nada para ayudarlo.

Ella tenía un regusto amargo en la boca y jaquecas tan feroces que las suturas de su cráneo parecían agrietarse. Decía: «No es nada. Deben de ser las nubes. Si al menos las nubes se despejaran». Procuraba sonreír, pero la tensión de forzar la sonrisa intensificaba mucho el dolor.

Entonces se le descamó la piel de los brazos y las piernas, dejando parches cubiertos de un rubor pútrido. Después se le entumecieron los dedos de los pies, y de las manos, y los parches de piel viraron al negro.

Apenas podía respirar. Aturdida, y con las pupilas dilatadas, jadeaba dirigiéndose a la nodriza de Eugenia: «¡Lávame los brazos! ¡Mira! ¡Mira! ¡Las manchas me devoran los brazos!». O tenía accesos de euforia, se aferraba a los postes de la cama, y mostraba las encías y entonaba ¡Aleluyas! a voz en cuello.

Una mañana, él vio que a Doña Luciana le colgaban de la boca filamentos de mucosidad verde oscuro. Recordó vagamente las últimas palabras de Taparica y

murmuró:

—¡Veneno!

—Estoy tan cansada —dijo ella, y entró en coma.

Él se aferró al cuerpo, pero los sepultureros lo apartaron violentamente y él agitó los brazos y graznó como un pájaro herido.

Nunca vio la sonrisa triunfal que se expandió por el rostro brillante de Jijibou. Se había internado en los cañaverales y desapareció durante días. Las cuadrillas de exploración no lograron encontrarlo. Hasta que un hombre que volvía a casa desde su plantación de ñames vio algo azul entre los matorrales. Al apartar las ramas, distinguió una figura de pelo crespo, en cuatro patas, con un pajarraco posado sobre el hombro.

Zé Piranha le mordió la mano a Isidoro cuando llegaron en busca de su amo. Pero consiguieron dominar al viejo y lo encadenaron a un árbol cerca del pabellón chino de Zomai. Sólo más tarde, cuando se mitigó su furia, le permitieron merodear libremente por la ciudad.

Cojeaba por Simbodji gritando: «¡Mis hijas! ¿Qué han hecho con mis queridas hijas?». Pero las mujeres ocultaban a la pequeña Eugenia para que no viera a su padre.

Una mujer le dio a Eugenia un muñeco de madera y, al ponerse el sol, la niña lo acostaba, lo envolvía en una bufanda, acariciaba el vellón de lana blanca adherido a su mentón, y susurraba: «¡Duerme, Papá! ¡Duerme!».

Él rondaba en torno del Fetiche de Legba, con harapos que se le caían del cuerpo. Sólo cuando nadie miraba, escamoteaba las ofrendas de cauríes y se compraba un puñado de alimento. Nunca comía las sobras de Jijibou porque temía que estuvieran envenenadas.

Hablaba con las olas de la playa. Incluso se arrojaba a las olas, pero éstas lo despedían de vuelta; y lo encontraban, llagado por las mordeduras de los mosquitos jejenes y de los cangrejos que se arrastraban sobre su cuerpo.

Un día, mientras boqueaba pidiendo agua, vio que el Rey se le aproximaba, sonriendo y mostrando el portillo que tenía entre los dos dientes de adelante. El Rey estaba rejuvenecido y lucía su uniforme de caza de color rosado. Apoyó una mano fresca sobre la frente de su viejo amigo y destapó la calabaza que hacía las veces de cantimplora.

Dom Francisco tendió ambas manos para recibirla, sólo para despertar y ver el cerdo negro que husmeaba alrededor de los dedos de sus pies.

El 8 de marzo de 1857 fue un día recalentado al blanco en que el viento levantaba remolinos de polvo en la calle. Vestidos con sus mejores levitas negras, Isidoro da

Silva y sus hermanos brindaban un almuerzo en honor de Jacinto das Chagas para agradecerle que hubiera atemperado sus problemas con el Rey.

Dom Francisco atravesó el Barrio Brasil, arrastrando la pierna izquierda, acosado por una pandilla de chiquillos que coreaban: «*¡Bom Dia, Yovo! ¡Yovo, Bom Dia!*», y hacían la señal del cuchillo.

Tenía costras en las rodillas.

Pasó bajo el elefante de yeso que coronaba la puerta de entrada. Cojeó hasta el salón de juegos, donde algunas de sus cajas de música suiza descansaban tranquilamente sobre una mesa. Y les dio cuerda, una tras otra, hasta que el recinto desbordó sonidos aleatorios.

La puerta del comedor se abrió y sus hijos se irguieron delante de él. Escudriñó los rostros que llenaban el hueco de la puerta. Algunos de ellos tenían la servilleta sujeta bajo el cuello de la camisa. Jacinto se disculpó y se escabulló.

El anciano lloraba. Las lágrimas se escurrían por las arrugas de sus mejillas, sólo para ser absorbidas por el lodo que se le había aterronado en la barba. Abrió la boca para hablar, pero el labio inferior le colgó fláccidamente, y la música daba vueltas, girando y girando en su cráneo, mientras él salía bamboleándose de la habitación, rumbo a la luz y el polvo y los halcones y la oscuridad y la nada.

Seis

Esto era lo que Mama Wéwé recordaba mientras yacía agonizando:

Recordaba los harapos, las piernas cubiertas de escaras y las veloces sombras que se arremolinaban sobre el suelo. Las mujeres gemían y flotaba un olor a quemazón. Incendiaron las mieses y los cañaverales. Colocaron las sillas sobre la mesa, para que el alma del viejo no tuviera dónde sentarse... porque una vez que se sentara, permanecería allí eternamente.

Nunca supo si recordaba la gran aflicción del Rey, o si se la describieron más tarde: los hermanos de sangre viajan juntos cuando van a la Casa Grande. Quizá sabía que iba a morir en el curso del año.

O a las Amazonas aullando: «No. No. No. No fue el leopardo el que lo mató. Ni fue el búfalo el que lo mató. Fue la Noche. ¡Fue la Noche la que lo mató!».

Pero volvía a ver nítidamente a los dolientes que transportaban cabras y pollos; al sepulturero que arrojaba paladas de tierra por la ventana del dormitorio; y el tonel de ron... fue a Antonio a quien se le ocurrió la idea de enterrarlo en un tonel de ron; y la cabeza blanca afeitada, con torundas de capoc insertadas en las fosas nasales.

Una vez más, estaban todos alrededor de ella, los hombres encogidos y los rostros impasibles y fanáticos de las mujeres: no sería un funeral cristiano.

Nuevamente las manos la alzaron para que echara una última mirada... a la cabeza que se bamboleaba en el tonel y al niño y la niña plantados junto a aquél, lloriqueando. La bajaron cuando el sacrificador se aproximó con un cuchillo.

Después corrió, cada vez más rápidamente, por un húmedo túnel rojo sin luz en el final. Se abrió una puerta. Una corriente de aire fresco le sopló en la cara. Un mulato vestido con un traje blanco pasó rozándola, volviendo la cara hacia la pared.

Y ella entró en una alta habitación azul circundada de espejos y pilares de oro. Terminaba un banquete. Un hombre se levantó de la cabecera de la mesa. Su cabello era rojo y sus ojos tenían el color de los abalorios de las mujeres del mercado.

Y le tendió ambas manos y dijo:

—He esperado mucho tiempo.

El teniente coronel Zossoungbo Patrice oyó los gritos desde su despacho de la Sûreté

Nationale. Tenía el uniforme de faena empapado en sudor. Dejó de redactar su lista de posibles traidores. El Presidente llegaba al final de su discurso difundido por radio:

¡Victoria al Pueblo!
¡Gloria al Pueblo!
¡Poder al Pueblo!
¡Listos para la Revolución!
¡Listos para la Producción!
¡Y la lucha continúa!

Un par de esposas y una guitarra rota estaban adosadas a la pared. También había un gato de algalia embalsamado, clavado, parodiando la Crucifixión, con las patas posteriores y la cola juntas y las patas delanteras desplegadas.

Sobre el escritorio colgaba la cara tajeada del Presidente.

El coronel se puso en pie e hizo un ademán que, si hubiera sido visto por terceros, le habría hecho dar con sus huesos en la cárcel.

Después se paseó de un lado a otro, saludando a una multitud imaginaria, haciendo crujir las tablas del suelo y aplastando una cucaracha bajo el tacón de su bota de combate.



BRUCE CHATWIN. (Sheffield, 1940-Niza, 1989). Arqueólogo y escritor británico. Tras estudiar arqueología en la universidad escocesa de Edimburgo, en 1973 encontró empleo como corresponsal de viajes para el periódico *The Sunday Times*.

Años más tarde abandonó el trabajo para realizar una serie de largos viajes, que darían pie a sus novelas. En ellas se combina la fascinación por la vida nómada y la comprensión de la fragilidad humana. Murió víctima del sida, aunque siempre negó padecer la enfermedad.

Ha escrito entre otros libros: *El virrey de Ouidah* (1980), *En la colina negra* (1982), *Las líneas de la canción* (1987) y *Utz* (1988).